

DISPARANDO AL CIELO



SILVIA CRUZ

Silvia Cruz

Disparando al cielo



- Capítulo 1 – “Él”
- Capítulo 2 – “Priscila”
- Capítulo 3 – “La foto”
- Capítulo 4 – “Fantasmas”
- Capítulo 5 – “Cicatrices”
- Capítulo 6 – “Los ojos de Jorge”
- Capítulo 7 – “Demonios”
- Capítulo 8 – “Informe”
- Capítulo 9 – “Miedo”
- Capítulo 10 – “Claudia”
- Capítulo 11 – “Observada”
- Capítulo 12 – “Antonio”
- Capítulo 13 – “Secuestrada”
- Capítulo 14 – “En el infierno”
- Capítulo 15 – “Ella”
- Capítulo 16 – “Demencia”
- Capítulo 17 – “Dirección al infierno”
- Capítulo 18 – “El Adiós”
- Capítulo 19 – “Volver a empezar”

CAPÍTULO 1

“ÉL”

El Retiro siempre me pareció un lugar mágico para plasmar en mis fotografías la cotidianidad de las personas. Aunque en mis ratos libres trabajo en una librería de idiomas para poder tener un dinero extra, mi verdadera profesión es ser fotógrafa, o así me gusta contemplarlo a mí. En realidad es al revés, pero mi pasión por la fotografía es tal que estoy dispuesta a seguir intentándolo en este mundo hasta mi último aliento.

Últimamente siempre voy al mismo lugar del Retiro para colocar mi trípode y lanzar disparos desde mi cámara. No me gusta admitirlo, pero elijo este lugar en concreto de todo el parque por verlo a “él”, que cada mañana, desde hace algo más de un mes, acude siempre a nuestra cita matutina. Ya le tengo calculada la hora, en torno a las 8:30 de la mañana siempre pide su café en la misma cafetería en la que yo lo hago a diario, pide un café solo a Priscila, la atenta y amable camarera que trabaja por las mañanas y se dirige al banco de siempre para tomárselo mientras fuma un cigarro o dos y ojea el periódico. “Él” no sabe ni que existo, o eso creo. Ni tampoco esa es mi intención. Mis relaciones amorosas siempre se convierten en un desastre y creo tener claro que no quiero ninguna más.

Sobre todo, después del último chasco con Juan. Después de haberme desvivido por ese capullo durante casi un año, descubrí que estaba casado y mantenía una doble vida conmigo. Claro está, que en cuanto lo supe lo dejé y claro está, que él no me dejó tranquila en ningún momento, ni su mujer tampoco. Hace ya seis meses que lo dejamos y por fin este último mes he dejado de tener mensajes de él y de su señora. Ya no me voy a detener más tiempo en ese imbécil. Sacudo la cabeza.

Miro por el visor de mi cámara y lo veo a “él”. Lo acapara todo. Es alto y corpulento. Diría que sus ojos son azules, pero no he podido verlos de cerca, tan sólo tras el objetivo de mi cámara. Tiene la cara angulosa, el pelo castaño y una nariz perfecta de emperador romano. El frío infernal de esta mañana de enero y los copitos de nieve que empiezan a caer hacen que se estremezca de frío. ¡Qué guapo es! Necesita que le ponga un nombre, algo con lo que pueda fantasear, porque es lo único que estoy dispuesta ahora mismo a hacer con un hombre, fantasear. De hecho, ya lo hago cada noche en mi cama, pero aún no le he puesto un nombre. Mmmm lo llamaré “Adriano”, como el emperador romano. Tiene porte de emperador y por su aspecto diría que ostenta un cargo más o menos importante. Espero que no sea banquero, ¡odio a los banqueros!

Disparo unas cuantas fotos en su dirección y luego otras en los alrededores menos enfocadas en las personas y más en el entorno. De nuevo lo enfoco a él. ¡Mierda, me está mirando! Se levanta y recoge algo del suelo, creo que ahora se dirige a mí. ¡Joder! Realizo un par de fotos sin querer debido a mi nerviosismo y a que me tiembla el pulso cuál viejita de ochenta años.

- Creo que esto es tuyo. – Su voz es aterciopelada y grave y se clava en la boca de mi estómago. Me tiende en su mano mi gorro de lana que no he notado en ningún momento que se despidiera de mi cabeza. ¡Por supuesto! Sólo lo he notado a “él”. – He visto cómo se te volaba.

- Gracias. – Contesto en un finísimo hilo de voz. Lo miro perpleja.

Tiene una mirada azul oscura llena de motitas más claras, como una noche estrellada. ¡Guau! Sacaría unas fotos preciosas solo de esa misteriosa mirada. Me sonrío con una media sonrisa que no sé si oculta malicia o suspicacia, pero que es arrebatadora. Parece bastante corpulento, pero por culpa de tanta ropa de abrigo no puedo apreciarlo bien.

- No hay de qué. Debes tener un millón de fotos de este lugar. – Me dice y me quedo helada. Eso quiere decir que “él” me ha visto a mí también por aquí.

- Unas cuantas. – Sonrío tímidamente. – Me gusta este lugar.

- Tienes una sonrisa preciosa, ¿cómo te llamas? – No, no, no. Claudia, huye antes que sea demasiado tarde.

- Lo... Lo siento, tengo que irme. ¡Muchas gracias por devolvérmela! Me la hizo mi abuela. – Sin pensarlo lo beso en la mejilla, me avergüenzo todavía más por mi estupidez y decido salir disparada.

Noto cómo me mira pasmado mientras recojo mi trípode y mi cámara y me despido con la mano y una sonrisa.

- ¡Ey! No quise molestarte. Perdón. No te vayas. – Escucho su aterciopelada voz a mis espaldas. Me giro y le sonrío.

- No lo haces, es sólo que tengo que trabajar y se me hace tarde. ¡Nos vemos por aquí! – Le guiño.

¿Qué mosca me ha picado? ¿Nos vemos por aquí? Va a pensar que soy una loca obsesa. ¿Lo soy? ¡No, no lo soy! “Adriano” es únicamente un entretenimiento muy bonito para mis horas muertas, un entretenimiento demasiado bonito. Puede que hasta peligrosamente bonito.

No es que sea un bicho raro, lo soy pero en otros sentidos, es sólo que sé cómo acaban las cosas que empiezan así y no tengo el ánimo para meterme en otra tela de araña con un hombre. Lo he visto muchas veces, soy muy observadora, por eso adoro la fotografía, creo que es uno de los elementos que mejor refleja las emociones de ciertos momentos.

Me sumerjo en la boca del metro a toda prisa y por fortuna consigo un asiento libre en el vagón.

¡Qué bien olía! Tengo el corazón a mil por hora. Y creo que me llega a dos mil cuando enciendo la cámara y repaso sus fotos. Cierro los ojos y recreo su voz. Ahora puedo ponerle voz a “él” en mis fantasías, y por supuesto, el nombre que le he escogido también.

El día en la librería se me pasa rápido. Me he imaginado cientos de situaciones nuevas en las que vuelvo a encontrármelo y acabamos en mi estudio de veinte metros cuadrados haciéndolo como salvajes. Es lo que necesitaría, sinceramente, si pudiese estar segura que no conllevarse ningún quebradero nuevo de cabeza consigo.

Por la noche vuelvo a recrearlo, pero esta vez más intensamente. Ahora que estoy sola puedo echar la imaginación al vuelo sin miedo a ser pillada infraganti. Mmm “Adriano” que maravilloso sería sentir tu aliento sobre mi piel.

Al volver a repasar las fotos, esta vez desde mi ordenador, noto algo extraño. “Adriano” parece que me observa en aquellas en las que no es a él a quien enfoco. Me mira detenidamente, cuando yo no estoy atenta. ¿Sabrá entonces cuándo lo estoy mirando? ¿Cómo? ¡Si cada vez que lo he mirado me he escudado en el objetivo de mi cámara!

Pero espera. Hay alguien más que me mira, o al menos tengo esa impresión. Parece una mujer, pero no está claro, lleva demasiada ropa encima. Una parca gigante y colorida con capucha puesta, bufanda que le tapa media cara y unas enormes gafas de sol. ¡Menuda personaje! ¡Un momento! Esas pintas me suenan. Efectivamente. Echando la vista atrás la veo de nuevo. Aparece en muchas de las imágenes tomadas desde hace unas dos semanas atrás y “Adriano” también me observa en algunas instantáneas tomadas en los alrededores, en las que aparece en una esquinita, pues no estaba concentrada en sacarle su mejor partido.

Después me encuentro mi foto favorita. “Él” con la mirada perdida en el horizonte. Es un primerísimo primer plano. Me apasiona su cara de concentración y la forma en la que frunce el entrecejo. Vuelvo a fantasear con él cuando acabo mi sopa de fideos mientras la observo.

CAPÍTULO 2

“PRISCILA”

Hoy es Sábado, trabajo sólo hasta el mediodía. Ayer no tuve valor de ir al Retiro porque me moría de la vergüenza. Temía volverme a cruzar con la mirada penetrante de “Adriano” y que con esa profundidad en sus ojos pudiera leer mi mente y averiguara lo que he estado haciendo en la intimidad de mis noches mientras miraba sus fotos. Pero hoy tengo ganas de volver a verlo y puede que le pida tomarnos un café. Hoy me siento valiente. Tengo clarísimo que necesito un poco de contacto humano, pero no de que llegue a algo más. Y como no nos conocemos, no tengo que tener miedo a mantener una reputación ni el tipo, sólo quiero un par de noches salvajes o puede que tres, depende de lo preguntón que sea. No me gusta ahondar en mi pasado.

Para cumplir tal objetivo he peinado mi cabello dorado oscuro en suaves hondas, me gusta mucho ahora que por fin he conseguido tenerlo largo. Me he maquillado los ojos con sombra marrón, hace que resalte el color ambarino de mi mirada. He pintado mis gruesos labios de color coral y hasta me he puesto un poco de colorete. A pesar del frío me he colocado una minifalda de lana negra que me encanta y unas medias espesas color cereza, porque también llevo un jersey del mismo color estampado con notas musicales en negro y blanco. El toque final son mis botas de cuero marrón tipo vaquero de Texas. Me pongo mi abrigo blanco que es el más ceñido que tengo y remarca mis curvas y mi boina blanca también, estilo parisino. ¡Vamos allá!

Hoy, en la cafetería, hay mucho barullo. Las camareras cuchichean nerviosas y hay un par de policías haciendo preguntas. No veo a “Adriano” por ningún lado. ¡Mierda! Para una vez que me siento decidida a algo...

Uno de los polis interroga a Pedro, el encargado, en una mesa destinada para la clientela que está situada al fondo del salón. Cuando me ve me señala. ¿Qué está sucediendo? El poli me mira muy serio. ¡Qué es esto! Mejor me voy y ya me tomaré un café en otro lado. Me doy la vuelta decidida a marcharme y me estampo contra un duro cuerpo.

- ¿Te vas? – Abro mucho los ojos. ¡Es “él”! ¡Es “Adriano”! – Te estábamos buscando. Eres Claudia, ¿verdad?
– Asiento perpleja.

- ¿Estábamos? ¿Quiénes? – Miro alrededor. ¿Qué coño sucede? El poli del fondo se quiere acercar hasta mí, pero “Adriano” le frena levantando la mano. ¿Es poli?

- Soy el inspector Jorge Beckett Díaz. – Me muestra su credencial y me quedo perpleja. – Claudia, no te preocupes, sólo necesito hacerte unas preguntas.

- ¿Cómo sabe mi nombre? ¿Qué está pasando?

- Una camarera de aquí, llamada Priscila, ha desaparecido. Ayer no vino a trabajar, pero han encontrado su cartera en los alrededores y tenía una foto tuya, con tu nombre escrito en ella.

- ¿Mi foto? Eso no puede ser. Yo no la conocía de nada, tan sólo de pedirle el café a diario.

- No te preocupes, Claudia. Me gustaría hacerte sólo unas preguntas, pero preferiría que fuésemos a un lugar más privado. Ven. – Me agarra del brazo y me arrastra al exterior. – Sube. – Me señala un cochazo negro. Lo miro asustada. ¿Dónde me lleva?

- Tengo que ir a trabajar, Adri... digo detective Beckham.

- Beckett. No soy futbolista. – Sonríe y hace que me relaje un poco. – ¿Te parece si hablo con tu jefe para que te conceda la mañana libre?

- No entiendo nada. ¿Qué tengo yo que ver aquí?

- Ahora mismo nada de nada, pero hay que realizar una investigación y bueno, Priscila tenía una foto tuya y eso nos obliga primero a comprobar posibles lazos de amistad o de otra cosa. – Intento sentenciar añadiendo que simplemente yo no la conocía, pero “él” me sella la boca con uno de sus dedos y me mira de una forma que me hace temblar, consiguiendo silenciarme. Sé que sólo quiere ser amable y que me tranquilice, pero esa mirada suya a mí me dice mucho más. – Vamos, Claudia, sube. Después yo mismo te llevaré a casa.

Me subo amedrentada pero no tengo miedo. Al fin y al cabo, yo no he hecho nada. Puede que Priscila se haya aburrido de su trabajo, o se haya peleado con su novio y haya pensado en quitarse del mapa, o se haya pegado una fiesta loca y aún esté sufriendo las consecuencias de la resaca. ¡Qué sé yo! Pero mira por donde, gracias a eso, voy a tener un buen rato a solas con “Jorge”. Bonito nombre, por cierto, pero no tanto como su mirada que esconde mucho misterio.

En el asiento del copiloto me revuelvo incómoda. Sé que Jorge lo nota, me mira de reojo y en una ocasión lo escucho suspirar. Yo miro por la ventana y contemplo cómo la nieve va cubriendo las calles de Madrid, la indumentaria de la gente, las copas de los árboles... me estoy perdiendo unas magníficas fotos.

- Hoy podrías haber hecho unas fotos muy bonitas, ¿no crees? – Me saca de mi ensoñación. Lo miro intrigada. ¿A qué viene eso? - ¿Te has traído tu cámara?

- No voy a ningún lado sin ella.

- ¿Me dejarás echar un vistazo a tus fotos? – ¡Qué! ¡No, joder, mi cámara está llena de fotos de él! – Tranquila, son sólo fotos. – Ha debido de notar mi terror. Me agarra de la mano en un gesto tierno y me pongo más nerviosa todavía. Me sonrío como último recurso y me deshago en su sonrisa.

- ¿Dónde me lleva? – Distraigo la conversación.

- A mi casa.

- ¿Qué? ¿Está de broma?

- No. En la comisaría hay mucha prensa ya haciéndose eco de la noticia de la desaparición y no quiero que te involucren a ti en la investigación antes de tiempo o la prensa no te dejaría en paz.

- ¿Antes de tiempo? A ver, escuche inspector Be... ¡Joder! ¿Cómo era?

- Beckett. – Me mira y aguanta la risa.

- Pues inspector Beckett. De verdad le digo que no tengo nada que ver con Priscila. Sólo sé su nombre porque siempre lleva puesta una chapita cuando trabaja para ser identificada. Puedo decir que conmigo siempre ha sido muy amable y bastante atenta y que, como soy clienta habitual, se conoce al detalle lo que siempre pido. Pero jamás he entablado una conversación con ella más allá de “¿Con azúcar o sacarina?” o “¿Magdalena o cruasán?”. Estoy segura de que no voy a servirle a usted de gran ayuda.

- Según los clientes y sus compañeros, Priscila nunca ha sido amable ni servicial, sino más bien lo contrario, Claudia. La definen como una persona huraña y malhumorada.

- Vaya... Jamás lo hubiera dicho. Qué raro... – Me quedo pensativa porque con lo observadora que soy no me suelo equivocar tanto con la gente.

- Es posible que le gustaras. – Me suelta el tipo y me siento ofendida sin saber por qué exactamente.

- ¿Gustarle? ¿Yo? ¡Qué tontería!

- No lo es, Claudia. Priscila es lesbiana y tú eres muy guapa.

- Ah. – Me quedo muda. ¿Yo guapa? Me estoy poniendo colorada.

Entramos en el garaje privado de una urbanización del Barrio del Pilar y todo se vuelve oscuro. Jorge aparca el vehículo, sale y me abre la puerta del acompañante para instarme a salir. Me conduce hasta un ascensor, introduce una llave en él y me lleva hasta la planta número siete del edificio. Abre la puerta. ¡Guau, que piso! El

suelo de parqué, las cortinas y las lámparas de diseño, pero, en contraste, libros y cedés de música tirados por todos lados. Hay pocas fotos y muchos marcos vacíos.

- ¿Está divorciado? – Abre mucho los ojos.

- ¿Cómo lo sabes?

- Decoración femenina, pero organización masculina. Ha quitado las fotos, aunque no las ha sustituidos aún.

- Puedes ayudarme tú a eso. – Me ayuda a quitarme el abrigo y me sofoco ante su comentario. – Seguro que tienes muchas fotografías bonitas para poder sustituirlas. – Me aclara.

- Le puedo dar alguna de usted. – Digo sin pensar y ahora me toca arreglarlo. – Usted es el que siempre está en el Retiro por las mañanas, ¿verdad? – Como si yo no lo supiera...

- Ajá. Seguro que lo sabías ya. Por lo que veo eres muy observadora.

- Lo soy.

- Pero muy mala con los nombres.

- Con los raros, sí.

- No es raro, es únicamente un apellido inglés. Llámame Jorge mejor y no me confundirás más con ídolos de adolescentes. Y por favor tutéame. – Me río en mi mano para no resultar grosera. Sonríe. – Ven, siéntate.

CAPÍTULO 3

“LA FOTO”

El sofá es muy cómodo, pero tenerlo a él tan cerca me resulta incómodo. Quería tener un buen sexo con este hombre, y de hecho ahora lo deseo más que nunca, pero se me ha complicado mucho la cosa por culpa de una lesbiana que se ha dado a la fuga. Me pregunta si quiero un café. Asiento. Al menos el rato que esté preparándolo me dejará un margen de unos minutos para recolocar mi mente.

Me extraña que no me haya preguntado cómo quiero el café y sepa exactamente que me gusta un capuchino con una cucharada de azúcar moreno.

- Al parecer no soy la única observadora.

- Soy inspector. – Me guiña.

- ¿Entonces desde cuándo estoy en el ojo de mira, Jorge? – Me envalentono. Si Priscila desapareció ayer, justo el día en que no fui a la cafetería, es que me ha observado desde antes.

- Tocado. – Me confiesa. – Claudia, me gustaría mucho que colaborases en esta historia y terminásemos con esto cuanto antes.

- Entiendo. Tendrás mucho trabajo que hacer.

- No es por eso. Tengo muy claro que alguien como tú no tiene nada que ver con la desaparición de Priscila y entiendo perfectamente lo incómodo que debe ser para ti estar inmiscuida en algo así.

- Y si piensas que no tengo nada que ver, ¿para qué exactamente estoy aquí? Soy pequeña y nada corpulenta. ¿Crees que podría obligar a Priscila, que es una chica alta y fuerte, a llevármela a algún lado? ¿Y sin coche ni nada? Está bien, tenía una foto mía, pero si es lesbiana no será algo tan complicado de entender...

- Todo lo que dices lo tengo en cuenta, Claudia. Pero si te he traído aquí es porque necesito que colabores mostrándome tus fotografías. Si ha desaparecido en los alrededores de su trabajo, apuesto el cuello a que quien haya sido ha estado merodeando por ahí.

- ¿Y si ha sido algo voluntario? ¿No lo habéis pensado?

- Sí, pero testigos afirman haberla visto ayer por la mañana en las proximidades de la cafetería, aunque su jefe asegura que nunca llegó a entrar. Su piso ha sido inspeccionado y no falta ninguna de sus pertenencias. Su cartera fue encontrada intacta en un portal cercano al trabajo, sólo faltaba el dinero, si lo había. No existe denuncia sobre su pérdida. Su móvil está apagado y aún no lo hemos localizado. Y como contigo parece ser que ha sido amable, quería que me dijese si has visto algo anormal en esa chica en los últimos días.

- No. Nada. Es que no la conozco, no me he fijado. Pero...

- ¿Qué?

- En mis fotos... he visto a alguien extraño. Creo que es una mujer, pero no estoy segura. Lleva mucha ropa y grandes gafas de sol. Parece como si fuese camuflada o quisiese esconderse.

- ¿Puedes mostrármelas? – Parece ilusionado. Me pongo roja, suspiro y asiento. Jorge trae su portátil enseguida y propone descargar las fotos en su portátil, para poder analizarlas concienzudamente. – Qué suerte que seas fotógrafa, Claudia. Ojalá tu material nos sirva.

Comienza a pasar foto tras foto y yo quiero desaparecer poquito a poco. Él parece no percatarse de que le he introducido en casi todas las fotos. Al menos ese día no le hice ningún primer plano. Sí se lo hice a un chico muy

mono, pero únicamente porque llevaba un gato en brazos con una mirada super azul que me cautivó. Bueno, gracias al cielo que las fotos más bochornosas las tengo en mi ordenador y no en la cámara.

Lo observo concienzudamente. Jamás pensé que lo tendría tan cerca. Me encanta su cara de concentración. Es un hombre muy sexi y muy llamativo, a la par que misterioso. La verdad que ahora que lo tengo tan cerca no tengo tan claro que no quiera volver a perder la cabeza por un hombre. Con él la perdería. Suspiro y sacudo la cabeza.

Con respecto al extraño sujeto que aparece en mis fotos, Jorge enseguida sabe a quién me estaba refiriendo al observarlas y analiza su imagen detenidamente. Él dice que no tiene tan claro que sea mujer y también opina que está mirando en mi dirección. Me pregunta si me suena de algo y me encojo de hombros. Con tanta ropa no se puede discernir ningún rasgo. Además, creo que precisamente es eso lo que pretende ese individuo.

- ¿Tienes más material dónde aparezca?

- Sí. – Respondo cauta. No quiero llevarlo a mi estudio y que vea el cuchitril en el que vivo, y mucho menos las fotos que le he hecho sólo a él.

- ¿Me las podrías enviar por email?

- ¡Claro! – Contesto aliviada. – Tendría que buscarlas, pero sí.

- ¡Estupendo! Bien, ahora sólo queda que te haga algunas preguntas y te llevo a casa, ¿de acuerdo? – Digo que sí con la cabeza y lo miro con los ojos muy abiertos. Es muy cercano y me hace sentir segura, pero me nubla la razón esa mirada. – Bien, te agradezco ante todo tu colaboración. Véamos. Voy a grabar la conversación para no perder ninguna información que pueda ser crucial. – Saca una grabadora del bolsillo de su chaqueta de cuero y la pone sobre la mesa. Evalúa mi reacción. Tomo aire. – ¿Qué edad tienes, Claudia?

- Veintisiete.

- ¿Tienes pareja?

- No. Hace seis meses que no.

- ¿Vives sola?

- Sí, aunque mi vecina Ana y yo somos muy amigas y nos la pasamos a menudo una en la casa de la otra. – No quiero que piense que soy una persona gris porque no lo soy.

- Por tu acento veo que no eres de aquí...

- Soy de Cádiz. Viví allí hasta los veintidós, con mi madre. Cuando ella falleció me mudé a Madrid para intentar cumplir mis sueños de ser fotógrafa.

- ¿Eres lesbiana, Claudia?

- ¿Cómo? ¡No!

- Vale, vale. – Sonríe. – Sigamos. ¿Has mantenido alguna relación íntima con mujeres?

- Bueno... – Se acerca más para indicarme que continúe. Agacho la mirada. – Besé a una chica una vez en el instituto, cuando tenía dieciséis años. Pero he de decir que no me gustó la experiencia. – Lo vuelvo a mirar y me da la sensación de que parece aliviado. – Sólo estaba experimentando e intentando conocerme mejor.

- Entiendo. ¿Conoces a Priscila Gómez?

- Sólo de verla en la cafetería a diario. Siempre voy allí últimamente. Se ha convertido en mi lugar favorito para hacer fotografías y me gusta el café de la Cafetería Golden. – Y sobre todo me gustas tú, pienso. – No he hablado con esa chica de nada que no sean cafés o desayunos.

- Entonces, ¿no te consta que sintiese una atracción especial por ti?

- No, pero no suelo notar nunca cuando alguien lo hace. – Frunce el ceño. Sé que se extraña porque ha percibido que soy muy observadora. Me toca explicarme. – Me considero una persona del montón, no he conseguido aún alcanzar mis sueños y no he tenido mucha suerte en las relaciones. Creo que han dañado mi

autoestima en ese campo. Pero un día conseguiré cumplir mis sueños como fotógrafa y supongo que todo eso cambiará. – Sus ojos sonríen ante mi respuesta, pero no dice nada por profesionalidad.

- ¿Y conoces a la persona que aparece en tus fotos, Claudia?

- No. La verdad es que no te sé decir, no parece querer que se le reconozca por su indumentaria. A mí me da la impresión de que es una mujer. Pero no puedo decir nada más.

- Estupendo. Y, por último. ¿Colaborarías con la investigación aportando más fotos que tengas en tu poder o cualquier otra información?

- Sí, no tengo ningún problema.

- Bueno Claudia, ya hemos terminado. – Apaga su grabadora. – No ha sido para tanto, ¿no? Querrás que te lleve a casa...

- Si ya no te sirvo para nada más, entonces vale. – Respondo con tristeza. No me importaría quedarme con él un ratito más. O un día, o dos... – Tú dirás, Jorge.

- Mientras la investigación siga en pie espero que no. Cuando todo esto termine podría llevarte un día a cenar. – Me pellizca la mejilla. ¡Sí! ¡Le atraigo! Sonríe tiernamente. – Me encanta tu sonrisa. Toma mi tarjeta. Ahí tienes mi número de teléfono, Claudia. Si hay algo que recuerdes, o necesitas hablar con alguien o simplemente te sientes sola o mal, llámame, ¿vale? – Digo que sí sin dudarlo. – Bien, vámonos.

El trayecto a casa se me hace demasiado corto. Noto cierta electricidad en el aire y tengo muchas ganas de besarle, pero se me ha complicado la situación en exceso. Noto cómo Jorge me mira de vez en cuando y no sé si busca en mi rostro más información sobre el caso Priscila o sobre mí en particular. Cuando me deja en el portal me dice que me llamará para que firme mi declaración y que espera poder verme el lunes en el Retiro y tomarnos un café, juntos. Mi sonrisa es enorme.

Pero se me borra de un plumazo cuando abro la puerta de mi casa y miro hacia el suelo. Hay una foto que alguien ha introducido por el quicio, cuando yo no estaba. Es una foto mía. Alguien me la hizo ayer, en mis horas de trabajo, cuando estaba sumergida en la comprobación del albarán de un pedido. Instintivamente me echo a temblar y llamo a la puerta de mi vecina Ana. No está. ¡Mierda, se me ha olvidado que este fin de semana se iba a Valencia a ver a sus padres!

Entro en casa y cierro con llave.

Miro la tarjeta de Jorge y marco su número en mi móvil. Pero desisto de llamarlo tan pronto. Vá a pensar que estoy babeando por él o que soy una pesada. Pero tengo miedo y no sé qué cojones significa todo esto.

Paso el resto del día recluida en casa. He grabado el número de Jorge en mi móvil por si tengo alguna emergencia y tengo que llamarlo urgentemente.

En las noticias la foto de Priscila sale por todos lados. Ahora que veo su foto con detenimiento comprendo que Jorge tenía razón. Parece una persona oscura y aislada. No tiene un aspecto muy cuidado, pero puede ser que sea porque se sienta más hombre que mujer en su fuero interno. Su corte de pelo al menos es muy masculino. Su mirada oscura está llena de furia, pero las fotos de fotomatón no son las que mejor retratan nuestras almas. ¿Qué nexos puede tener ella conmigo? A lo mejor es sólo coincidencia. A lo mejor la foto de antes me la ha dejado Ana, o puede que Juan se haya vuelto a poner pesadito o no sé...

No creo que sea Antonio. Desde que me fui de Cádiz no lo he vuelto a ver y no dije a nadie de allí que me venía a Madrid para que no me encontrara. Ese cabrón sólo se divertía pegándome, pegándonos. Por su culpa perdí al bebé que esperábamos. Mi pobre Nicolás, ya te tenía nombre encontrado y todo. Me acaricio el vientre en recuerdo de su enorme vacío en mi cuerpo y en mis brazos. Siempre acabo consolándome con que le he ahorrado a mi hijo mucho sufrimiento por el padre que le habría tocado tener. Menos mal que mi madre ya no estaba entre nosotros cuando eso ocurrió. Habría sufrido muchísimo.

Mi móvil suena y doy un respingo. Es mi jefe.

- Hola Martín.

- Claudia, ¿va todo bien? La policía me ha llamado hoy diciéndome que no vendrías, que tenías que hacer una declaración. Esperaba que me llamaras tú para explicarme.

- Lo siento. Ha sido un día muy largo. Se me pasó. Pero el lunes estaré ahí sin falta.

- ¿Qué ha sucedido? ¿Te apetece almorzar mañana conmigo y me lo cuentas bien? – Ya estamos otra vez.

Hace más de un año que trabajo en su librería y desde el principio lleva intentando algo conmigo, pero con esta crisis no he encontrado nada mejor con lo que sobrevivir y zafarme seriamente de sus garras. Siempre tengo que intentar ser lo más diplomática posible para que no se ofenda y no me eche. Lo peor de todo es que caí en sus redes y me lie con él hará dos meses. Sólo fue un día, pero no me deja de insistir desde entonces. María, otra de las chicas de la librería que está encochada con Martín, me odia por culpa de esto.

- Martín, te lo agradezco, pero mañana he quedado con un amigo. – Miento para que no insista. – Respecto a lo ocurrido no te preocupes. Es sólo que he sido testigo de un suceso y tenía que declarar. Ya sabes que las declaraciones hay que tomarlas lo más en caliente posible.

- Ah, bueno. Pues te veo el lunes entonces. Adiós. – Cuelga. Le he herido el ego de nuevo.

Por la noche me preparo una ensalada para cenar mientras ojeo de nuevo las fotos del Retiro y me vuelvo a encontrar con mi foto favorita. “Jorge Beckett Díaz” digo en voz alta. Por fin me aprendí su apellido. Decido transportar las fotos de primer plano de Jorge a un disco duro extraíble que tengo y eliminarlas del ordenador, por si resultase que tienen que examinar mi material desde mi ordenador. Les pongo claves de seguridad, introduzco el disco duro en una caja de zapatos y la guardo en la zapatera.

Unas horas más tarde me sumerjo en el sofá, me cubro con mi manta favorita a modo de capullo de mariposa y me pongo una película cualquiera de las que echan en televisión los sábados por la noche, hasta que mis ojos pesan demasiado y me quedo dormida.

Oigo golpes y me despierto desconcertada. ¿Qué pasa? De nuevo se repiten. Alguien sacude la puerta de mi casa con sus nudillos.

CAPÍTULO 4

“FANTASMAS”

- ¿Quién es? – Alzo la voz temblorosa.

Me acerco hasta la puerta, ojeo por la mirilla y no veo a nadie. ¡Mierda, mierda! ¡Lo he escuchado claramente, no estoy loca! Me separo de la puerta asustada. Cojo mi móvil que está sobre el sofá y vuelven a llamar. Esta vez más fuerte. Ahogo un grito en mi mano y rápidamente pulso la tecla de marcar al número de Jorge, sin percatarme que son las dos de la madrugada.

- Beckett. – Suena su voz soñolienta al otro lado del auricular.

- Jorge, soy Claudia.

- ¡Ey! ¿Qué sucede, Claudia? ¿Estás bien?

- No. – Intento no llorar. – Alguien está aporreando mi puerta. He mirado y no he visto a nadie. Tengo mucho miedo.

- Tranquila, a lo mejor es un borracho que se ha equivocado de puerta. ¿Quieres que vaya?

- Me han dejado esta mañana una foto mía bajo la puerta. Me la tomaron en el trabajo ayer, sin que me diese cuenta. Creo que alguien quiere asustarme. – Vuelven a llamar con fuerza. Grito. Me tiemblan hasta las pestañas. – ¡Por favor, por favor, por lo que más quieras, ven! – Imploro llorando.

- ¡Joder! ¿Por qué no me llamaste para decirme eso? Está bien, tranquila, voy para allá. Haré una llamada para ver si pueden enviar una patrulla de policía mientras tanto. – Suenan más golpes. Comienzo a hiperventilar. – Claudia, escúchame. ¿Tienes alguna habitación con pestillo? – Respondo que el baño. – Bien. Enciértrate ahí y trata de poner algo que bloquee la entrada como un mueble o lo que sea. Yo ya estoy vistiéndome. Por nada del mundo abras. Yo te llamaré cuando esté en la puerta. Coge un cargador del móvil y métete ahí. Ya voy, mantén la calma. – Cuelga.

Menos mal que mi piso es muy pequeño y lo tengo siempre todo a mano. Cojo mi cargador y arrastro una mesita de forja y cristal que tengo que pesa una barbaridad hasta el baño. La puerta sigue dando fuertes sacudidas. Me está dando un maldito ataque de ansiedad.

- ¡He llamado a la policía! ¡Vete y déjame en paz o te arrepentirás! – Le grito a la puerta y acto seguido me encierro en el baño, cierro el pestillo y pongo la mesita delante de la puerta, como Jorge me ha pedido.

Jorge me llama y yo estoy completamente desquiciada. Los golpes contra mi puerta son cada vez más fuertes.

- ¡Jorge, por lo que más quieras ven ya!

- ¡Estoy de camino, Claudia! He enviado una patrulla, deben estar al llegar. ¿Eso que suena es tu puerta?

- ¡Siiiiii! Tengo mucho miedo. ¡Para, para, para ya! – Grito al intruso que aporrea mi puerta.

- Tranquila, Claudia, respira, estoy contigo en cinco minutos.

- ¡No puedo tranquilizarme! – De repente los golpes paran. – Se ha ido... Creo que se ha ido.

- ¡Da igual, Claudia, no salgas de ahí hasta que yo llegue! ¿Me oyes?

- Sí, sí, te oigo.

- Bien, ya estoy girando la curva de tu edificio. ¿En qué piso vives?

- 5°C.

- Está bien, no cuelgues. Aquí hay un coche de policía, voy con ellos para arriba, ¿sabes qué vecino podría abrimos el portal? Tú no salgas de ahí hasta que te lo diga.

- En el 1ºA vive el portero, él siempre está ahí. – Respiro con un poco más de normalidad.

Escucho hablar a Jorge por el portero electrónico: “¡Policía, abra!” Cierro los ojos y trato de respirar con normalidad. Escucho el crujir de la puerta del portal y siento un alivio gigante, Jorge viene.

- Voy a entrar en el ascensor – me aclara –, si se corta la llamada te volveré a llamar cuando esté frente a tu puerta y seguirás mis instrucciones, ¿de acuerdo?

- Sí.

La llamada se cuelga por la falta de cobertura y esos segundos me resultan eternos hasta que vuelve a aparecer en la pantalla de mi móvil “Jorge Beckett llamando”.

- ¿Ya estás aquí?

- Sí, aquí estoy, Claudia. – Comienzo a apartar la mesita de la puerta. ¡Quiero salir cuanto antes de aquí y echarme a sus brazos y llorar hasta que mis ojos se sequen! – No, Claudia, no salgas.

- ¿Cómo? Pero, ¿cómo entrarás?

- Un policía y yo echaremos la puerta abajo, no está blindada, podremos hacerlo. Uno de los policías está reconociendo el edificio y nosotros dos lo haremos con tu piso antes de que abras, ¿vale?

- Vale.

Escucho el crujir de la puerta de la calle. Al tercer golpe se abre. Jorge se acerca a la puerta del baño. “Ya estamos aquí, Claudia. Danos unos minutos y te aviso para que abras.” A todo digo que sí. A lo que me pidiera diría que sí. No puedo describir lo agradecida que estoy de tenerlo aquí ahora mismo y haberlo conocido. Si hoy no hubiese ido al Retiro no sabría qué hacer en estos momentos ni cómo habría acabado. Me estremezco y me abrazo a mí misma para tranquilizarme. Ahora que me miro estoy hecha un poema; pantalones rosas con conejitos blancos de pijama y una camiseta blanca raída por algunas partes y llena de churres de comida. Me da igual. Sigo viva. Respiro con fuerza y miro al techo. Llama a la puerta.

- Ya puedes abrir, Claudia. Está todo despejado.

Retiro rápidamente la mesita de la puerta y abro el pestillo. Al abrir la puerta lo primero que veo es el cielo estrellado en sus ojos, preocupados. Su castaño cabello está alborotado, seguro lo he pillado durmiendo. Lleva unos pantalones de chándal, una sudadera y una parca, también una pistola en la mano derecha.

- ¿Estás bien?

Me echo a sus brazos y lo aprieto con fuerza. Necesito un abrazo que me rompa en dos. Lloro. Lloro aliviada, pero con el miedo aun helándome en las venas. Hacía muchos años que no temía por mi vida como lo había hecho esa noche. Pero con Antonio al principio era diferente, porque yo creía que lo quería y que él me quería a mí, y por lo tanto jamás pensé que acabaría con mi vida, hasta que descubrí que eso no era amor ni por mí ni por su futuro hijo, es ahí cuando comencé a temer por mi vida. Pero esta noche he sentido que alguien venía a por mí sin más preámbulo. Alguien que no sé quién es ni cuánto odio alberga por mi persona. Jorge me devuelve el abrazo y acaricia mi espalda. Deja que lllore. Sufro un pequeño desfallecimiento. Me alza en sus brazos y me lleva hasta el sofá.

- Llevaos la foto y que analicen las huellas. – Dice mientras pone un trapo con agua fría en mi frente. – Que analicen también las huellas de la puerta. Es posible que el que haya sido tenga algo que ver con la chica desaparecida de ayer. ¿Estás mejor, Claudia? – Ahora se dirige a mí. – Si quieres te llevo a un hospital y que te hagan un chequeo.

- Estoy bien. – Me incorporo. Jorge está sentado junto a mí y al incorporarme lo tengo muy cerca. Me mira evaluándome. – Es sólo miedo. Gracias. Gracias de todo corazón, Jorge. Y gracias al destino por haberte puesto en mi camino esta mañana. Y gracias a Priscila por llevar una foto mía en la cartera. – Jorge sonríe.

- Vístete y coge algo de ropa para unos días.

- ¿Dónde vamos?

- ¿Tienes algún sitio donde quedarte? Aquí no puedes, la puerta está rota. – Miro la puerta y me asusto. Tengo mis pocas pertenencias aquí. – Viene un cerrajero de camino, pero este no es un lugar seguro ahora mismo y además voy a hacer que tomen huellas y no es bueno que contaminemos más el lugar.

- No tengo ningún sitio donde ir. Mi vecina, Ana, vive aquí justo al lado, pero no está en Madrid. Aunque tengo sus llaves y no creo que le molestase que me quedara, pero seguiría bastante localizable, ¿no crees?

- Pues vamos a mi casa. – Se levanta y me agarra de la mano para hacerme levantar. Abro los ojos casi tanto como la boca. ¿A su casa? ¡Si no me conoce de nada! – Pero primero pasaremos por comisaría y pondrás la denuncia.

- Yo... no querría... en fin. No quiero ser un problema para ti.

- Problema para mí serías si alguien te hace algo, Claudia. Tengo bastante con una desaparecida ahora mismo.

Sin rechistar más voy a mi habitación y cojo algo de ropa y de ropa interior y la meto en mi mochila. Me pongo unos vaqueros, un jersey de punto crudo y mis botas de cuero marrones. Salgo de la habitación y guardo en la mochila mi portátil y mi cámara de fotos. También el cargador del móvil y mi cartera.

En la calle hace un frío que pela. Jorge me coge de la mano y me lleva hasta su coche. Por el camino va mirando a todos lados. Abre la puerta del copiloto y me introduzco en el vehículo. Él lo hace acto seguido y arranca sin más preámbulo.

Cuando llegamos a la comisaría Jorge me guía hasta la ventanilla oportuna para poner la denuncia. Me ayuda a relatar los hechos. Le preguntan cuál es su relación conmigo y antes de que yo responda le dice al policía que somos buenos amigos. Me mira y me sonríe. También dice que si hay alguna noticia acerca de quién ha sido se lo comuniquen de inmediato mientras muestra su credencial de inspector de la Brigada de Homicidios y Desapariciones. Mi mente está en shock. Seguro que eso tiene un nombre y que es “tráfico de influencias”, pero me alegro enormemente dadas las circunstancias.

Cuando llegamos a su casa me siento cohibida. Estoy entrando en su intimidad de forma brusca y en una situación bastante incómoda. Comienzo a lamentar los quebraderos que estoy suponiendo para él. Me dice que me siente en el sofá mientras él me prepara una tila. Cuando vuelve lo miro con la mayor de las culpabilidades en el rostro.

- Ya no tienes nada que temer. Aquí estarás a salvo. – Me coloca un mechón de pelo tras la oreja. – Bébete esto y te llevaré a la habitación de invitados. Necesitas descansar.

- Lamento mucho todo lo que te estoy importunando. No tengo a nadie más a quién acudir. – Agacho la mirada.

- ¿A quién mejor que a mí? – Me obliga a mirarlo levantándome la barbilla con su mano. – No me estás importunando. Sólo me has hecho dar un paseíto. No tenía mejor plan para un sábado por la noche. – Sonrío levemente.

- ¿Se sabe algo de Priscila?

- La investigación se está centrando en un par de personas. No te puedo decir más, entiéndelo. Pero aún no ha aparecido ni se sabe de su paradero. La buena noticia es que tú estás oficialmente fuera de la investigación. – Suspiro agradecida por la información. – Así que en mis ratos libres podré acosarte sin estar incumpliendo las reglas. – Me hace reír y vuelvo a agachar la mirada avergonzada.

- Que te acose un inspector es lo más parecido a tener un ángel de la guarda. – Confieso.

- Ojalá el Código Penal dijera lo mismo. – Comenta chistoso. – Lo mejor ahora es que te bebas eso y descanses. Mañana hablaremos de qué acciones son las más oportunas que debes llevar a cabo.

Me tomo la tila obediente. Después me coge de la mano y me guía hasta la habitación de invitados, que tiene una cama individual, pero bastante cómoda a simple vista. Maldigo por haberme olvidado el pijama en casa y Jorge me ofrece una camiseta suya. Me dice que en su casa está puesta la calefacción todo el rato y que no pasará frío. Parece un chico adorable. Me extraña que esté soltero. Por último, me da un beso en la frente y me quedo perpleja mirándolo mientras me señala cuál es su habitación por si lo necesito para cualquier cosa. Me da las buenas noches y desaparece por la puerta, cerrándola tras de sí para concederme privacidad.

Miro la puerta con el deseo de que se vuelva a abrir y entre de nuevo. Estoy en su casa, voy a dormir aquí, pero lamentablemente sola. Lo que daría por tener agallas e ir hasta su habitación y colarme en su cama. Me tengo que conformar con imaginármelo.

Estoy segura de que a él no le importaría, he percibido cómo me mira, pero habrá supuesto que necesito descansar después de un estrés como el que he vivido hace escasas horas. Lo que necesito es contacto humano y él es un enorme candidato.

Me quito la ropa, me pongo su camiseta y me entiero en la cama. Durante largos minutos miro el techo, tengo mucho en qué pensar. Finalmente me duermo inhalando la fragancia de su camiseta.

CAPÍTULO 5

“CICATRICCES”

Estoy empapada en sudor. Antonio está frente a mí con un mazo de madera en la mano, me golpea sin cesar. Creo que me ha roto una costilla. Me tiene arrinconada en la cocina. Dice que soy una zorra y una buscona. Sólo porque me he reído mucho hoy durante la cena con su amigo Fran. Mi hijo lleva seis meses en mi barriga, sufriendo enormes palizas, como yo. No puedo más, esto tiene que acabar. Grito que pare. ¡Lo va a matar! ¡Va a matar a Nicolás!

- ¡Para, Antonio, no me toques! ¡Déjanos! – Sus enormes manos me agarran de las muñecas. – ¡No me pegues más, por favor!

- Claudia, soy yo, despierta. No te voy a pegar. – Abro los ojos y veo a Jorge frente a mí. No sé cómo he llegado a la esquina de la cama donde estoy hecha un ovillo. Tengo la cara empapada de lágrimas. – Tranquila, shhh, tranquila. – Comienzo a llorar y Jorge me aprieta contra su pecho desnudo. Lleva únicamente unos calzoncillos y puedo ver que es más apuesto y robusto de lo que podía haberme imaginado. Me hace sentir poca cosa a su lado. – Estoy aquí, contigo, no te va a pasar nada. – Lo abrazo con fuerza.

- No te vayas, por favor. – Esa súplica ha salido de lo más profundo de mi corazón.

- No lo haré. Déjame un sitio. – Se tumba a mi lado y yo me enrosco a su cuerpo, que aplaca mi ansiedad. Me acaricia el cabello. – El pasado puede ser muy hiriente, Claudia. Pero es eso, pasado. Significa que no va a volver a ocurrir. No te preocupes.

- He sido tan imbécil, Jorge... tanto...

- Eres una buena persona, Claudia, no una imbécil. Ni eres alguien del montón, como dices. Créeme, estoy más que harto de ver personas y de saber de sus actos. – Alzo la mirada para buscar la suya porque no sé por qué piensa eso de mí si no me conoce. Mis ojos se encuentran con los suyos que me miran con ternura. – Te he visto en el Retiro, ¿sabes? – Me aclara casi en un susurro. – He visto a los pájaros posarse en tus manos para que les des de comer, he visto a los gatos callejeros dejarse acariciar por ti, te he visto dar monedas a los indigentes de la zona y hasta llevarles un café caliente para ayudarles a combatir el frío. – Me quedo muda, me tiene bien calada. – Créeme que no hay mucha gente que haga las cosas que tú haces. Me haces creer que la humanidad tiene aún esperanzas. Mi trabajo hace que me cruce con seres indeseables constantemente y conocer personas como tú es un verdadero alivio.

Sus palabras me conmueven. Es un ángel de la guarda que alguien me ha enviado. Es un ser divino. Le acaricio el rostro, es áspero por la barba de dos días, pero le agrada mi contacto. Sin pensarlo mucho le beso tiernamente los labios y él me sujeta la cabeza para que no me aparte y hacer más largo el momento. Enredo mi mano en su pelo y cierro los ojos para saborearlo en mi propia intimidad. Su lengua acaricia la mía y me revuelvo inquieta, deseosa de más. Jorge es dulce, sabe a una mañana de primavera-verano en las playas de Cádiz. De pronto su respiración se acelera y cambia su posición colocándose sobre mí. Sus manos se deslizan bajo mi camiseta y comienzo a jadear, su respiración también se hace ruidosa, siento su excitación bajo su escasa ropa y siento que voy a morir de deseo. Me quita la camiseta y me mira con devoción.

- Eres preciosa.

Sus palabras, lejos de alegrarme, me vuelven a traer horribles recuerdos a la cabeza. Eso es lo que siempre me decía Antonio tras una paliza, para intentar que me olvidara de ello. Cierro los ojos tratando de dialogar con mi fuero interno. “Claudia, olvida eso. Jorge no es Antonio y no tiene nada que ver con él.” Pero mis ojos me traicionan y se me escapan unas lágrimas traicioneras. Jorge me sigue besando apasionadamente y rozándose

conmigo. Quiero que siga pero así no voy a poder.

Al mirarme de nuevo se consterna al verme llorar. Apoya su frente en la mía y respira profundamente para intentar serenarse y recuperar el control.

- Lo siento, Claudia. Hace mucho que no me atrevo a acercarme a una mujer y mi cuerpo me ha traicionado. – No quiere mirarme. Está avergonzado.

- Te deseo mucho, Jorge. – Confieso para aliviar su culpabilidad. Me vuelve a mirar con esperanza en sus bonitos ojos. – Pero quizá hoy no sea mi mejor momento.

- Es muy comprensible. ¿Quieres que me vaya?

- No. No lo hagas. – Me sonrío y su sonrisa amable es un bálsamo para mi triste alma. Se vuelve a acomodar a mi lado y me enrosco de nuevo a él, posando mi cabeza sobre su pecho. Veo sobre él una cicatriz de lo que parece una herida de puñal y la recorro con mi dedo índice.

- Todos tenemos cicatrices, Claudia. Están ahí para recordarnos qué errores no debemos volver a cometer. Pero no para reabrirlos.

- Tienes razón. – Cierro mis ojos y me duermo sobre su pecho. El latir de su corazón me resulta hipnotizador.

CAPÍTULO 6

“LOS OJOS DE JORGE”

Siempre me ocurre igual. Cuando me fijo en una mujer siempre tiene que aparecer algún problema que cree una barrera entre su alma y la mía. Primero mi madre y sus incesantes depresiones, que acabaron en un suicidio del que yo tuve que ser testigo con tan sólo diecisiete años. Por más que me esforcé en hacerla feliz y que se sintiera orgullosa de mí no pude hacer nada para darle suficientes motivos para quedarse conmigo. Me la encontré colgada de una soga en su habitación.

Después Raquel, la mujer a la que sin duda más he amado, mi mujer. Estaba a punto de convertirme en inspector cuando su actitud cambió. Siempre había sido misteriosa y difícil de predecir, por eso me cautivó. Porque cuando eres una persona tan observadora como yo lo soy, alguien así te rompe los esquemas y te cautiva. Pero el problema era tan simple como que su mente no funcionaba bien. Comenzó a agredirme preguntándome que quién era yo. “Raquel, soy yo, Jorge, tu marido.” Le decía y su cólera se esfumaba y su mirada se convertía en la de un niño perdido. Poco a poco dejó de reconocerlo todo, dejó de atesorar nuestros recuerdos y lo vivido juntos. Finalmente tuve que rendirme y dejarla ir. Lleva recluida en un psiquiátrico tres años y todavía no he sido capaz de ir a verla. No quiero verla y descubrir que puedo seguir amándola, no quiero amar a una demente. Sólo tengo treinta y cuatro años y espero que el destino me de otra oportunidad de encontrar a alguien con quien sentirme querido y en armonía.

Y cuando más convencido estaba de que eso no sucedería nunca apareció ella, Claudia. No había visto a una persona con tanta luz en mi vida. Al principio me aterraba la idea de acercarme a otra mujer. La observaba cuando estaba seguro de que ella no me miraba. Veía cómo sonreía ante las cosas más mundanas como la lluvia, las flores, los rayos de sol atravesando alguna nube... Y nunca olvidaré su rostro de emoción el día que vio el arcoíris. Esta mujer es capaz de palpar de emoción ante cualquier estímulo bello y cotidiano, pensé. Sabe valorar la grandeza de lo simple.

He aguantado lluvias, nevadas y frío infernal cada mañana sólo con tal de ir a verla. Me alegra el día comenzar así. Por fin tuve agallas hace dos días y me acerqué a ella cuando su gorro salió volando en mi dirección. Lo interpreté como una señal. Cada paso que di hasta ella me desveló algo nuevo con lo que soñar; primero el brillo de su melena, después su sonrisa que aparece cuando algún estímulo activa sus sentidos, sus ojos del color de la miel en los que me perdí por unos segundos y por último su exquisito aroma que me embriagó cuando besó mi mejilla. Pero se fue, y no hice nada para impedirlo.

Ahora estoy pringado hasta las cejas en el caso de Priscila, que en un primer momento maldecí por creer que me mantendría muy ocupado y alejado de Claudia por unos días, pero que, sin embargo, me la ha traído directamente a los brazos.

Pero Claudia es un animal herido. Ha soñado con alguien esta noche que la ha maltratado, y eso, lejos de alejarme de ella, como me pide la parte cuerda de mi cerebro, me ata a esta chica mucho más. Ha despertado en mí un instinto tan sobreprotector que me angustia.

No obstante, y siguiendo las señales, debería apartarme de ella. ¿Podré?

Claudia duerme entre mis brazos y yo apenas he dormido unos minutos. No paro de observarla acojonado. Es la primera vez en mi vida que tengo miedo, pero es comprensible dado mi historial con las mujeres. Aunque sobre todo, tengo miedo a que algo malo le ocurra y yo no pueda impedirlo. Me desmoronaría, lo sé. Hace tanto que no entra alguien nuevo a mi casa y sin embargo me siento tan cómodo con ella aquí... maldita sea mi suerte, otra vez una mujer con problemas.

Abre los ojos y me busca con la mirada.

- Buenos días. – Le sonrío. – Qué te parece si desayunamos.

- Buenos días. – Sonríe y lo hace como cuando vio el arcoíris y en ese momento mis dudas hacia ella se disipan. – Me parece una idea estupenda, Jorge. ¿Hoy tienes que trabajar?

- Estoy esperando a que me llegue un informe y tendré que leerlo detenidamente. Mi trabajo es estar las veinticuatro horas alerta por si sucede algo y tenemos que avanzar en la investigación de Priscila, el tiempo corre en nuestra contra. ¿Por qué? ¿Tienes algún plan?

- Pues antes que nada querría hablar contigo de mi situación. ¿No estarás pensando adoptarme como animal de compañía? – Me río. La verdad no me importaría. – Después quisiera hacer algo para agradecerte todo lo que has hecho por mí. – Sus ojos se nublan. Tiene miedo aún. Y no sabe lo poco que estoy por la labor de permitir que nada malo le pase.

- No tienes que agradecer nada, Claudia. Ya te he dicho que sólo has amenizado mi noche del sábado.

- Con respecto a lo de anoche... – Se esconde de mi mirada. Joder, está arrepentida de haberme besado. – Lo... lo siento mucho. Yo...

- No te volveré a poner en un aprieto similar: – Prometo, para calmarla, pero eso es todo, no estoy nada convencido de que no lo vaya a intentar de nuevo. Es más, sólo de pensarlo me estoy viniendo arriba. ¡Y ahí está! ¡Esa mirada es la que quería ver! Sus ojos reflejan pesadumbre por mi promesa. Eso significa que no está arrepentida. – ¿Es eso lo que me pides, Claudia? – No contesta y sé que eso significa que no es eso lo que quiere. – Entonces no te prometo nada. – Le regalo mi mirada más pícaro y se le encienden los mofletes. Mmm me encanta. – Pero sólo te catapultaré hasta las estrellas cuando sepa que no piensas en nadie más que en mí en ese momento. – Beso sus labios para que no tenga oportunidad de réplica y me levanto de la cama. – Voy a hacer el desayuno, te espero en el salón.

Sé que no puedo esconder mi erección, pero tampoco voy a hacer nada al respecto. Es lo que hay. Llevo casi ocho meses sin mantener relaciones con una mujer y esta noche la he pasado muy pegado al cuerpo prácticamente desnudo de Claudia, que es una preciosidad, sin poder tocarla. Parte de mi anatomía está frustrada pero mi ánimo esta mañana es jodidamente bueno. Hace mucho que no me levantaba de tan buen humor, a pesar de que no he dormido casi nada y a pesar de que no he saciado mis necesidades.

Voy a mi habitación, me pongo una camiseta y unos pantalones de chándal y me dirijo a la cocina para hacerle un capuchino a Claudia y un café solo para mí. Saco algunos donuts y hago unas tostadas, porque no sé qué preferirá. Y poco después aparece por la cocina y se queda apoyada en el marco de la puerta, contemplándome.

La muy maldita no se ha vestido aún. Sólo lleva mi camiseta y unas braguitas blancas de algodón. Tiene unas piernas preciosas. ¿Me estás provocando, Claudia? Me doy la vuelta para proseguir en mi tarea fingiendo indiferencia. Seguramente cualquier persona en su sano juicio aprovecharía este momento para desayunársela a ella, pero yo soy mucho más retorcido y racional que eso, aunque mi amigo alojado en el hemisferio sur de mi cuerpo no opine igual que yo. “Piensa en viejas feas con bigote, Jorge.” Me digo y cierro los ojos para concentrarme en eso.

- Jorge, no pensaba en otro cuando te besé. – Entonces si no se ha vestido es porque no se ha dado ni cuenta. Le ha estado dando vueltas a lo que le he dicho. – Es sólo que acababa de soñar con Antonio cuando eso sucedió.

- Quizá no conscientemente. No creo que yo bese tan mal como para que te eches a llorar. – Digo y continúo obligándome a no mirarla.

- ¿Y si te digo que me beses ahora? – Por poco me corto con el cuchillo mientras corto un trozo de queso. Ahora me toca mirarla y no sé qué está buscando.

- Claudia no tienes que demostrarme nada. Mi intención no ha sido que te sientas obligada a nada. No te he traído aquí para eso. Aunque me sienta atraído por ti. Eso ya lo sabes. Pero sé y soy consciente de que tienes muchos problemas que te preocupan ahora mismo. No tienes nada que agradecerme, en serio. Tú habrías hecho igual que yo y puede que incluso mejor. – Se acerca a mí y ya no puedo seguir pensando en más viejas con bigote. Ahora sus ojos me capturan y me dispersan la razón.

- ¿Crees que así es como agradezco yo las cosas, Jorge? Te equivocas. La atracción es mutua y yo intuyo

que tú lo sabes. – Trago saliva. Todavía no estoy muy convencido de que mantener sexo con Claudia sea del todo correcto respecto a mi trabajo, pues todavía no he podido resolver el caso Priscila y ella ha estado inmiscuida en él. Suena mi móvil y lo utilizo como excusa para huir.

- Discúlpame. Tengo que atender la llamada. – Salgo de la cocina y noto la mirada de culpabilidad con la que Claudia me mira al pasar por su lado. Mi móvil suena desde el salón. Es una llamada de la subinspectora Romero. – Beckett. – Contesto.

- Jorge han encontrado un cuerpo en una finca en las afueras de Madrid. Podría ser el de Priscila. Tenemos que ir.

- Mierda. No me jodas que está muerta.

- Sí y tienes que verlo. Lo que le han hecho no tiene nombre. Me han mandado algunas fotos.

- Joder, Rebeca. Escucha, no vayas a sermonearme, pero tengo a una testigo protegida en casa. No tiene dónde ir y ayer alguien trató al menos de asustarla en su domicilio, yo creo que pretendía algo peor. Es la fotografía que tenía Priscila en una foto en su cartera. No puedo dejarla en mi casa sola. Además, todavía no le he puesto vigilancia. Estoy esperando a que me llegue su informe para ver si es necesario o no.

- Tráetela. Así podrá hacer la tarea de reconocimiento del cadáver. Nos está costando un mundo encontrar a algún amigo o familiar de esa chica. Sus padres no quieren ni oír hablar de ella.

- Está bien. Mándame la dirección. Nos vemos allí.

Durante el desayuno le explico la situación a Claudia y le comunico que va a tener que acompañarme. Traga saliva constantemente. Seguro que no le hace nada de ilusión ver un cadáver. No, no le va a gustar nada, es lógico. Ni siquiera yo me he acostumbrado a ese desagradable panorama, pero siempre me ha reconfortado la idea de ayudar a resolver un crimen y a que se haga justicia.

Apelo a su buen corazón, que sé que tiene, para pedirle su ayuda, ya que no contamos con nadie más dispuesto a reconocer el cadáver. Aunque yo mismo podría hacerlo, porque he visto a esa chica a diario durante más de un mes, pero ha de ser alguien de fuera. También le sugiero que lleve su cámara de fotos y con eso parece ilusionada. Sé que la perspectiva que Claudia tiene de la realidad es diferente y quizá eso ayude.

En cuanto está convencida le animo a vestirse rápido. Tenemos que llegar a la escena del crimen cuanto antes, para evitar contaminación externa.

CAPÍTULO 7

“DEMONIOS”

He dejado a Claudia en el coche. Quiero ver primero con mis propios ojos a qué nos enfrentamos. Estamos en una explanada en medio de la nada, al fondo reconozco algunos de los miembros de la Brigada de Homicidios y a mi amigo Mickey, el médico forense. La subinspectora Rebeca Romero se acerca hasta mí en cuanto me ve.

- ¿Qué tenemos, Rebeca?

- Jorge, esto ha sido un despropósito total. A tu testigo le va a dar un infarto si ve eso. ¿Es esa del coche? – Asiento serio. – Con esa cara de mojigata no creo que haya visto en su vida nada igual. – Me ofende que Rebeca hable así de Claudia, no la conoce. Pero Rebeca habla así de cualquier mujer que se acerque mínimamente a mí. He cometido el error de acostarme con ella en tres ocasiones en los últimos años, desde que internaron a Raquel. No me atrae lo más mínimo, pero la soledad es muy dura.

- Limitate a describirme la escena, Rebeca. Yo tomaré las decisiones pertinentes. – Le hiere mi comentario, pero me obedece, como debe ser.

- El cuerpo está crucificado. Le han perforado en las extremidades, a modo de estigmas y le han hecho unas escisiones en el vientre, grabándole lo que parece una oración, está en latín.

- ¿Rituales satánicos? No teníamos información de que la chica perteneciese a ninguna secta de esas... Llama a la oficina y que analicen su ordenador y sus pertenencias. Quiero saber qué redes sociales frecuentaba, qué páginas web visitaba, qué libros leía, revistas, todo.

- Ok, Jorge. Prepárate, los buitres y demás carroñeros han llegado antes que nosotros, es muy desagradable. – Me advierte cuando estamos muy cerca.

- ¡Oh, joder, maldita sea! – Tengo que apartar por unos segundos los ojos de esa imagen tan vomitiva. Pobre chica. Los buitres ya se han encargado de sacarle los ojos y comienza a oler bastante mal. Me llevo un pañuelo a la boca, siempre llevo uno para estos casos. – ¿Hora de la muerte?

- Anoche, entre las dos y media o tres de la madrugada. – Cuando yo iba en dirección a casa con Claudia en el coche. ¿Casualidad? – ¿Se ha encontrado el teléfono móvil?

- No, se continúa buscando junto a demás pistas por los alrededores.

- Bien. ¿Se están tomando fotos?

- Está el chico nuevo, no sé qué tal lo estará haciendo. Sin duda no va a ser como Luis Andrade... Tenía un ojo especial para las fotos. Lástima que se jubilase. Trae a tu testigo por si quiere hacer algunas. ¿No es fotógrafa? Alguna idea tendrá.

- No. No voy a meter a Claudia en esto. Es demasiado desolador.

- ¿Claudia? ¿La llamas por su nombre de pila? ¿No te la estarás cepillando, Jorge? Ya sabes que aún no está la investigación cerrada y esa chica puede que sepa más de lo que dice. – Me dice Rebeca sujetándome del brazo.

- Se llama Claudia y así la llamaré. No me la he cepillado y no creo que eso tenga mucho que ver con la investigación, Rebeca. Si vas a poner en entredicho los métodos de tu jefe, te sugiero que mejor mandes un informe y si te hace sentir mejor que me abran un expediente y me analicen.

- Disculpa jefe, no quise decir eso. Sólo decirte que tengas cuidado. – Menos mal la conozco bien y sé cómo bajarle los humos. También sé que no querría tener como jefe a otro que no tuviera tanto tacto como lo tengo yo.

- Descuida, lo tendré.

Me acerco al coche y le pido a Claudia que no salga, que no necesita ver lo que hay allí. Le pido su cámara prestada por si puedo hacer yo mismo algunas fotos que sean de utilidad para la investigación. Pero Claudia no me hace ni puto caso y decide salir del coche. Mierda, no quiero que vea eso, la va a traumatizar.

Va en dirección a la escena de los hechos y yo le agarro de la mano para impedirselo.

- Claudia, en serio, es muy desagradable. Te va a impactar.

Se da la vuelta, me sonríe y me acaricia el rostro y yo me quedo petrificado. Lleva en su mano su cámara.

Se para justo en frente del cadáver. Y cuando ve a Priscila de esa guisa ni parpadea. Se queda pálida pero no deja de observarla ni un instante. Me pongo a su lado por si sufre un desfallecimiento o un mareo, es lo típico. Pero no. Yo miro a Claudia consternado. Varias lágrimas recorren su bonito rostro y acto seguido enfoca con su cámara y dispara. Dispara al rostro de Priscila, a sus manos, sus pies, la inscripción de su vientre que versa **“Regna terrae, cantate Deo, psallite Domino, Tribute virtutem Deo. Exorcizamus te”** en latín. Y después enfoca al suelo. Mis ojos buscan la dirección a la que apunta su objetivo. ¿Unas flores? Sí parece que alguien las puso ahí.

- Esto es obra de alguien con una personalidad muy femenina. – Dice Claudia y la miro embobado. ¿Cómo lo sabe? Bueno, la pista de las flores dice mucho.

- Ya, claro. Ahora jugamos a detectives de Hollywood, ¿no? – Suelta Rebeca a modo de mofa y que yo siento como una bofetada en la cara. La miro con rabia y esconde la cabeza. – A ver, diga por qué le parece eso, “señora”. – Pronuncia esa última palabra con asco, aunque piensa que no se ha notado.

- Señorita. – Dice Claudia que también sabe ser mordaz. Y yo que me alegro. Sonríe para mis adentros. – Las flores son camelias y son de color rosa.

- ¡No me digas! – Continúa Rebeca con su ataque y yo decido callarme y evaluar cuál es la reacción de Claudia ante este tipo de situaciones. Con Rebeca ya tendré una conversación privada. – No me había dado cuenta de que fueran de color rosa. ¿Es que has sido floristera? – Claudia la mira con rabia y yergue los hombros para contestarle. Estoy deseando escuchar su defensa.

- Soy licenciada en Historia del Arte y cursé un año y medio de la carrera de Bellas Artes. He pintado y fotografiado multitud de flores y sé la simbología que representan en el arte. - ¡Guau! Es una chicalista sin duda. Apunta con su dedo índice a las flores y continúa con su exposición. – La camelia de color rosa es una flor que representa la seducción y el anhelo de estar con la persona amada. – Rebeca noqueada. Me encanta la cara que se le ha quedado. Es demasiado chulesca para ser mujer, pero es entendible porque ha tenido que luchar mucho y demostrar que tiene cualidades en un mundo que desgraciadamente aún es muy de hombres. Aunque ella es de las mejores.

- Bien, tomaremos nota. – Afirma Rebeca mucho más calmada. Yo estoy más que entretenido mirándolas a ambas con los brazos cruzados. Aunque también analizando la información que nos ha regalado Claudia. – ¿Hay algún elemento más que te llame la atención? Supongo que en el arte la crucifixión es algo muy común.

- Lo es. Pero no la femenina. Aunque Priscila tiene poco de femenina... La inscripción en su vientre también es relevante, me parece que la grafía es bastante femenina. Quizá debería analizarla un grafólogo. – Continúa Claudia con su exposición.

- Bien. – Por fin interfiere. – Rebeca, te mando luego las fotos de Claudia y manda la de la inscripción a un grafólogo. Pero que sea bueno y sobre todo rápido. Las heridas de los supuestos estigmas han debido hacérselas después de muerta, no veo mucha sangre por aquí. No, no, espera. – Me acerco un poco más. – Las han quemado y de esa forma han cortado la hemorragia. Bueno, eso ya lo dirá el forense.

<< Rebeca, mándame el informe cuando esté listo. Voy a hablar con la prensa y a convocar una rueda de prensa para notificarlo. Estaos listos para estar todo el santo día siendo perseguidos por ellos. Esta noticia va a dar que hablar. Claudia, nos vamos. – Cojo su mano y me la llevo de allí.

CAPÍTULO 8

“INFORME”

Sin posibilidad de réplica Jorge me lleva hasta el coche. Todavía tengo ganas de vomitar por lo que he visto, espero no hacerlo en su coche. Pero se lo debía a Priscila. Quería agradecerle de algún modo que me considerase una persona hermosa y digna de su cordialidad, aunque ella fuese una persona gris. Seguro que esa chica era así porque había sufrido mucho en la vida. Según Jorge, ni sus padres habían querido oír hablar de ella, ni aun sabiendo que su hija estaba muerta. Pobre Priscila. Espero poder ayudar en algo a resolver el caso.

Con respecto a Jorge, le debo mucho más que cordialidad y una valoración positiva de mi aspecto. Me ha salvado la vida. Me ha metido en su casa sin conocerme de nada y continúa protegiéndome. Tengo que hacerle ver lo grandiosamente agradecida que estoy. De hecho, ahora mismo en el coche, gira la cabeza de vez en cuando y me mira con una gran sonrisa dibujada en el rostro y después se ríe para sí y sacude la cabeza, incrédulo. Me hace reír a mí. Eso es lo que más le debo, mi sonrisa.

- ¡¿Qué?! – Pregunto finalmente desquiciada.

- Eres una auténtica joyita. ¡Cómo le has callado la boca a la subinspectora Romero! ¡Ha sido genial!

- Esa mujer debería aprender a esconder mejor sus celos e inseguridades. – Pienso en voz alta.

- Estoy totalmente de acuerdo contigo, Claudia. Pero es muy buena en su trabajo. ¿De modo que Historia del Arte?

- Sí. – Respondo dudosa. No me gusta alardear de mis conocimientos. Pero esa poli me ha tocado las narices.

- Y después Bellas Artes... ¿Por qué no lo terminaste?

- Me tuve que ir de Cádiz. Y tenía que empezar a ganarme la vida.

- Ajá. Lo de tu madre, ¿no? – Asiento. No quiero que sepa de mi último episodio con Antonio, en el cual perdí a Nicolás y me pasé tres semanas ingresada en el hospital por los fuertes golpes. Por fin lo denuncié tras eso y pasaría unos meses en la cárcel, pero temía demasiado su salida, pues sin duda iría a por mí. Ese fue el detonante real de mi partida para siempre de mi tierra. – ¿Y qué es de tu padre, Claudia? – Está curioso de saber por qué estoy tan sola y aunque odie este tipo de interrogatorios, a él se lo debo.

- Nunca lo conocí. Mi madre me decía que yo había sido un regalo de la vida y que ningún hombre tuvo lugar en ese regalo. De niña la creí y por lo tanto crecí sin preguntas ni dudas respecto a su existencia. Cuando crecí simplemente no pensé en él. – Jorge asiente satisfecho por mi respuesta. – Dime una cosa, Jorge. – Ahora se tensa. Creo que le gusta tan poco como a mí que ahonden en su pasado. Pero por ahora no voy por ahí. – ¿Qué va a ser de mí? Tengo todavía muchas pertenencias en mi apartamento. No quiero volver allí, pero tendré que buscarme un lugar donde vivir. No puedo entrar en tu vida y enredarlo todo de esta manera. No es justo para ti.

- Te buscaremos un lugar seguro cuando sepamos de que va todo esto. – Me aclara muy serio. Algo no le ha sentado bien. – No te voy a dejar sola ahora mismo. Ni pensarlo. ¿Has visto a Priscila? No quiero otro cadáver igual si puedo evitarlo. Y menos el tuyo. – No sé por qué creo que eso lo ha dicho sin pensar. Se está tomando muchas molestias por mí. – Preferiría que te quedases en mi casa hasta que llegue el informe y pueda autorizar que te pongan vigilancia. Y además tenemos que encontrar una zona donde alojarte que sea lo bastante segura.

- Está bien. – Le sonrío. – ¿Me dejas que me encargue de la comida? – Me mira curioso. – Quisiera aportar algo durante mi estancia en tu casa y puedo sorprenderte. ¡Cocino muy bien!

- ¡Estupendo! Estoy harto de comer comida precocinada. Pararemos en el super para comprar lo que necesites. – Parece ilusionado. Yo también lo estoy. Sobre todo, con saber que voy a pasar más tiempo con él.

A pesar de mi mala experiencia con los hombres y todo lo que les he evitado estos últimos meses, con Jorge

siento una paz y una tranquilidad del todo desconocidas por mí. Me gustaría ser capaz de sorprenderle, me encantaría poder enamorarlo. Junto a él siento un revoloteo extraño en el estómago y no son las náuseas por lo de Priscila, tampoco es el miedo a sentirme insignificante que sentía con Antonio, ni las ganas de creer que todavía podía ser deseada por un hombre que sentía con Juan. Con Jorge es diferente, él es diferente.

Quiero conocer más sobre él. Presupongo que lo ha tenido que pasar mal si siendo una persona tan excepcional como lo es está solo, y además evita su pasado. Ha eliminado las fotos de su exmujer de su casa, pero no ha sido capaz de reemplazar las fotografías, ni de quitar al menos los marcos vacíos. De alguna forma ella todavía está presente en su corazón. Ha debido ser doloroso para él.

Cuánto más tiempo paso a su lado más maravilloso lo encuentro. Sería tan feliz con un Jorge en mi vida... Alguien capaz de amar así y de ayudar a un desconocido, alguien capaz de frenar sus impulsos en mitad de una escena tan pasional como la de anoche para no hacerme sentir mal, alguien así es sencillamente de lo mejor que te puede pasar.

Paramos en el super que hay junto a su casa, que es un 24 horas y por ser domingo hay bastante gente, porque es de los pocos sitios que abren un domingo. En el parquin cogemos un carrito de la compra y veo que Jorge está feliz. ¿Desde cuándo no hará algo así acompañado? Yo por lo menos siempre voy con Ana a comprar.

Tan feliz está que de un momento a otro me pilla desprevenida y me levanta del suelo para introducirme en el carro.

- ¿Qué haces, loco?

- Nada, comprarme una Claudia. ¿No puedo?

- Jajajaja. ¡Déjame salir!

- ¿O sino qué? ¿Llamarás a la poli? Pfff qué miedo... – Pone los ojos en blanco. – Bueno, te dejo salir porque tengo que llenar eso de comida y contigo dentro no se puede. – Me sujeta de la cintura y me saca del carro sin el más mínimo esfuerzo. Me mira con una sonrisa pícaro en el rostro. – La verdad es que me está dando mucha hambre. – Sonríe porque sé a qué se refiere. – ¡Vamos! ¡A comprar, niña! ¡Que ya estoy impaciente!

- ¡Está bien, está bien! Vamos.

Cuando llegamos a su casa él se encierra en su despacho mientras yo preparo la comida. Dice que tiene que evaluar un informe. Seguro que es sobre el caso Priscila. Me pongo algo de música en el móvil y los auriculares y me dejo llevar por el ritmo mientras cocino.

Al cabo de un rato estoy completamente absorta por la música y me pongo a bailar por la cocina. ¿Por qué me siento tan feliz si debería estar preocupada? Anoche había alguien en la puerta de mi piso que no tenía buenas intenciones. Pero con Jorge me siento protegida. Pruebo la comida mientras meneo el culo. Mmm ¡Está delicioso! Los arroces son mi especialidad. Sigo bailando y cuando me giro veo a Jorge en el quicio de la puerta observándome con ganas de reír, aunque con la mirada un tanto preocupada. Me acerco hasta él.

- ¿Todo bien? – Pregunto.

- ¿Tú lo estás?

- ¿No me ves? ¿Qué sucede, Jorge? – Me mira triste. ¿Qué le pasa?

- Tengo hambre. Huele bien. – Cambia de tema.

- ¡Pues a comer!

Durante la comida Jorge no para de mirarme. Parece que me analizara. Pero lo único que dice es que está muy rica la comida. Su mirada es tan penetrante y escrutadora que por primera vez me hace sentir incómoda.

- ¡Está bien! ¡Qué pasa! – me limpio con una servilleta y dejo la comida a un lado. Así no puedo comer.

- Acabo de ver tu informe.

- ¿Mi informe? – Me quedo paralizada. ¿Qué ha visto? ¿Ha estado hurgando en mi pasado? ¿Por qué? – Explicame a qué te refieres con mi informe.

- A la muerte de tu madre por cáncer de mama, a tu nota media de sobresaliente en la universidad... – Se para un segundo. Me mira agujereándome con la mirada. Aguanto la respiración aguardando a lo siguiente que dirá. – A las siete veces que has estado hospitalizada por palizas de un tal Antonio Jiménez Arrebola sin denuncia de por medio... – Mierda. Hundo mi mirada hasta el mismísimo centro de la tierra. – ¡Por el amor de dios, perdiste un hijo por culpa de ese hijo de puta!

- Ya, para, Jorge. – No me atrevo a mirarlo. Estoy avergonzada porque mi actitud por aquel entonces fue nefasta para mí. – Ya no puedo cambiarlo, ya no puedo hacer nada al respecto.

- ¿Tú? ¿Qué podías hacer tú? ¡Eras una cría, joder! Escúchame, Claudia. – Tengo muchas ganas de llorar, pero aguanto. Sigo huyendo de su mirada. – Claudia, mírame, por favor. – Hago un esfuerzo titánico y lo miro. – Voy a investigar a ese cabronazo y voy a hacer que pague por todo eso. Tú no tienes culpa ninguna. ¿Me oyes?

- Si hubiese denunciado antes Nicolás estaría vivo, Jorge. ¡No te atrevas a decirme que no tengo culpa! – Lloro de rabia.

- Nicolás volverá cuando estés fuerte, Claudia. Y cuando tenga un hogar y una familia de verdad. Ya lo verás. – Me dice eso mientras aprieta mi mano y me quedo de piedra. Es lo más maravilloso que me han dicho en la vida. Nicolás vendrá. Mi niño volverá. Cuando se dé el momento, la situación idónea. Sonrío agradecida. – Eso es. En el fondo lo sabes, ¿verdad, Claudia?

- ¿Por qué has buscado todo eso, Jorge?

- Tenía que evaluar tu situación para ver si tengo que ponerte escolta o no. Tenía que valorar el peligro al que te enfrentas, Claudia.

- ¡Joder! – Grito desesperada y doy un fuerte golpe en la mesa.

- ¿Qué sucede, Claudia? ¿Te has enfadado?

- ¡Que no quiero que me veas como una persona gris! ¡Como alguien que está roto y necesita que peguen sus trozos! ¡No lo estoy, Jorge! ¿Me escuchas? ¡No lo estoy! ¡No soy frágil ni me voy a romper! Antonio fue un puto martirio que tendré que aceptar como parte de mi vida, pero con él no acaba mi vida. Me fui de Cádiz sin decir nada a nadie hace casi cinco años y no he vuelto a saber de él. ¡Ni quiero! Ya no pertenece a mi mundo y ahora soy adulta y valiente.

- No te hablaría tan alto y claro si pensase lo contrario. – Me asegura y entonces me calmo. – Pero la verdad es que ese malnacido sólo ha pasado seis mesecitos de nada en la cárcel y yo, PORQUE PUEDO, voy a hacer que pague más y mejor el daño que te hizo. Y con respecto a ti, te PROHIBO que hables de tu persona de una forma tan horrible. Esas son las consecuencias de haber padecido maltrato psicológico y si de verdad quieres dejar esa mierda atrás, empieza por dejar de lado la manera tan deforme que tienes de contemplarte. – Me deja sin palabras. Tiene razón. – Yo prometo no tratarte como alguien roto, pero no lo hagas tú tampoco. Aún eres joven y las cosas van a cambiar si tú cambias tu visión de ti misma.

<< Por cierto. Esto está riquísimo. ¿Puedo repetir? – Ahora me mira con cara de niño mimado. Me vuelve a hacer sonreír. En parte es un alivio que sepa ya todo y no tenga que fingir delante suya cuando algo me traiga malos recuerdos.

- Hay para dos días. – Respondo. – Pero a mi plato ni lo mires, que esto es mío. – Digo haciendo un escudo con mis brazos sobre mi plato. Se ríe y todo vuelve a la paz.

Después de comer Jorge pone una película. Elige “La vida es bella” y creo que lo hace por la connotación que tiene. Está siendo un bastón muy importante moralmente para mí y yo sólo siento que me he entrometido en su vida y nada más traigo problemas. Pero tengo que cambiar eso de mí. Es lo que él dice, no puedo continuar con una visión tan negativa de mí misma.

Jorge se queda dormido a los pocos minutos. Debe estar agotado tras la noche tan espantosa que le di ayer. Le tapo con una manta que veo por allí y me acurruco a su lado para ver la película, pero también sucumbo a

Morfeo poco después. Cuando me despierto Jorge sigue dormido y decido ordenarle un poco el desastre que tiene montado con tanto libro y tanto cedé de música por todos lados repartidos. Creo que su terraza acristalada será un buen sitio dónde colocar todo eso. A mí, que me encanta leer, me gustaría tener una terraza como esa desde donde poder observar un parque y los pájaros mientras escucho música o me meto en una de las historias de mis libros favoritos.

Es impresionante la cantidad de libros que tiene de trastornos psicológicos y mentales. Debe ser algo que le preocupa debido a su profesión. Al menos sé que no estoy chalada porque con tanta información que tiene al respecto, me habría calado enseguida.

Encuentro en un cajón unas velitas y las introduzco en varios candiles que simulan ser antiguos y los enciendo. Da una luz mágica al salón. Y buscando también encuentro un poco de sándalo. Prendo una barrita y recuerdo a mi madre. A ella le encantaba el sándalo. Pero es un recuerdo agradable. Si mi madre estuviera aquí le encantaría verme en la compañía de Jorge y sonreiría mucho. Me gustaría poder creer en el más allá y pensar que me lo ha enviado ella a mi vida.

Después echo un vistazo en mi mochila. Siempre llevo un sobre con fotos mías por si tengo que mostrarlas por ahí. Afortunadamente tengo una muy bonita donde sale Jorge y decido ponerla en uno de sus marcos vacíos. También escojo una de unas flores muy peculiares que tomé en el Retiro para ponerla en otro marco. En ese momento Jorge se despereza. Lo miro y está boquiabierto.

- Joder, te dejo un rato sola y me montas una mansión. ¡Me encanta!

- ¿Sí? Necesitabas un poquito de color aquí, por eso escogí esta foto. – Señalo la de las flores. – Y ésta otra donde sales tú es muy bonita. ¡Mírate! ¡Pareces alguien importante y todo! – Se levanta y me mira con malicia. Viene hasta mí y yo lucho por no amedrentarme.

- ¿Alguien importante? Soy el inspector de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos, nena. – Dice de forma cómica pero muy sexi. Su cara está a escasos centímetros de la mía. Me río. – El color que necesitaba es ese, el color rosado de tus mejillas cuando me acerco a ti.

- ¡Mi héroe! – Pongo la mano en el pecho. Levanta las cejas en actitud orgullosa. - ¿Sabes una cosa? – Me mira atento. – Desde hace un mes para acá me ponen muchísimo los héroes, sobre todo los de ojos azules, por eso me sonrojas. – Sonríe con picardía. Creo que hace mil años que no salía esta Claudia tan decidida a la luz, pero sin duda, permanecía dentro de mí esperando el momento adecuado.

Jorge se queda pasmado. No se mueve, ni respira. De modo que me propongo ayudarlo. Me acerco hasta su boca lentamente. Se tensa su mandíbula. Cuando estoy a punto de rozar sus labios le miro de forma oscura y suspira. Agarro en un puño el cuello de su camiseta y lo estampo contra mí. Entonces reacciona besándome con furia, con necesidad. Su excitación crece en décimas de segundo y comienza a jadear cuando escucha como mi respiración se hace sonora en su boca. De pronto para y me mira. ¿Qué pasa?

- ¿Tienes miedo? Mira que no sé si voy a poder parar otra vez, Claudia.

CAPÍTULO 9

“MIEDO”

- Ni un poquito, señor inspector.

Sonríe victorioso y vuelve su ataque contra mi boca. Yo también estoy tan deseosa de fundirme en él que no puedo esperar ni un solo segundo y comienzo a quitarle la camiseta. Menudo cuerpo. Debería estar prohibido. Él hace lo mismo y me quita el jersey y la camiseta que llevo de un movimiento. Después el sujetador. Me vuelven loca sus besos, me desquician sus caricias. Me aprieta contra su cuerpo y noto su erección. ¡Oh, vamos, ya no puedo esperar más!

Y de repente suena su puñetero teléfono. Gruñe.

- Espero que sea un maldito testigo de Jehová que quiere venderme un libro y no del trabajo. – Dice con su frente apoyada en la mía. Mira de reojo el móvil que está en la mesita junto a nosotros. – ¡Joder! ¡Me cago en Satanás! – Se separa bruscamente y atiende al teléfono. – ¡Beckett! – Contesta furioso. Yo aún no he recuperado el aliento. – ¡Estoy bien, dime qué quieres, Rebeca! – Me mira frustrado y aprieta los ojos. – No me lo estás diciendo en serio, dime que no. – Suspira fuerte. – ¡Vale, vale, dame la maldita dirección! ¡Ahora te veo! – Cuelga y tira el móvil al sofá.

- Dime que no tienes que irte...

- ¡No, no me hagas esto! ¡No me pongas esa cara! Ya es bastante frustrante para mí. – Me besa lleno de rabia. – Ponte la maldita camiseta, por lo que más quieras. – Obedezco.

- ¿Qué ha pasado?

- Ha desaparecido un chico en condiciones extrañas. – Comienza a vestirse también él mientras me narra lo sucedido. – Un chaval que trabajaba en una protectora de animales. Y hay sangre por todos lados.

- ¿Te ha dicho el nombre? – No sé por qué pienso en mi amigo Pablo que trabaja en una protectora de animales. Será porque hace un par de días recibí un whatsapp de él diciéndome que tenía ganas de verme, que últimamente no nos veíamos nada.

- Un tal Pablo Aranda. – Palidezco. No... no por dios, no. Pablito no. Es un ser gentil y bueno. – ¿Qué pasa, Claudia? ¿Lo conoces? Dime que no, por favor. – Lo miro aterrada. Jorge se frota el rostro cuando descubre lo que significa mi silencio. – Vístete, te vienes conmigo.

- No quiero verlo, no puedo...

- No lo verás, pero no te quiero a menos de dos metros de mí en este momento. ¡Y por nada del mundo se te ocurra salir sola! ¿Me has entendido? Mañana te llevaré al médico y pides una baja.

- Pablo no, por favor. Pablo no...

- No pienses en eso, haré lo que esté en mis manos por encontrarlo sano y salvo. Creo que tendremos unas horas. Ven. – Me agarra y me abraza. – Tranquila, ¿vale?

Estoy de nuevo en el coche de Jorge y me siento hecha una verdadera mierda. Parece que alguien está atacando a las personas que me tienen algún tipo de estima. Jorge dice que es una coincidencia, pero yo no lo creo. Ni tampoco creo que él se trague ese rollo.

Llegamos a la protectora y Jorge me pide que me quede en el coche. Mi ánimo no está por salir y ver algo que me marque. Con Priscila era diferente, no era mi buen amigo y confidente Pablo.

Jorge sale y habla con Rebeca. Esa mujer me odia. Ambos me miran desde fuera y Jorge le dice algo seriamente apuntándole con el dedo, como advirtiéndole. Entran dentro y ya no los veo. Hay dos coches más de policía, deben estar dentro. Me quedo sola.

Apenas son las siete de la tarde, pero ya es de noche. Miro mi móvil y repaso la última conversación que tuve con Pablo, por si se deja intuir que está triste o raro, pero no. Sólo me dice que quiere verme y que tiene que contarme muchas cosas. Suena mi móvil. Es Ana.

- ¡Ana!

- ¡Claudia! ¿Qué está pasando? Hay dos polis en tu casa. ¿Te ha pasado algo?

- Ayer sábado alguien vino a asustarme. Llamaron a la puerta varias veces, pensé que iban a derribarla y por la mañana encontré una foto mía que alguien me hizo en el trabajo. Alguien me sigue.

- ¡Joder! ¿No será el capullo de Juan otra vez? – Lloro. – Escucha, ¿dónde estás?

- Me estoy quedando en casa de un inspector de homicidios.

- ¿Qué? ¿Homicidios? ¡Pero...!

- El viernes desapareció la camarera que siempre me atiende en la Cafetería Golden, Ana. Tenía una foto mía y al parecer era lesbiana y yo le atraía. Esta mañana ha aparecido muerta, crucificada y perforada por todos lados. La he visto, Ana.

- ¡Qué coño me estás contando! ¿Y quién es el inspector ese?

- Es “él”, el chico que fotografiaba en el Retiro.

- ¡No me jodas! ¿Estás con “él”? ¿En su casa?

- Sí, y ahora ha desaparecido Pablo. ¡No puede ser, Ana! ¡Pablo no!

- ¿Qué Pablo? ¿Nuestro Pablo? ¡Mierda, Claudia, no! – De pronto miro al frente y veo una silueta que me observa. Lleva mucha ropa, pero sé quién es. Es la de mis fotografías. ¡Es ella!

- ¡Es ella!

- ¿Quién?

- ¡Ana tengo que colgar, luego te llamo!

Cuelgo y marco el número de Jorge. No veo a nadie más por ningún lado. Lo que veo es que esa mujer se acerca a mí. Cierro el pestillo y se me cae el móvil de las manos. ¡Joder! Me agacho para cogerlo y al levantarme ya no está. Marco el número de Jorge con el corazón a punto de salirse del pecho.

- ¡Claudia, qué pasa!

- ¡La he visto Jorge, la de las fotos! ¡Estaba aquí hace un momento, me estaba mirando!

- ¡Fuera! ¡Salid fuera! ¡Sospechoso por los alrededores! ¡Claudia ni se te ocurra salir del coche! – Ya veo a Jorge salir de la protectora. Se dirige hasta mí. Abre la puerta del coche. Y después abre la guantera. Saca dos pistolas, una se la lleva y la otra me la tiende a mí. – Cógela y si tienes que disparar, dispara. – La agarro con un pulso terrible y Jorge sale disparado. Le pide a Rebeca antes que se quede junto al coche, para vigilar que no se acerquen a mí.

Veo que Rebeca pide refuerzos y los cuatro policías que hay por ahí se despliegan por el escampado. Me va a dar un maldito ataque. Jorge en busca de un puto asesino. ¿Y si le hace algo? ¡Quiero salir de aquí! Pero yo no tengo ni idea de qué hacer. De pronto alguien grita. ¡Qué! ¡Qué cojones pasa! Y veo salir a Jorge de los matorrales con un cuerpo en brazos. ¡Es Pablo! Salgo del coche sin pensarlo.

- ¡Pablo! ¿Está bien? – Lo miro preocupada.

- Está vivo, Claudia, métete en el puto coche. – Me dice enfadado. – ¡Rebeca, llama a una ambulancia! Y pide refuerzos. A ese cabrón tenemos que cogerlo hoy.

- Sí, jefe, ya he pedido refuerzos. Voy a llamar a la ambulancia.

Jorge tiende el cuerpo de Pablo en el suelo para reconocerlo. Le toma el pulso y parece que se ve aliviado. ¡Oh, Jorge, eres un puto héroe! Pablo tiene unas perforaciones muy feas en las manos y pierde mucha sangre. Jorge se quita la chaqueta y destroza su camiseta para usar los jirones para hacerle un par de torniquetes.

Poco después más policías llegan y tras estos la ambulancia. Yo sigo reclusa en el coche y por fin me relajo cuando los enfermeros evalúan a Pablo y escucho decir que se va a poner bien. Jorge le dice a Rebeca que se encargue de ponerle vigilancia en el hospital y que le informe si cogen al cabrón que ha hecho eso. Que él se vuelve a casa conmigo porque tiene trabajo que hacer.

Entra en el coche acelerado y muerto de frío. Sólo lleva una chaqueta y está lleno de sangre de Pablo por todos lados. Me mira y le sonrío.

- Sí que eres un héroe.

- Y tú una imprudente. ¡Si te digo que no salgas es que no salgas, Claudia! ¿Sabes lo que...? – Y le callo estampando mis labios contra los suyos. Me agarra de la cabeza y se pierde en mi beso.

- Llévame a casa, inspector Beckett. – Le digo aún pegada a sus labios.

Arranca en seguida y acelera. En pocos minutos estamos en su aparcamiento. En el ascensor se echa sobre mí y con sus manos explora todas las partes de mi cuerpo a las que consigue tener acceso. Está lleno de manchurrónes de sangre, pero no me importa. Sólo se frena cuando me mira y ve que me ha manchado a mí también de ella.

- ¡Mierda! Nos vamos a tener que dar una ducha, nena.

- Una ducha calentita nos vendría bien. – Le guiño.

Abre la puerta, apaga el móvil y me coge en brazos para llevarme hasta el baño, mientras continúa besándome. Ya en el baño enciende el grifo del agua caliente. Me quita la ropa y se la quita él. Y comienza a besarme de nuevo con pasión y con desesperación. Me levanta sobre su cuerpo y nos introduce a ambos en la bañera. El agua cae sobre nuestros cuerpos y lo que podía parecer un episodio dantesco por el color púrpura que toma el agua a causa de la sangre que lleva Jorge adherida a su torso, se convierte, sin embargo, en algo mágico. Me besa, me acaricia, me abraza, me rindo a él. Apoya mi espalda contra la pared y levanta mis piernas para ponerlas alrededor de su cuerpo, para facilitar así su entrada en mí. De pronto, antes de hacerlo, quiere parar.

- ¡Joder! No tengo condones.

- No te preocupes, tengo el diu. – Me mira y me sonrío.

- Buena chica.

Entonces siento como me llena mientras me besa con fuerza. Me deshago en gritos de placer y él trata de bebérselos. Creo que hace un esfuerzo titánico en esperar que yo me vaya y cuando lo hago me acompaña en mi viaje a las estrellas, susurrando mi nombre. Después me suelta y parece agotado. Agarra mi cara y me susurra que no me vaya, que me quede con él. Después me vuelve a besar, tapona la bañera porque ya no quedan rastros de sangre y me pide que me tienda sobre él mientras el agua nos cubre.

¿Ves cómo una ducha calentita nos vendría bien? – Digo y se ríe. Me acaricia los brazos.

Si fuera por mí estaría todo el día dándome duchas calentitas como esta. Acabarías hecha una pasa.

Una pasa muy satisfecha. – Vuelve a reír.

Pues quédate en mi cama esta noche y te dejaré satisfecha ocho veces más si hace falta. – Le miro incrédula. – Bueno puede que sólo un par de veces más. – Me río. – Pero te aseguro que te parecerán como ocho. – Me guiña.

Me parece un plan perfecto. – Nos besamos.

La noche es eterna y muy corta a la vez. Nunca me había sentido así con un hombre. La verdad es que es la primera vez que estoy con un hombre de verdad, tanto es aspectos físicos como personales. Jorge se desvive por darme placer y por hacerme sentir la mujer más deseada de la tierra y yo trato de hacer lo mismo por él. No quiero volver a tener nada que no se parezca a esto nunca más con un hombre.

CAPÍTULO 10

“CLAUDIA”

¡Joder, el móvil otra vez! No quiero despertar todavía, se está demasiado bien abrazado al cuerpo de Claudia. Se me había olvidado esta sensación. ¡Un momento! ¡Mierda! ¡Anoche apagué mi móvil! Entonces tiene que ser el de ella.

Damos los dos un respingo a la vez y nos despertamos. ¡Qué! ¡Las diez de la mañana! ¡Imposible, yo no me despierto nunca más allá de las siete y media! Independientemente de la hora a la que me acueste.

- ¡Joder, joder, joder, mi jefe! – Brama Claudia. Yo me levanto en busca de mi móvil, que ahora que recuerdo lo dejé en la entrada apagado. Voy por él y lo enciendo. Tengo varias llamadas perdidas de Rebeca. – Martín, sí soy Claudia. – Escucho su conversación cuando entro de nuevo en mi habitación. – Lo... lo siento, no me encontraba bien y me he quedado dormida. Ahora voy para allá. – ¿Qué? ¿A trabajar? ¿Con la que está cayendo? Aunque ahora que lo pienso, allí va a estar vigilada sin poder salir durante unas horas, así tendré margen para ponerme al día con la situación. Me visto deprisa. – Sí, intentaré estar allí en media hora. – Me mira buscando mi permiso y asiento para decirle que ok. – Ahora te veo, Martín. Sí, estoy bien, no necesito que vengas a por mí. No, no. Adiós.

Vaya, su jefe se toma muchas molestias con ella...

- Vas a trabajar por lo que veo, ¿no? – Pregunto. Ella dice que sí con la cabeza. – Y no te encuentras muy bien...

- Ha sido una mentirijilla piadosa. – Sonríe tiernamente y me hace sonreír. – La verdad es que no me había sentido mejor en mucho tiempo, a pesar de todo lo ocurrido. – ¡Guau! ¡Eso es música celestial para mis oídos! – Pero me gustaría ir a trabajar y no llamar mucho la atención con todo esto, Jorge. Necesito recuperar normalidad.

- Vale, vístete que te llevo. Pero hazme el maldito favor de no salir de allí hasta que yo llegue a por ti, ¿de acuerdo?

- Vale.

- ¡Prométemelo! – Me acerco a ella en plan poli de interrogatorio.

- Te lo prometo. – Dice con seriedad.

- Bien. – La beso. – Ahora vístete rápido que tenemos que irnos.

A las diez y veinticinco dejo a Claudia en la librería de idiomas donde trabaja, “Baker Street”, curioso nombre, como la calle donde vivía mi personaje literario favorito, Sherlock Holmes. Entro y pido hablar con su jefe, el tal Martín, que mira a Claudia con absoluta preocupación. Claudia toma posición en el mostrador y yo voy al fondo a hablar con ese hombre en privado.

- Señor, Claudia ha sido víctima de un intento de ataque. Ahora mismo está en mis manos su protección, pero tengo que hacerme cargo de una investigación. – Martín me mira acojonado mientras le digo esto. – Le ruego sea tan amable de vigilar que no salga de aquí hasta que vuelva a por ella y si ve algo raro, LO QUE SEA, llámeme a este número. – Le tiendo mi tarjeta.

- ¿Un ataque? ¿A Claudia? ¡Oh dios! ¿Quién ha sido? ¡Lo mataré si lo veo! – Es la primera vez en mi vida que siento una punzada de celos, porque estoy bastante en contra de ellos, pero soy consciente de que Claudia tiene más candidatos aparte de mí que se desvivirían por protegerla y eso me da miedo. Parece un buen hombre, de modo que me esfuerzo en alegrarme de que lo tenga a él para que cuide de ella. Pero SÓLO cuando

yo no esté presente.

- No sabemos quién, caballero. Le ruego su participación si ve algo extraño.

- Descuide. – Me estrecha la mano. Parece muy preocupado. Creo que me podré fiar de él. De todos modos, me vuelvo y antes de salir de allí me dirijo a Claudia.

- ¿Te puedes fiar del tal Martín? – Ella asiente. – Bien, me voy. Te recojo a las cuatro, ¿no? ¿Es a esa hora cuando terminas? – Me dice que sí y me sonríe. Quiero besarla para llevarme el recuerdo de sus labios a la oficina, pero creo que no es buena idea si así la pongo en una situación incómoda con su jefe encandilado de ella. – Te echaré de menos. – Digo sin pensar y Claudia me agarra del cuello de mi camiseta y me stampa un cálido beso. Cada vez me gusta más su osadía y frescura. Apuesto a que hace mil años que no es así con alguien.

Salgo de allí radiante y me meto en el coche con una sonrisa bobalicona.

En la oficina voy directo a la máquina del café, cojo mi café solo y me encierro en mi despacho. Enciendo el ordenador. A los cinco minutos ya tengo a Rebeca entrando sin llamar a mi puerta con cara de esposa marujona y regañona.

- ¿Qué mierda te pasa? “Me voy que tengo trabajo” – Me imita grotescamente. La miro muy serio. – Mucho trabajo, sí. Apuesto el cuello a que te has estado trabajando a la mojigata esa toda la noche.

- Te equivocas. A las tres de la mañana paramos, ya no podíamos más. Pero si hubiese podido habría seguido, Rebeca. – Se le abren los ojos y creo que tiene ganas de llorar. – Me dijiste ayer que estabas viéndote con otro hombre, ¿no? Deberías dejar de vigilar mi vida privada de una vez.

- Tenemos la jodida rueda de prensa de lo de Priscila en media hora, Jorge. ¡Y sí, me estoy viendo con otro y espero y deseo que me haga olvidarme de ti! – Se gira con los ojos lacrimosos y me siento mal.

- ¡Rebeca! – Se vuelve triste. – Joder, Rebeca. ¡No te pongas así! Eres la mejor trabajadora que tengo y te tengo muchísima estima, pero creo que merezco yo también algo de felicidad y Claudia se está convirtiendo en alguien muy especial para mí. Sólo deseo que lo entiendas...

- Lo intentaré entender, jefe. – Está cabizbaja. Jamás la había visto así. Ella es una mujer fuerte y valiente. Me jode ser el motivo de su flaqueza. Me levanto y la abrazo sin pensar.

- No quiero verte así, de verdad. Te aprecio demasiado y no me gusta sentirme culpable por tu angustia, Rebeca.

- Gracias, Jorge. – Me mira un poco más tranquila. – La verdad es que te deseo lo mejor, sinceramente lo mereces, aunque me duele que sea con otra. Te espero abajo en media hora para la rueda de prensa.

- Estupendo. – Beso su frente de forma paternal. – Voy a ponerme al día.

Se va un poco más sonriente y me siento un poco mejor. ¡Vaya fin de semanita! Dos desapariciones, una de ellas con final desastroso, Rebeca dolida por mi culpa, una persona desquiciada que quiere hacer daño de alguna forma a Claudia, Claudia...

Maldita sea, Claudia. Se me está metiendo en mis venas de una forma muy adictiva. No recuerdo haber deseado a alguien tanto como a esa chica. Es imprevisible, natural y muy intuitiva. Pero está marcada. No puedo olvidar el daño tan espeluznante que sentí al leer su informe y ver las fotos de sus heridas tras la paliza que le propinó ese maldito de Antonio Jiménez Arrebola. De hecho, voy a pedir ahora mismo que le pongan vigilancia extrema para pillarlo en cualquier descuido y enchironarlo. ¡Las vas a pagar una por una, Antoñito!

Tengo un correo. Es de Miguel o Mickey, como yo lo llamo. Mi buen amigo y médico forense que lleva el caso de Priscila y que también ha visitado a Pablo, el amigo de Claudia, en el hospital. Me informa de que las heridas en sus manos son como las de Priscila, hechas con un taladro automático y después han intentado rematarlas con un soplete, pero llegamos a tiempo de impedirlo en el caso de Pablo. El chico está consciente a

ratos y ha hecho alguna declaración. Tengo que ir a verlo antes de que Claudia salga de trabajar.

En mi mesa tengo una copia de la nueva llave del piso de Claudia, la guardo en el bolsillo de mi cazadora de piel.

El informe de la Brigada también lo tengo impreso sobre mi escritorio, me lo habrá dejado Rebeca antes. Lo ojeo y me cabreo sobremedida cuando leo que no han trincado al hijo de puta culpable, sigue suelto. Sigo pensando que debe ser un hombre y que quiere despistarnos con su indumentaria. Me da por volver a pensar en el susodicho de Antonio, lo veo muy capaz de hacer algo así tras lo visto en las fotos de Claudia.

Por dios, Claudia. ¿Cómo permitiste que alguien te tratara así? He leído mucho sobre el síndrome de Estocolmo, pero me cuesta todavía un mundo digerirlo y entenderlo. Aunque yo tenga una cicatriz en mi pecho de una vez que Raquel me apuñaló no es lo mismo. Ella estaba perdiendo la cordura y tuvo miedo al no reconocermela y yo intentar besarla para calmarla. Pero lo de Claudia me duele más. La persona que se supone que la amaba y con la que habría tenido un hijo le hizo daño deliberadamente. Tengo las imágenes de las fotos de sus heridas perforándome los ojos, como agujas. Me masajeo la frente. Espero que mi historia con Claudia no tenga un final tan desagradable como el de Raquel. Parte de mí me pide que huya de Claudia, pero yo ya sé que eso no va a poder ser posible. No ahora después de haber sentido de una forma tan sublime su adorable cuerpo. Había pedido al cielo que me enviase a alguien bueno con quien poder soñar sin que me hiciera daño, y han atendido a mis súplicas, la enviaron a ella, directa a mis brazos. Eso me pasa por falta de fe y por bocazas. Pero me aterra el desenlace que pueda tener nuestra historia.

¿Cuándo me había sentido yo en la vida así, ilusionado y a la vez aterrado como un niño? Jamás. No recuerdo haber sentido miedo en mi inmunda vida. Tampoco recuerdo haberme excitado tanto con una mujer. Siempre he sido muy racional, aunque sea también pasional, pero siempre ha ganado mi raciocinio. No con Claudia, ella es diferente. No para de sorprenderme y tengo la sensación de que esconde muchas más sorpresas, que ni siquiera ella sabe que posee. Porque sus relaciones anteriores han dañado su autoestima y todavía la verdadera Claudia permanece presa en alguna cárcel de su inconsciente. Sin embargo, he comprobado en ocasiones por sus actuaciones, que tiene ganas de salir.

Me fumo un cigarro y me dirijo a dar la maldita rueda de prensa. Informo a la prensa de lo sucedido acompañado de Rebeca, que me apoya en mi comparecencia. Después me disculpo para salir a continuar con la investigación y dejo a Rebeca a cargo de resolver las dudas de la prensa.

Me meto en el coche y me dirijo al Hospital de la Paz. Quiero hablar con Pablo y espero que eso sea posible.

Cuando llego muestro mi credencial y me conducen a la habitación del amigo de Claudia, que está sedado pero consciente. La enfermera me comenta que lo habían drogado y que los recuerdos que posee pueden ser falsos. ¡Menuda jodienda! Entro y me presento. El chaval me mira asustado. Yo le sonrío y me presento como amigo de Claudia y después le informo de mi cargo.

Se relaja un poco y comienzo a preguntarle.

- Pablo, antes de preguntarte por lo ocurrido ayer, me gustaría que me comentases sobre tu relación con Claudia.

- Eh, no entiendo. – Dice extrañado.

- Ella también ha sufrido un intento de ataque. – Le aclaro y se escama. – Tranquilo, está bajo mi vigilancia.

- ¡Oh! Pues ella es una de mis mejores amigas. La conocí cuando trabajábamos juntos en una tienda de chucherías, hace tres años.

- ¿Y habéis tenido otro tipo de relación aparte de amistad?

- Ehhh... no... – Agacha la mirada y sé lo que quiere decir.

- No, pero, lo deseas, ¿verdad? – No contesta. – Tranquilo, Pablo. No te voy a juzgar por ello. Tenemos que atar cabos, ayúdame por favor; no quiero que Claudia corra peligro.

- Siempre me ha gustado Claudia. – Por fin confirma. – Pero ella no lo sabe y por favor no quiero que lo sepa. Tengo algunas fotos tuyas un poco comprometidas cuando estaba con Juan y me he recreado en ellas muchas veces.

- ¿Juan? ¿Quién es Juan? – Eso mismo. ¿Quién coño es Juan ahora? Mierda, ¿otro ex cabrón? Pues voy a tener que ir más al gimnasio.

- ¿Tú no eras amigo de Claudia?

- Sí, pero no estoy al día de su calendario en la cama. – No, Jorge, eso ha sonado a machito celoso. – Quiero decir, que hablamos de otras cosas.

- Juan tuvo una relación con ella durante casi un año, hasta que descubrió que estaba casado y lo mandó a la mierda. ¡Lo mejor que hizo!

- ¿Y crees que el tal Juan querría hacerle daño a Claudia?

- No lo creo, babeaba por ella mucho. Pero puede que su mujer sí. Ella también descubrió lo de Claudia y la amenazó varias veces.

- ¡Joder! ¿Qué manía con no denunciar tiene Claudia?

- No sé, yo también se lo dije. Que denunciara.

Está bien. Dime lo que recuerdes de anoche.

- Anoche, pues... me fumé un porro. ¿Eso no es ilegal, no? – Le digo que se tranquilice. Que yo también me he fumado alguno en mi vida. Y sobre todo que continúe. – Pues eso, me lo fumé y me tomé un café porque anoche me tocaba turno de noche. ¡Pero ese café tenía algo, lo juro! La habitación comenzó a moverse, algunas cosas parecían volar frente a mis ojos y escuché una voz de una mujer muy seductora.

- ¿La viste?

- No, o sea, sí. La verdad tengo recuerdos muy confusos. Ojos verdes casi diabólicos. Tetas pintadas de rojo... No recuerdo nada con claridad. Ni siquiera sé si son alucinaciones.

- ¿Te dijo algo? ¿Algún mensaje?

- Hablaba raro, como si dijese una oración en...

- ...Latín. – Termino su frase. – Vale. Quiero esas fotos de Claudia en actitud comprometedoras con Juan. Te redactaré una declaración y la firmarás. Y volveré a verte en unos días. Procura recuperarte. Claudia está muy preocupada por ti.

- No le digas...

- No. ¡Pero quiero esas fotos o yo mismo te denunciaré! – Asiente amedrentado. Me señala su móvil. Echo un ojo y las veo. ¡Maldita sea, como escuece verla besándose con otro así! Ella parece incómoda mientras ese mequetrefe le mete mano por debajo de la falda. Me envió las fotos a mi móvil y las borro del dispositivo de Pablo. – Perfecto. Que te mejores, Pablo.

Y me voy. Todavía es pronto y decido pasarme por el antiguo piso de Claudia. Seguro que le gustará recuperar alguna de sus pertenencias.

En el portal chequeo su correo. Tiene un paquete de una tal Ana Berrocal. Creo que es la vecina de la que me ha hablado. Lo cojo y lo llevo a su apartamento.

Al entrar todo está intacto, como lo recordaba. Todavía está la mesita de forja dentro del baño y marcas de polvos sobre ella, señal de haber tomado huellas. También en la puerta de la calle y poco más. Hay fotos por todos lados de Cádiz, de una mujer muy guapa que supongo que sería su madre, de las calles de Madrid y una del Retiro, ¡salgo yo! Ojalá la tenga ahí por eso. Me ilusiona esa idea. Pero dudo mucho que los ojos de Claudia me adoren tanto como los míos a ella. Suspiro. ¡Sí que te ha dado fuerte, Jorge! Es normal, llevo mucho tiempo solo y ella es excepcional. He sido una persona muy triste estos últimos años y con ella eso está cambiando.

Me siento en su cama. Es un apartamento enano, pero lo ha decorado con mucho encanto y vida. Plantitas en las ventanas, pegatinas de colores con mensajes esperanzadores por todos lados, libros de Jane Austen,

Charlotte Brontë, Thomas Hardy, Alan Poe...

Repaso las últimas llamadas de su teléfono fijo y las compruebo en internet. Son de su amiga Ana y de su trabajo la mayoría. Ningún teléfono de Cádiz, me supone un gran alivio. Quizá sea verdad que al menos para Claudia, Antonio ya es pasado. Ahora también tenemos a Juan y su mujer.

Abro la nevera y cojo un zumo de frutas que está abierto para servirme un vaso. Los vasos de Claudia están pintados con caritas sonrientes y guiños. Sonríe. A pesar de todo es una chica alegre y llena de vida. ¡Claro que lo es! A mí me ha llenado al menos de vida...

Por último, cojo algo más de ropa y zapatos de Claudia, junto a sus libros y algunas fotos que sé que querrá tener y lo meto todo en una maleta grande que encuentro bajo su cama. Llamen a la puerta.

- Hola. – Digo a una chica con grandes ojazos azules que me mira como si viese un fantasma. – ¿Ana? – Intuyo que es ella. – Soy...

- ¡"Él"! ¡Eres "él"!

- ¿Perdona? ¿Nos conocemos?

- No, no, perdón. Tú eres el inspector, ¿verdad? El chico del Retiro. – ¡Ey! ¡Claudia le ha hablado de mí! Sonríe triunfal.

- Sí, ese mismo. He venido a por las cosas de Claudia. Está quedándose en mi casa. Si quieres venir a verla sólo tienes que decírmelo. Por cierto, ¿has visto algo raro por aquí?

- ¡Muchas gracias! Me apetecería verla, la verdad. No he visto nada, sólo mucha policía. ¿Cómo está Pablito?

- ¿Vuestro amigo? Bien, fuera de peligro. Ayer lo encontré en una explanada herido justo en el momento oportuno. Está en La Paz, por si quieres verlo. Por cierto. Deberías buscarte otro lugar donde quedarte mientras todo esto se resuelva, Ana. Ahora mismo este lugar es peligroso.

- Mmm, vale. Hablaré con mi hermano y mi cuñada. ¿Cuándo puedo ver a Claudia?

- ¿Quieres venir conmigo a por ella? Voy a almorzar algo por aquí por la zona y después la recogeré en la librería.

- ¡Come conmigo en casa! He hecho raviolis al pesto, ¿te gustan? Así me comentas más cosas sobre lo que está pasando y vamos juntos a por Claudia.

- Me parece bien, te agradezco la invitación.

Ana me hace sentir espléndido. Da la impresión de que Claudia le ha hablado de mí como si yo fuese motivo de deseo para ella. Nada me haría más feliz. La recuerdo anoche en mi cama y era puro fuego. Sé que le gusta, pero es muy hermética para expresar hasta dónde y sé que es porque aún tiene miedo.

Ana es muy divertida, me cuenta algunas anécdotas que comparte con Claudia que me corroboran que es una persona alegre.

Cuando se relaja lo suficiente conmigo decido preguntarle sobre Juan. Intento que no suene a ataque de celos porque realmente es una información crucial para la investigación. Ana me comenta que Claudia nunca estuvo realmente enamorado de ese tipo, no puedo negar que eso me alivia demasiado. Su verdadera motivación con él era sentirse deseada y mujer de nuevo. Lleva mucho tiempo luchando contra las heridas de Antonio. Ana dice que por eso le resultó tan fácil terminar la relación con Juan tras averiguar que estaba casado. Me resulta muy curioso que Ana no nombre a Antonio en ningún momento, como si no supiese de su existencia.

La mala noticia es que no sabe los apellidos de Juan ni donde vive, sólo que es agente de seguros. Esa gente está muy acostumbrada a mentir, pienso. Esto me lleva a que tendré que mantener otra conversación con Claudia sobre Juan, y dada su reacción cuando le comenté que sabía lo de Antonio, sé que no le va a gustar. Pero es mi trabajo.

Sobre la mujer de Juan, Ana dice que nunca la han considerado peligrosa, que parecía únicamente querer tener la certeza de que Claudia se alejaría de Juan para siempre y eso ha hecho. Hace seis meses que no se ha puesto en contacto con él, desde que lo dejó y hace más de un mes que no recibe mensajes de él ni de su mujer. Tendría que comprobar si siguen casados o si por el contrario, se han separado debido a esta situación, para saber si esa mujer puede guardar todavía mucho rencor por Claudia. Antes de salir a por Claudia, Ana me pide algo.

- Ella es muy buena chica, Jorge. Me gustaría que fuese feliz con un hombre como tú.

No más que a mí, pienso.

CAPÍTULO 11

“OBSERVADA”

Sé que Jorge se va a enfadar cuando vea esto. Me ha llegado un sobre a modo de paquete al trabajo con Pablo como remitente. Contiene fotos de muy mal gusto en las que salgo yo con Juan. No sé cómo le voy a contar esto, ni qué decirle con respecto a Juan. Mucho menos sé cómo voy a sacar el valor de mostrarle estas fotos. Lo voy a espantar y es lo último que quiero. Ahora no me cabe la menor duda de que alguien está tras de mí y quiere hacerme la vida imposible y tampoco dudo que tenga algo que ver con el intento de asesinato de Pablo. ¿Él tenía estas fotos? No le pega nada. Pablo es un chico muy cordial y bueno. De lo que estoy convencida es que él no las envió.

Ya sólo faltan quince minutos para las cuatro de la tarde, Jorge estará al llegar... Meto el sobre con las fotos en mi bolso y resoplo una y otra vez mirando al cielo. Tengo que contárselo si quiero colaborar con la investigación. Martín y María no se han dado ni cuenta de que llegase ningún paquete a mi nombre. Además, María está hoy muy agradable conmigo tras haber sido testigo del beso que le planté a Jorge en los labios. Creo que Martín no lo vio, porque sigue conmigo como si nada. Espero y deseo que no sea el último beso entre Jorge y yo.

Cinco minutos después veo a Jorge sonriente en la calle, esperándome con las manos metidas en su cazadora de piel marrón. Trato de devolverle la sonrisa, pero sé que resulta demasiado forzada por la forma en la que Jorge frunce el ceño. ¡Ay, dios!

Miro a Martín y me da permiso para salir diez minutos antes.

- Hola. – Digo tímidamente cuando estoy frente a Jorge.

- ¿Y mi beso? – Pone cara de niño enfurruñado. Por fin me hace reír de verdad.

- ¿Y el mío? – Se hace el interesante arrugando la boca y mirando al cielo como pensándose si me lo quiere dar o no. Después sujeta mi cabeza y me besa con temura.

- Creo que tu jefe quiere asesinarnos. – Me dice cuando se separa. Me giro y veo a Martín haciendo una mueca de dolor. – Lo siento, no quería ponerte en un aprieto en el trabajo, pero te echaba de menos. – Ahora miro a Jorge pasmada. ¿Qué ha dicho? Estoy poco o nada acostumbrada a una reacción así. Antonio o Juan me habrían culpado a mí de haber seducido o provocado a Martín sin siquiera preguntarme.

- Lo que debes sentir es no darme más besos de esos. – Lo beso yo ahora. – Me importa una mierda la aprobación de Martín para dártelos. Si me quiere echar que me eche. – Confieso pegada a sus labios. Después lo miro seria. – Tengo que hablar contigo.

- ¿Ha pasado algo? – Se tensa. – Mierda, ¿me han jodido el momento otra vez contigo?

- ¿Qué momento?

- Tengo un par de sorpresas esperándote en el coche. – Dice triste.

- No, nadie ha jodido nada. – Contesto risueña mientras pienso que quizá lo de las fotos puede esperar.

Jorge me coge de la mano y me lleva hasta el coche.

- ¡Ana! – Mi amiga sale del coche de Jorge y me da un besazo y un abrazo. – ¿Qué haces aquí, con “Él”?

- “Él” ha estado por tu casa y lo invité a comer. Me dijo que podía venir a visitarte y ¡aquí estoy!

- Perdonad, pero “Él” tiene un nombre. – Añade Jorge con actitud chulesca.

- Sí, pero como Claudia no lo sabía hasta hace poco, te llamábamos “Él”. – Le aclara Ana y quiero matarla. Le hago una mueca para que se calle y Jorge me pilla infraganti.

- ¿De modo que llevas un tiempo luchando por no rendirte a mi evidente atractivo, sexapil y glamour? – Se ríe

de mí al tiempo que me levanta la barbilla para que lo mire. Muerdo mi labio inferior para cortar la risita nerviosa que lucha por salir de mi boca. – Y yo aquí pensando que era el único bobo encandilado... Al menos yo te había puesto un nombre más bonito.

- ¿Sí? ¿Cuál? – Pregunto curiosa.

- Clotilde. – Me río. – Bueno no es ese, pero no te lo diré hasta más adelante si te portas bien. En el maletero tengo una maleta con más de tus pertenencias y una maceta, porque creo que te gustan las flores. – Sonríe y se sonroja. Creo que es la primera vez que veo que lo hace. Abro el maletero y veo una preciosa planta de camelias rosas. Creo que mi cara lo refleja todo. – Parece que te gusta...

- ¡Me encanta, Jorge! – Lo abrazo con fuerza.

- Vamos a casa, tendrás cosas que hablar con tu amiga.

En casa de Jorge, Ana y yo nos quedamos en el salón para hablar y ponernos al día de todo. Jorge se encierra en su despacho porque dice que tiene varias llamadas que hacer con respecto al caso que se nos cieme a ambos encima.

Ana está encandilada con Jorge y me lo hace saber. Ella piensa igual que yo, hay pocos hombres como él en el mundo, por desgracia. Yo estoy muy preocupada con los acontecimientos y con tener que mostrarle a Jorge abiertamente mi pasado. Él es la única persona aquí en Madrid que conoce mi amargo pasado con Antonio y ahora tengo que presentarle a Juan y mis fotos con él.

Le cuento todo con más detalle a Ana, también le cuento mi encuentro sexual con Jorge anoche. Ella dice que cree que Jorge está pillado conmigo, pero yo sé que eso va a acabar cuando descubra que verdaderamente yo tenía razón y alguien quiere perjudicarme y es la persona que está detrás de la muerte de Priscila y el intento de asesinato de Pablo. También tengo que confesarle que mantuve una relación con un hombre casado y que era una completa mentira. Vá a pensar que soy una persona sin criterio ni moral.

Tras detallarle los incidentes a Ana y hacerle prometerme que va a estar lejos de su casa por una temporada, cosa a la que rápidamente accede porque está horripilada por todo lo que le narro, decido contarle primero a ella lo de las fotos que he recibido supuestamente de Pablo.

Pero cuando se las voy a mostrar Jorge aparece por la puerta y las guardo rápidamente.

- Claudia, no han encontrado huellas en tu casa, sólo tuyas, de Ana y mías. – Me informa. – Tampoco en casa de Priscila... ¿Qué sucede? – Creo que ha notado mi nerviosismo al entrar y ver cómo guardaba las fotos en el sobre. Ana me mira como diciéndome que tengo que contárselo.

- Bueno, chicos, yo me voy. Pediré un taxi. – Dice Ana que me quiere dejar sola ante el peligro. Jorge propone llevarla a casa. – No, Jorge. Mejor quédate y habla con Claudia. Te agradezco mucho tu preocupación. Cuidala, por favor. – Jorge me mira perturbado porque entiende que hay algo que tengo que contarle que no le va a gustar.

- Descuida, Ana. – Y se acerca hasta mí hasta quedarse de pie mi lado. Mirándome esperando a que empiece a hablar.

- Siéntate Jorge. – Ana se va. Jorge se sienta junto a mí. Me mira muy serio, seguro que sabe que algo no va bien. – Antes de nada, tengo que hablarte de Juan. – Agacha la cabeza y suelta el aire que guardaba en los pulmones.

- Sé lo de Juan, Claudia. Me lo ha contado Pablo y después le he preguntado a Ana. – Abro mucho los ojos. Bueno, si después de saber que he estado con un hombre casado no se ha puesto furioso quizá no tenga tanto que temer a la hora de contarle lo demás. – Por lo visto, tú no sabías que estaba casado, ¿no es así?

- No, no lo sabía. Lo dejé en cuanto lo supe.

- ¿Sigues pensando en él? ¿Es eso? ¿Te has acordado de él después de lo de anoche? – ¡Cómo puede ser tan ridículo! ¡Yo! ¡Pensar en Juan! Pero claro, aún no le he explicado por qué lo he sacado a colación.

- ¿Sabes? Llevo más de un mes pensando en un hombre. – El muy bobo agacha la mirada de nuevo. – Mirame, Jorge. – Me mira y le enseño antes que nada algo que quiero que vea, antes que las fotos de Juan y yo. - ¿Ves

esta caja de zapatos? Me la has traído tú con mis pertenencias. Dentro no hay zapatos, hay un disco duro externo con fotos que quiero que veas.

- Claudia, dime lo que me tengas que decir. No quiero ver nada que sea desagradable. – Enciendo mi portátil haciendo caso omiso a su petición y enchufo el disco duro.

- ¡Tachán! ¡Te presento a mi sueño hecho realidad! – Digo mostrando mi foto favorita, pero Jorge sigue sin querer mirar. – Lo he llamado “Adriano” – Jorge aprieta mucho los ojos dolido –, también lo he llamado “Él” y ahora lo llamo “Jorge”. – Por fin mira y se le ilumina la mirada. – Es guapo, ¿verdad? Aún lo es más por dentro, aunque parezca imposible.

- ¡Joder, Claudia! ¡Disfrutas haciéndomelas pasar canutas! – Al fin sonrío – ¡Eh, me has sacado guapetón ahí! – Me alivia verlo de nuevo dicharachero, pero ahora viene lo peor. Él lo sabe y cambia su postura enseguida. – ¿A qué viene lo de Juan entonces? ¿Te ha vuelto a molestar?

- Me han mandado un paquete al trabajo, Jorge. Pone que el remitente es Pablo, pero dudo mucho que sea él, la verdad. – Jorge palidece.

- ¿Qué es? ¡Ábrelo! – Cojo aire, todo el que puedo, hasta inflar mis pulmones y saco las fotos del sobre.

- Esto no te va a gustar. – Saco la primera foto en la que aparecemos Juan y yo besándonos y él metiendo su mano por debajo de mi falda, es la más liviana. Las demás son bastante más duras y veo como Jorge aprieta los ojos y vuelve la vista para otro lado. – Siento mucho que veas esto, yo no sabía que me estaban fotografiando. Y no creo que fuese Pablo.

- Sí lo fue. Pero no es él quien te las envió. – ¡Cómo!

- ¡Qué dices! ¿Pablo? ¿Cómo cojones sabes eso!

- Le he interrogado esta mañana. Me pidió que no te dijera nada, aunque pensaba decírtelo. – Siento un asco infinito por dentro. ¿Cómo ha podido hacerme eso Pablito? ¡Es ruin! – Tengo las fotos y las he eliminado de su móvil. Aunque si te soy sincero sólo he podido ver la primera de ellas. Alguien ha debido acceder a su teléfono móvil también y robárselas. ¡El muy cretino va por ahí con esas fotos tuyas y sin poner código al móvil! ¡No me lo puedo creer! ¿Es esa la clase de amigos que tienes, Claudia? – Se levanta furioso y comienza a agitar las manos por todos lados. No puedo describir lo humillada y decepcionada que me siento de Pablo.

<< ¿Ahora qué se supone que debo hacer con esto? ¿Mandarlas a analizar las huellas? ¿Para que todo el mundo en la oficina vea a la única mujer que me ha sacado de mi amargura en todo su esplendor y puedan tener sueños eróticos con ella? – Me siento en estos momentos la mujer más maldita de la tierra. – ¡Eh! ¡Ni se te ocurra hacer eso, Claudia! ¡No pretendas culparte también de esto! ¡Grrr maldita sea! Tengo que pillar a ese cabrón cómo sea.

- Lamento mucho todo esto, Jorge. Te estoy metiendo en algo demasiado desagradable. Te estoy complicando la vida en exceso.

- ¡Claudia, joder! ¡Este es mi trabajo! ¿Crees que si no me hubiese fijado en ti no tendría que resolverlo igualmente?

- Pero no te detendrías ni vacilarías ante ciertas decisiones.

- Bueno pues ya es demasiado tarde. He soñado tantas veces con volver a sentir lo que sentí contigo ayer que ahora ya no puedo rebobinar y hacer que no ha pasado. Ya sólo puedo coger a ese cabrón y si es posible matarlo. – Comienzo a llorar. Al fin tengo a alguien que merece la pena dispuesto a enfrentarse a todo por mí, y mi vida solamente se empeña en complicarse hasta niveles estratosféricos.

<< Claudia, no llores, no por favor. – Me dice con melancolía mientras me abraza. – Hay gente muy enferma de la cabeza por el mundo. Créeme, yo lo sé. Pero ni tú ni yo lo estamos y merecemos ser felices. No pienses que me estás complicando la vida, no es así. Mi vida es así de complicada de por sí. Tú me has traído esperanza. Bueno y quebraderos de cabeza... pero de los buenos.

- Jorge, está claro que vienen a por mí.

- Cogeré a quien sea, nena. Te lo prometo. ¿Puedo quedarme con esas fotos y con el sobre? Prometo no mirarlas. Quizá te proponga alguna vez hacer algunas mejores, tú y yo, pero siempre con tu consentimiento. – Me hace sonreír de nuevo y avergonzarme a la vez. – Te estás poniendo roja... pero no has dicho que no. Dime que quieres intentar ser feliz conmigo. Lo demás se resolverá. – Mis ojos se llenan de ilusión.

- ¿Tú... quieres intentarlo conmigo? ¿A pesar de que apenas nos conocemos y de todos los líos en los que te he metido?

- Me has dado emoción, Claudia. Recuerda que soy tu héroe. – Me acaricia con mirada pícaro. – No puedo describirte cómo me siento contigo, creo que la palabra es feliz, pero me da miedo decirla muy alto. Apenas te conozco, pero he conectado contigo. Quiero que lo intentemos, sí. ¿Qué me dices, Claudia?

- Te digo que eres el mejor regalo que me ha dado la vida en mucho tiempo, Jorge.

- Vente, vamos a la habitación. Allí te espera el mejor de los regalos. – Me agarra de la mano me levanta y me aprieta contra su cuerpo. – Un viaje a las estrellas.

CAPÍTULO 12

“ANTONIO”

No estoy jugando limpio, lo sé. No le he dicho a Claudia que he puesto a Antonio en busca y captura porque estoy convencido de que puede tener mucho que ver en esta historia. Ni le he dicho que la policía local de Cádiz me ha informado de que está en paradero desconocido desde hace tiempo, porque también lo han estado buscando por asuntos de drogas.

He pedido que me manden todas las fotos que tengan de él y he implorado al cielo que me lo cruce por el camino algún día para poder sacarle los ojos y el corazón con mis propias manos. Pero todo eso no se lo voy a decir a Claudia. No quiero que piense en él, sino en mí.

Tampoco le he contado mi desastroso pasado con Raquel, que ni siquiera es tan pasado, pero de eso ya me encargaré en otro momento.

Ahora mismo lo único que deseo es hacerle el amor a Claudia hasta que me quede sin aliento y es lo que voy a hacer. La llevo al cuarto, la desnudo y repaso con mi lengua cada centímetro de su cuerpo. Le hierve la sangre, como a mí con tan sólo mirarla. Me sorprende colocándose sobre mí y llevando el mando de la situación cuando ya piensa que ha habido suficientes preliminares y no puede esperar más a fundirse conmigo. ¡Me vuelve loco todo en ella! Su olor, su sabor, la forma en la que gime en mi boca... ¡dios! No la pienso dejar ir por nada del mundo.

Pasamos dos semanas en relativa tranquilidad. Salvo algunos leves incidentes; Pablo ha salido del hospital y ha tratado de hablar de todas las maneras con Claudia, pero ella se niega a verlo. Una vez incluso, Claudia me llamó mientras estaba trabajando porque el chaval se había presentado allí y no quería irse hasta que pudiese hablar con ella. Claudia estaba tan encolerizada que me hizo mandar una patrulla de policía para que se lo llevasen.

En otra ocasión, cuando le dije que por favor se estableciese en mi casa y pusiese sus cosas a su gusto en ella, quiso entrar en la habitación del fondo que tengo con llave, pero yo no la dejé. Cuando me preguntó qué sucedía en ella solamente pude decirle que estaba llena de cosas que tengo que tirar. No le gustó mi falta de información, pero no quiso incomodarme con aquello. Todavía necesito un poco más de tiempo para hablar de todo eso.

Por otro lado, Claudia me ha facilitado los apellidos de Juan y me he puesto a investigarlo. Para mi desgracia se ha separado de la mujer y tampoco está localizable. No descarto que tenga algo que ver en toda esta historia, ni su mujer tampoco. Pero a Antonio le tengo especial ganas y tengo que admitir que me alegraría la vida que fuese él el responsable de la muerte de Priscila y tener los suficientes motivos para matarlo legalmente. Porque ganas y huevos no me faltan.

Ayer jueves, mi amigo Mickey, el forense, me hizo una de sus semanales visitas con su mujer. Siempre vienen un día a la semana a mi casa para charlar; según dice él, (yo en el fondo creo que es a controlar si sigo bien tras lo de Raquel). Creo que se alegraron mucho al conocer a Claudia y de saber que hemos empezado una relación. Aunque sea en extrañas circunstancias y a pesar de la maraña entre los dos y de lo precipitado que se ha hecho todo. Pero las cosas en la vida hay que tomarlas como vienen.

Me alegra también decir que Rebeca está mucho más tranquila conmigo y parece que su relación va viento en popa. Se ha encargado muy bien de la prensa estos días y ha vuelto su lado más profesional.

Hoy viernes, he dejado a Claudia en la librería y acabo de llegar a mi oficina. Me pongo el segundo café del día (porque Claudia me está explotando sexualmente por las noches y necesito rendir por el día), enciendo mi ordenador y mientras espero que arranque decido llamar a la policía local de Cádiz de nuevo a ver si ya hay noticias de Antoñito. Pero algo capta mi atención. Un sobre marrón, sobre mi escritorio, a modo de paquete, igualito al que recibió Claudia con las fotos de ella y Juan. ¡Joder, otra vez no! Antes de abrirlo salgo de mi despacho y pido a alguno de los trabajadores unos guantes de látex. Consigo rápidamente unos y me encierro de vuelta a mi oficina, dispuesto a abrir el sobre.

Sonrí con asco al ver el remitente. Claudia Herrera. Sin duda no es ella. No es mi Claudia la que me ha mandado ese sobre. Lo abro con sumo cuidado de no romperlo para que pueda ser analizado posteriormente. Lo abro y hay un cedé. Me tiembla el pulso mientras lo introduzco en el lector de cedés de mi ordenador y me pongo mis cascos para escuchar en intimidad lo que sea que contenga.

Veo a Antonio, veo su cara de malnacido sonriendo a la cámara mientras la coloca para grabar algo que quiere que sea visto, o que pretende guardar como un trofeo. Pero tardo unos segundos en reconocer una maraña del fondo. Es un cuerpo plegado en una esquina. Está desnudo. Una chica sentada en el suelo abrazándose las rodillas y con una maraña de pelo oscuro sobre ellas. Antonio se dirige hasta ella. Le agarra violentamente del pelo y le levanta la cara. ¡No, por dios, no! ¡Es Claudia! A pesar de su juventud y de llevar el pelo más oscuro por ese entonces, la reconozco de inmediato. Su cara es el reflejo del más intenso de los miedos. Antonio la levanta del suelo, tiene el cuerpo completamente amoratado. **“Eres una putita muy guapa y te crees demasiado lista, ¿no?”** le escupen sus labios a modo de palabras. **“Te crees superior a mí sólo porque vas a la universidad y sacas todo sobresaliente. Veamos si en la universidad te follan así.”** La tumba contra una mesa y la penetra una y otra vez sin piedad mientras la golpea con una correa. No puedo ver mucho, tengo los ojos vidriosos de lágrimas y mi mirada lucha por apartarse de lo que estoy viendo. Pero escucho los gritos y las súplicas de Claudia que implora que la deje en paz. Que lo siente mucho si lo ha molestado. ¡Voy a matarlo! ¿Me has enviado tú esto, Antonio? ¡Has firmado tu sentencia de muerte!

Aguanto como puedo hasta el final porque necesito ver de cuántas maneras puedo enchironarlo y también ver si hay alguien más o algún mensaje. Los asesinos suelen presumir de ser muy listos y sus ansias de protagonismo suelen acabar en caídas que los delatan. Efectivamente veo que al final hay un mensaje.

Ella es el demonio. Sácalo de ti.

Esto ha sido demasiado para mí. He aguantado lo que he podido, pero al final me rindo y comienzo a vomitar.

¡Por todos los cielos, mi pobre niña! ¡Qué te han hecho! ¿Cuánto tiempo aguantaste eso? Comienzo a llorar. Creo que es la segunda o tercera vez en toda mi vida que lloro, pero es lo que necesito. Entra Rebeca al escuchar mis arcadas y mis sollozos.

- ¡Joder, Jorge! ¿Estás bien? ¿Necesitas un médico?

- No, no. – Me seco las lágrimas. – Estoy bien. Me voy a casa, Rebeca. Hoy he tenido suficiente. – Saco el cedé y lo guardo en el sobre, después en una bolsa de plástico y me lo llevo.

- ¿Quieres que te lleve? No deberías conducir así.

- No, de verdad. No te preocupes. – Antes de salir tiro mis guantes a la basura.

Pero no llego muy lejos. En mitad de camino a casa me paro en un descampado. No puedo conducir con los ojos llenos de lágrimas. Paro el coche y salgo a tomar el aire. Grito y maldigo al aire y me hundo en la

desesperación. Están jugando conmigo, con lo que más me duele, con lo único que tengo ahora mismo. Y me doy cuenta de algo.

Es a mí a quien quieren destruir. Por medio de ella, por medio de Claudia. Entonces decido meterme en el coche e ir a por ella. Le guste o no me la voy a llevar del trabajo. Si hace falta la pienso recluir en mi casa.

Arranco y salgo a la velocidad del rayo.

CAPÍTULO 13

“SECUESTRADA”

Hoy viernes hay mucha bulla. Martín ha salido a por un café para María, para mí y otro para él. Pero ya hace más de media hora y aún no ha vuelto. Comienzo a preocuparme.

Sé que le he prometido a Jorge que no saldría de la librería, pero la cafetería está justo enfrente y sin pensarlo mucho le digo a María que voy a ver por qué tarda tanto Martín y ella, que no sabe nada de mi historia, consiente en que salga y me pide que no tarde.

Sólo tengo que cruzar la calle, pero me tiemblan las piernas. Hace una semana que no salgo y estando con Jorge me siento a gusto y protegida. Pero ahora mismo en la calle, sola, me siento perdida, y me cabrea esta sensación.

Cruzo y no veo a Martín dentro. Pregunto a Paco, el camarero, y me contesta que no lo ha visto. ¿Dónde cojones se ha metido? Me doy la vuelta en dirección a la librería para llamarlo al móvil desde allí y me choco con alguien.

- Muñequita, ¡cuánto tiempo sin verte!

- An...tonio. – Siento que me va a dar un ataque. - ¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado?

- ¡Mírate! ¡Estás hecha una mujercita! Te queda muy bien el rubio. – Me agarra del pelo y siento asco y miedo. Recuerdo que Jorge me dijo que para defenderme de un hombre lo primero es dar una patada en los huevos, y si no es posible, el antebrazo de un golpe seco a su nuez. – Me entran ganas de follarte, como en los viejos tiempos.

- ¡No me toques! Mi novio va a...

¡Jajajajaja! ¿Tu novio? ¡Las putas no tienen novio, tienen chulos! Y para chulo, yo. ¡Tú te vienes conmigo! Llevas mi marca, muñequita. – Me agarra del brazo e instintivamente le doy una patada en los huevos. Se retuerce y salgo corriendo hacia la librería.

- ¡María, llama a la policía! – Me quedo en la puerta, bloqueándola, por si decide intentar entrar.

Pero no lo hace. Cuando se recupera se queda frente a la librería, observándome con asco por la puerta de cristal. ¡Quiero que se vaya! ¡QUIERO QUE SE MUERA! Pasa un coche con los cristales tintados, se detiene frente a él y Antonio se sube y desaparece. Ya puede darme el ataque de ansiedad, ya no está.

Jorge aparece dos minutos después como caído del cielo. Tiene mala cara, pero ni siquiera le pregunto. Me agarro a su camiseta y me deshago en lágrimas. No puedo hablar. Estoy en shock.

- ¡Claudia, por lo que más quieras, dime qué te pasa! – Me mira asustado, pero estoy bloqueadísima. – Señorita, ¿qué ha pasado? – Pregunto a María porque no puedo pronunciar palabra.

- ¡No lo sé! Ha ido al bar de enfrente a por mi jefe, que sigue sin volver y ha vuelto así. ¡Y el maldito Martín que no contesta el teléfono! ¿Dónde cojones se ha metido?

- Claudia, nena, hálame. Tranquila, ya estoy aquí.

- Él... él está... no, por favor, no puede ser.

- ¡¿Estás hablando de Antonio?! – Y parece que se le ilumina la mirada. – ¡Mírame, Claudia! ¿Lo has visto? – Asiento. Jorge sonríe con la boca, pero su mirada es siniestra. – Lo mataré. En cuanto lo vea lo mataré. – Palidezco al escuchar esas palabras de la boca de Jorge, aunque lo que más desee en este mundo sea ver a Antonio muerto, no quiero que las manos de Jorge se manchen. – ¿Dices que tu jefe no aparece? – Pregunto a María. Esta niega con la cabeza preocupada. – ¿Tiene tu jefe el móvil encendido? – Ella contesta que sí. Y Jorge

rápidamente hace una llamada. – Deme el número de teléfono, señorita. – María se lo escribe en un trozo de papel.

<< Rebeca. Necesito un favor gigante. Rastrea este número y dame localización. Y mándame también un par de patrullas de policía a la librería “Baker Street”, ha desaparecido un hombre. Te mando la ubicación. Gracias, Rebeca.

María comienza también a alterarse cuando escucha de la boca de Jorge que Martín ha desaparecido. Jorge nos pide que nos sentemos y echa a los clientes de la librería, mostrando su credencial. Después, aguarda tras la puerta de la calle, con la pistola en la mano. Está tenso, he visto la ira en el cielo de sus ojos. Tengo miedo, mucho miedo. Le llaman por teléfono.

- Beckett. – Responde con voz fiera. Suspira al escuchar el mensaje que le dan. – Hay que encontrarlo. Buscad por cielo y tierra Rebeca, yo tengo que encargarme de Claudia y su compañera. Llámame con lo que sea, te lo suplico. Y si detenéis a un tal Antonio Jiménez, llámame enseguida, te lo ordeno. – Acto seguido se gira hacia nosotras. María está temblando. Pregunta qué pasa constantemente. – Creo que Martín ha sido secuestrado, hemos rastreado su móvil y la señal se pierde a quinientos metros de aquí. Quien quiera que sea sabe lo que está haciendo y ha apagado el móvil para evitar que lo rastreen.

- ¡No, no, no! – Lloro María. Yo no puedo apartar la mirada de Jorge. Tiene como una sombra oscura sobre él. Como si unos nubarrones negros nublaran el cielo de sus ojos. Es ira, rabia y... dolor.

- Señorita, lo encontraremos. – Le promete agachándose hasta su altura. – Tendrá que ayudarme. Vámonos a cerrar el local y la llevaremos a un lugar seguro. ¿Vale? – María asiente todavía entre lágrimas sin poder mirarlo. – Le doy mi palabra que haré lo que esté en mis manos. Claudia, vámonos a casa. – Me tiende la mano y se la doy. Me lleva hasta él y me aprieta en un abrazo profundo.

Llegan un par de patrullas de policía y Jorge les pone al corriente de todo. María se introduce en uno de los coches y el otro nos custodia el camino a casa a Jorge y a mí tras haber cerrado la librería.

Nos acompañan hasta la mismísima casa de Jorge, él les ofrece un café a ellos y a mí me prepara una tita.

Esto no va a acabar... Sé que Jorge está convencido de que todo ha sido obra de Antonio y, aunque yo cada vez esté más convencida de ello también, creo que hay alguien más. Ví a esa mujer cuando Jorge rescató a Pablo, la he visto en mis fotos, también están las flores y la letra grabada en el estómago de Priscila. Esa letra tan cuidada no puede ser de Antonio. Jorge continúa hablando con sus compañeros policías y yo estoy distrayendo mi mente con otras cosas.

¿Y si le hiciera una trampa a Antonio? ¿Si lo condujese hasta mí y llevase un arma de Jorge conmigo y le abriera la tapa de los sesos en el instante en que apareciera? Me recreo en esa escena una y otra vez.

Esa noche Jorge y yo dormimos abrazados y por primera vez veo debilidad en su rostro. No sé qué ha detonado que esté así, tan perdido. Puede que tenga miedo a que yo guarde algún tipo de afecto por Antonio, pero no es así. Si siento algo por él es ganas de verlo muerto. Dormimos abrazados, al menos yo sí duermo, pero no sé si Jorge llega a hacerlo en algún momento de la dichosa noche.

Han pasado cuatro días desde que desapareció Martín y no he salido de casa de Jorge. Me estoy volviendo loca aquí encerrada. Jorge ha salido hoy de nuevo, y me deja en casa con Roberto, uno de los policías que me custodian a todas horas. No se sabe nada de Martín y María no para de llamarme a todas horas, desesperada. Está enamoradísima de él. Me imagino lo que sentiría yo si desapareciese Jorge, porque, aunque me da miedo admitirlo, estoy enamorada hasta la médula de él.

Vuelvo a llamar a Jorge por enésima vez. Odio que esté fuera buscando a un asesino como Antonio y pueda pasarle algo malo.

- Hola nena.

- Hola, Jorge. Sé que estoy muy pesada, pero me preocupa mucho que estés por ahí buscando a ese monstruo.

- No eres pesada, me gusta oír tu voz. Lamentablemente no hemos encontrado a Antonio ni sabemos aún nada de Martín. – Llamen a la puerta. - ¿Quién es Claudia? – ¡Qué oído tiene!

- Es el cartero, Roberto le ha abierto antes el portero, dice que tiene un paquete para ti.

- ¡Dile a Roberto que se ponga guantes antes de cogerlo! ¡Y no lo abráis! ¡Ya voy para allá!

- ¿Qué sucede?

- ¡Haz lo que te pido, nena, por favor! No tardo. Ahora te veo.

Creo que no puedo con más estrés. Roberto sigue las instrucciones y recoge el paquete con una bolsa cubriendo sus manos, porque no tenemos ninguno ni idea de dónde puede haber unos guantes en la maldita casa. Deja el paquete sobre la mesa y yo me quedo mirando el nombre del remitente con pasmo; Antonio Jiménez Arrebola. Roberto me mira sin saber por qué estoy tan pálida. ¡No aguanto más! Instintivamente me levanto y me pongo a dar paseos por la casa de Jorge.

Mis pasos me llevan a la habitación del fondo, la que está cerrada con llave. Trato de abrirla de nuevo, pero ya sé cuál va a ser la respuesta. Sigue cerrada. ¿Qué hay aquí? ¿Me puedo fiar por completo de Jorge? No debería dudar de él, lo sé. No ha habido nadie en este mundo que haya hecho tanto por mí como él, pero él ya sabe todo de mí y yo siento que todavía no lo conozco en realidad. Se abre la puerta de la calle, me apresuro hasta llegar al salón. Jorge me mira preocupado.

- ¿Dónde está? – Le señalo en dirección al salón. – Espérate fuera, quiero verlo yo primero. – Obedezco.

Jorge va primero hasta su despacho para coger unos guantes y al pasar junto a mi lado me sujeta de ambos lados de la cabeza y me da un profundo beso, lleno de pasión y nerviosismo. Después entra en el salón con Roberto y un par de largos minutos después sale Roberto de allí con la caja en la mano y se va apresuradamente. El atronador sonido de la puerta de la calle al marcharse me deja helada. Jorge viene a mi encuentro.

- ¿Qué había ahí, Jorge?

- Parece un corazón humano, Claudia. – Dice aún con el impacto de esa visión nublando su rostro.

- ¿Martín? – Pronuncio muy bajito. Temblando. No quiero oír la respuesta. No quiero otra persona herida por mi culpa. Antonio es capaz de eso y mucho más si piensa que Martín es mi novio.

- No lo sabemos, van a hacer pruebas de ADN. No tardarán en comunicármolo. No pienses en lo peor, Claudia. Me quedaré lo que queda del día aquí, contigo, ¿vale?

- Jorge, no quiero que vuelvas a salir en busca de ese monstruo. No quiero que el próximo paquete que reciba sea un miembro tuyo. No soportaría que me comunicasen que en la próxima ocasión el que ha desaparecido eres tú.

- Claudia, nena, eso no va a pasar. – Promete mientras me abraza. – Yo sé lo que hago y voy bien acompañado.

- El que sea que está haciendo esto también lo sabe. Si no fuese así ya lo habríais cogido. Está jugando con nosotros. Quiere que nos separemos y herir así a alguno de los dos.

- ¡Nadie te va a volver a tocar mientras yo esté vivo, Claudia! Sólo yo y para darte placer. – Besa mis labios tiernamente.

- ¿Y cuándo tú no estés? – Jorge me mira serio y comprende que no tengo a nadie más en estos momentos, sólo a él.

Beso sus labios apretando su cuerpo con fuerza contra el mío, como queriendo fundirnos en uno, deseando que eso aplaque su alma y la mía. Su respuesta es desesperada y anhelante. Mi camiseta se hace añicos en sus manos y se deshace de mi pantalón con la misma ansiedad. Se desviste mientras me observa y me levanta hasta sentarme sobre el respaldo del sofá que está a mis espaldas. Se introduce lentamente en mí mientras me promete

que nunca me dejará sola, que hará lo que haga falta para protegerme y antes de dejarse ir, cuando estoy al borde de la locura, rozando el cielo con mis manos, me mira y pronuncia la oración que por fin da sentido a mi vida.

- Te quiero Claudia.

CAPÍTULO 14

“EN EL INFIERNO”

Han pasado ya siete días desde la desaparición del jefe de Claudia y no tenemos nada. ¡Maldita sea! Tengo a Claudia recluida todo el día en mi casa con algún desconocido que le haga custodia del cuerpo de la policía. Está comenzando a aflorar su mal carácter; que yo trato de endulzar con besos, caricias y piel, pero no es suficiente ni para ella ni para mí.

Nunca he deseado nada tanto en toda mi jodida vida cómo ahora mismo deseo que toda esta mierda termine y podamos ser nosotros mismos y disfrutar de una relación normal.

Hoy han llegado las pruebas del laboratorio y el corazón que me enviaron ha resultado ser humano, pero no es el de Martín, las pruebas de ADN han dado negativo en su caso. He localizado al otro ex de Claudia, el tal Juan, y le he puesto custodia sin que él lo sepa ahora mismo, por si se convierte en el próximo blanco. Al igual que he hecho con Pablo, su amigo, que ya tiene el alta y está en ya en su casa. No tengo ningún desaparecido que pueda estar relacionado. He tratado de entrevistar Claudia pero me insiste en que no puede haber nadie más en la tierra que pueda estar interesado en ella. Está claro que no es así. Y está más que claro que el que más la adora en el mundo no es otro que yo mismo. Me llama Rebeca.

- ¡Beckett! – Respondo apresurado.

- Jorge, ya hemos encontrado a Martín.

- ¡Dime que está vivo, joder!

- Lo siento, jefe. Te he llamado en cuando he dejado de vomitar. Está aún peor que Priscila, el cuerpo lleva en descomposición unos cuantos días y tiene muchas más marcas de tortura. Se repite la oración en latín en el vientre y la simulación de los estigmas. ¿Estás en la oficina?

- Sí... estoy en la maldita oficina. Voy para allá. Mándame la dirección. – Digo con el ánimo por los suelos.

Antes de salir de la oficina suspiro y llamo a Claudia. Preferiría comunicárselo cara a cara y sobre todo poder abrazarla. Sé qué es lo que va a pensar; que yo estoy en peligro también por su culpa, pero algo me huele a que es precisamente lo contrario. Marco su número y descuelga enseguida.

- Jorge, ¿pasa algo?

- Mi niña, tengo que decirte algo. Han encontrado a Martín y no es una buena noticia.

- ¿Está muerto, Jorge? ¡Dime que no! – Lloro y no sé qué decir para consolarla. – ¡Oh, dios mío! ¡No vayas, Jorge! ¡Por lo que más quieras, no vayas! ¡Vámonos de aquí! Tú padre vivía en Glasgow, ¿no? ¡Vámonos con él, vámonos de aquí! Pero no vayas, te lo suplico. – Lloro aún más amargamente y se me parte el alma. – Te quiero, Jorge, te quiero con toda mi alma. Debería apartarme de tu vida, pero no puedo, ni tengo a dónde ir y yo...

- Mi amor no digas eso... No es cómo tú crees. No llores, por favor. Tengo que ir; serán sólo unos minutos, pero te prometo que en cuanto acabe allí me iré para casa contigo.

- ¡No, Jorge, no vayas allí, te lo imploro!

- Claudia, nena, dame media hora como mucho y volveré a casa, te daré un millón de besos y te diré cien veces lo mucho que te quiero, ¿vale?

- Vale. – Contesta al fin conforme.

Cuelgo y mi ánimo se derrumba hasta el inframundo. Quizá no sea tan mala idea ir a Glasgow, o al menos mandar allí a Claudia una temporada, hasta que dé con Antonio y su compinche y les estruje los sesos a patadas. Aunque dudo mucho que yo aguantase más de dos días sin verla ni sentirla. Me pongo mi cazadora de piel y me dirijo hasta el lugar de los hechos.

Cuando llego sólo hay un coche de policía y el de Rebeca, que ha ido con Mickey. El sitio es una antigua fábrica de ladrillos abandonada en mitad de la nada.

- ¿No hay nadie más aquí, Rebeca?

- Venían más refuerzos de camino, jefe. Pero hemos hablado con algunos testigos de áreas cercanas y nos han dicho que han visto un coche, una furgoneta gris últimamente por aquí y he mandado a un par de coches a reconocer los alrededores por si ven algún sospechoso.

- ¡Bien, joder; a ver si viene alguna buena noticia ya! Veamos a Martín.

- Prepárate jefe. ¿Tienes pañuelo? Ahí dentro huele fatal.

Saco mi pañuelo y escudo mi nariz y mi boca en él. Nada más entrar noto como el olor a muerte lo envuelve todo. Unos pajarracos vuelan a sus anchas por el lugar; entran y salen de los vanos rotos situados en las zonas más altas. Al fondo veo a Martín. Crucificado, como lo estaba Priscila. Lleno de heridas, llagas y quemaduras. Una enorme hendidura en la zona baja del vientre ha hecho que le asomen los intestinos por ella, ¡joder! El vómito viene sin pedir permiso. Rebeca está a mi lado pero no mira hacia Martín, creo que ella también ha tenido suficiente. Mickey está con su mascarilla puesta, tomando pruebas a sus anchas. ¡Qué estómago tiene! Vuelvo a echar un vistazo, intentando evitar esa parte de la anatomía de Martín y vuelvo a ver un puñado de flores a los pies. Es lo único con color en ese gris lugar, aparte de la sangre de la desgraciada víctima. Pero veo al fondo de la enorme sala una pequeña nota de color; es otra flor. ¿Qué hace ahí? Apuesto a que a alguien se le ha caído. Me acerco. Rebeca me sigue curiosa.

- ¿Habéis reconocido el lugar, Rebeca?

- Lo que hay es lo que ves, Jorge. – Pero yo creo que no es así. Hay un enorme sillar de cemento en el suelo que da la impresión de haber sido arrastrado. Empujo para moverlo. – Jorge, ¿qué haces?

- Ayúdame Rebeca.

Efectivamente había sido movida y por un motivo. Debajo de la gran mole de cemento veo lo que parece la apertura de una trampilla. Rebeca y yo nos miramos y yo la abro sin pensarlo demasiado. Unas escaleras de metal dan acceso a su interior. Está todo oscuro por ser un túnel subterráneo. Rebeca me ofrece una de sus pistolas porque sabe que voy a bajar. La acepto con gusto.

- A todas las unidades, el inspector Beckett y yo hemos encontrado una trampilla y vamos a acceder a ella. – Dice por nuestro dispositivo de comunicación interna. – Luis y Carlos entran en la fábrica y guardadnos las espaldas, que nadie se acerque a la trampilla. – Les ordena a los dos polis que están fuera reconociendo el terreno.

- Sí, vamos. – Escucho responder a uno de ellos. – Carlos ha encontrado una especie de gruta en el suelo, pero es de difícil acceso. – Nos informa uno de ellos.

- Pedid refuerzos y que se encarguen de ello. – Ordena Rebeca pues así le digo yo que lo haga.

- Recibido. Vamos dentro.

- Bien, Jorge. Entra, yo te cubro.

- ¿Tienes una linterna de sobra? Aquí no se ve una mierda. – Le pido.

- No jefe, sólo la mía.

- Usaré la del móvil entonces.

La escalera conduce a un pasillo estrecho, de paredes grises de cemento. No sé qué dirección he de tomar, si izquierda o derecha. Rebeca usa la luz ultravioleta de su linterna para escrutar las paredes en busca de huellas recientes. Claramente se reconocen unas huellas más recientes en una dirección, es una mano pequeña. Al poner mi mano sobre la huella veo que la diferencia de tamaño es considerable. Cojo la mano de Rebeca y la superpongo sobre la huella y me percató de que es prácticamente igual. Quizá tenía razón Claudia en que lo que vio era una mujer. Puede que sea la actual pareja de Antonio.

Le indico a Rebeca que me siga en la dirección que marcan las huellas. Cuanto más nos adentramos menos se ve. La linterna de mi móvil no es suficiente para alumbrar en condiciones mi camino y Rebeca, que está asustada, no para de mover la suya en todas las direcciones por si nos asaltan desde atrás.

De pronto, veo un bulto al fondo que se mueve. ¡Aquí hay alguien!

- ¡Policía, deténgase! – Pero no me hace caso, como de costumbre y comienza a correr.

He distinguido una parca de colores alegres, como la que llevaba el individuo de las fotos de Claudia. ¡Oh, por favor, estamos muy cerca, no puedo dejarla ir! De modo que corro en su dirección apuntando con mi pistola. Gritando que se detenga.

- ¡Sospechoso a la vista! – Comunica Rebeca a través de nuestro dispositivo. – Carlos o Luis, bajad alguno. ¡Joder, Jorge, espérame! ¡No puedes ver con eso!

Llego a una habitación. Enfoco con mi insulsa linterna del móvil a todos lados, apuntando con mi pistola. Sin duda puede haber alguien aquí escondido. Enfoco a una pared y veo otro cuerpo, crucificado bocabajo, en una cruz invertida, tiene un agujero en el pecho y la cabeza tapada en una tela negra. Pero no puedo ir hasta él a reconocerlo porque sé que hay alguien más que puede dispararme en cualquier momento. Rebeca llega y grita cuando lo primero que ve es el cuerpo de la nueva víctima. Se pone de espaldas a mí para ampliar nuestro campo de visión y cubrirnos las espaldas.

Pronto llega uno de los polis y le ordeno que mueva objetos en busca de alguien más. Veo una mesa con un ordenador portátil. El chico lo toca y dice que está caliente. Alguien lo ha usado aquí hace poco tiempo. Escucho un ruido lejano y corro instintivamente hacia él. Proviene del otro extremo de esa sala y da a otro pasillo. Rebeca apenas puede seguirme. Voy tan rápido y tan apresurado que es difícil. Sé que estoy poniéndome en peligro pues me estoy dejando llevar por la desesperación de coger a esa desgraciada a toda costa, pero me da igual.

¡La veo! ¡Joder, la veo! Disparo y fallo porque me tropiezo y caigo al suelo por culpa de una piedra que no he visto. ¡Mierda, la he perdido! Me levanto y no la veo más. Pero sigo avanzando y finalmente llego a una bifurcación. Decido tomar la que más luz tiene y llego hasta otra puerta de trampilla que estoy seguro que da al exterior, por la luz que entra por sus rendijas. No puedo abrirla. Alguien la ha taponado con algo desde fuera. Rebeca llega hasta mi lado. Le pido ayuda y ni siquiera entre los dos podemos abrirla.

- ¡Está fuera, joder! ¡Ha conseguido salir! Avisa al otro poli que salga tras ella. ¡No puede escapar, Rebeca! ¿Me oyes? ¡Salgo yo también mientras tanto!

Y vuelvo a correr camino de vuelta por dónde he venido. Oigo a Rebeca dar la orden y yo sigo corriendo como alma que lleva el diablo. Llego de nuevo a las escaleras que antes he descendido y las subo a toda prisa. Mickey me pregunta qué sucede y le ordeno que se oculte y se guarde las espaldas hasta nueva orden. Salgo de la fábrica y veo un maldito cuerpo muy lejano con la dichosa parca de colores, corriendo a toda prisa. Está a punto de salir de mi campo de visión. Disparo aun sabiendo que no le voy a dar. Pero quizá el miedo haga que se eche al suelo y pueda, de ese modo, recortar un poco la distancia. Pero no lo hace y mis fuerzas comienzan a flaquear. De todos modos rendirme no está en mis planes. Veo al otro poli tirado en el suelo, con un disparo en la cadera. No es grave, puedo seguir buscando a esa hija de puta. Pero cuando vuelvo la vista al frente ya no

la veo más.

- ¡Joder, joder, jodeeeeeer!

Me tiro al suelo sin aliento. El chico grita a mi lado a causa del dolor. Me llama Rebeca al móvil.

- Rebeca, ¿dónde cojones están los refuerzos? Llama a una puta ambulancia, Luis está herido de bala.

- Jorge ¡ya he llamado! ¡Se supone que vienen! ¿Cómo está Luis?

- No corre peligro. ¡La he perdido, me cago en mi suerte! ¡Avisa que detengan a toda mujer de por los alrededores! Diles que la sospechosa lleva una parca de colorines, pero que podría habérsela quitado para evitar ser reconocida.

- Está bien. ¿Puedes con Luis? Si es así tráelo, Mickey podrá atenderlo mientras que llega la ambulancia. Tienes que ver esto.

Tardo unos minutos en hacerle caso. Sigo buscando en el horizonte alguna pista del paradero de esa malnacida. Sé que ella puede llevarme hasta Antonio, que es al que más me gustaría encontrarme ahora mismo cara a cara. Pero nada.

Por fin veo unos coches de policía al fondo que dan vueltas por la zona. Lo único que deseo es que no hayan llegado tarde y la sospechosa no haya escapado o me van a escuchar.

Cojo a Luis como puedo en brazos y lo llevo hasta la fábrica. Mickey se hace cargo de él enseguida y yo me acerco hasta Rebeca.

- ¿Qué sucede?

- Míralo con tus propios ojos. – Y me hace un gesto para que me adentre de nuevo en la fábrica. Me tiende la linterna de Carlos, el poli que ha bajado con nosotros, la cojo, sorprendido y vuelvo a descender por las escaleras.

Rebeca no dice nada y su hermetismo me pone de los nervios. Estoy seguro que tiene que ver con el otro cadáver que hemos encontrado ahí abajo. Mis pasos me llevan hasta la habitación. Y ahí está. No puedo creerlo. No puede ser.

- ¿Le has quitado tú la capucha? – Pregunto.

- Sí. ¿Sabes quién es? – Al principio creo que es producto de mi imaginación, pero me giro para mirar bocabajo ese rostro y tenerlo de frente. Lo reconozco.

- Antonio Jiménez Arrebola. – No sé si alegrarme o no. Me hubiera encantado matarlo yo mismo. Pero finalmente sonrío, porque ese cabrón ha debido de sufrir más con todo eso que le han hecho, mucho más de lo que habría sufrido con mi bala reventándole los sesos en décimas de segundo.

Le hago un par de fotos y me yergo frente a él.

- Por fin nos vemos las caras, Antonio. Y me alegra decirte que has tenido el final que merecías. Me hubiese encantado decirte esto en vida, pero lo haré ahora. Claudia es feliz, y si no lo es, lo será. Gracias a mí. Gracias a que me quiere y a que ha encontrado a alguien que la quiere como ella merece y tú nunca más pondrás una de tus jodidas manos sobre ella. Púdrete en el infierno.

<< Rebeca, me voy. – Digo cuando veo la llamada de Claudia en mi móvil. – Tengo que estar con ella cuando se lo diga. Se lo debo. – Rebeca asiente. – Claudia, cariño, voy para casa. – Le informo a través del teléfono. – Estoy más que bien, ahora te veo.

CAPÍTULO 15

“ELLA”

El poli que me custodía se ha ido y estoy sola. Ha recibido una llamada de Jorge diciéndole que viene para casa y que ya se puede ir.

Minutos después Jorge abre la puerta de la casa y me abalanzo a sus brazos. Ha vuelto vivo. Cada día que marcha de casa es la misma angustia. Lo abrazo con desesperación. Y cuando vuelvo a mirarlo me percaté de que va hecho un desastre, pero sonrío.

- ¿Qué ha pasado? ¿Lo has cogido?

- Lo que ha pasado es que Antonio está donde tiene que estar, en el infierno. No volverá a molestarte nunca más. – Abro los ojos. No puedo creerlo.

- ¿Lo has matado tú? – Desearía mucho que no fuese así. No quiero que sus manos se manchen de nada que tenga que ver con ese ser ruin y rastrero.

- ¿No estás contenta? Creí que te alegrarías. – Me dice con tristeza.

- Nada me hace más feliz, Jorge. Solamente quiero saber cómo ha sucedido.

- Tenías razón. Hay alguien más y es una mujer. Ella lo mató. El corazón era suyo. Pero ella ha escapado. Aun así, no te preocupes, la tenemos cercada. Ya tenemos sus huellas, es cuestión de días.

- ¡Antonio está muerto! – Grito de felicidad. – ¡Muerto, muerto! ¡No puedo creerlo, por fin! – Lloro. Lloro de felicidad y una enorme paz me envuelve el alma. Jorge sonrío y me abraza. – Gracias, es la mejor noticia que me han dado en la vida, Jorge. Ahora sólo estamos tú y yo. – Lo beso acaloradamente.

- Aunque esa mujer siga...

- ¡Me da igual! ¡Ahora sé que esto va a acabar! Era él quien quería hacerme daño. Lo sé. Siempre ha buscado eso. Ahora ya no puede. ¡No puede, Jorge! ¡Está muerto! ¡Muerto! Así que ven. Vés a darme todos esos besos que me prometiste. Primero en la ducha y después en la cama. ¡Somos libres! ¡Soy libre! Tenemos que celebrarlo.

Lo arrastro hasta el baño, tirando de su camiseta. Me mira divertido. Sé que jamás en mi vida había sido tan decidida ni agresiva con un hombre, pero jamás había sentido esta maldita libertad para serlo. Frente a la bañera le quito la cazadora y la camiseta, después el pantalón y la ropa interior. Él me ayuda quitándose los zapatos y los calcetines. Se ríe, pero está más que excitado. Le empujo para que se introduzca en la bañera, abro el grifo del agua caliente que comienza a resbalar por su piel. Jorge es mío, es mi motivo de inspiración. Me desnudo y entro con él. Mi desesperación y mis ganas de fundirme con Jorge han subido a niveles estratosféricos tras la gran noticia.

Siento sus maravillosas manos por todo mi cuerpo que me acarician la piel al compás del agua. Me doy la vuelta y coloco sus manos en mis pechos, él coloca las mías sobre la pared y hacemos el amor con desesperación y con una sensación gigante de libertad y plenitud. Sin duda el momento más maravillosamente intenso que he vivido en toda mi vida.

Después de la ducha vuelvo a asaltarlo sobre la cama. Jorge también se siente libre. Por primera vez desde que estoy con él observo que no tiene cuidado con hacer o decir algo que pueda considerarse grosero, porque está siendo testigo de que yo tampoco. Ya no soy esa muñequita rota. Confío en Jorge y en su amor. Me agarra del pelo, le araño la piel. Claudia ha vuelto, seguía viva dentro de mí.

Y ese es el camino que siguen nuestros cuerpos los días posteriores a la noticia. Jorge me ha levantado la orden de reclusión. Hemos ido al cine, a cenar a restaurantes, a bailar, a jugar a los bolos. Nuestra relación es ahora la relación más bonita que jamás había soñado tener.

Sé que él sigue preocupado con la mujer de mis fotos, pero yo no. Una noche me pide que me arregle, pero no me quiere decir dónde vamos. Le hago caso ilusionada. Me siento como una cría pequeña que vive constantemente el día de los Reyes Magos. Jorge se ha puesto guapísimo también. Pero justo antes de salir llaman a la puerta. Miro a través de la mirilla y veo a una señora mayor, debe ser una vecina. Espero que no venga a decirnos que hacemos mucho ruido por las noches o me moriría de la vergüenza.

- Buenas noches, señora. ¿Qué desea? – Le digo.

- ¿Dónde está mi yerno? Quiero hablar con él.

- Creo que se equivoca, señora...

- ¡Regina! – Escucho a Jorge a mis espaldas. – ¿Qué haces aquí? – Me quedo perpleja. Jorge se coloca a mi lado y creo que quiere que le trague la tierra.

- Jorge, vengo a pedirte que actúes de una vez como lo que eres, el marido de mi hija, Raquel. Llevas tres años huyendo de ella y eso tiene que acabar. Ni siquiera has pedido el divorcio y sé que es porque aún la quieres, aunque tengas más mujercitas. – Me señala con desdén y yo quiero morirme. Jorge sigue casado. Lo miro y me mira asustado. – Ella ha mejorado mucho, Jorge. Ven a verla y lo comprobarás.

- ¿Raquel ha mejorado? Me alegro mucho Regina, pero no es el momento de hablar de eso. Te llamaré en estos días. – Me mira agobiado. – Prometo hacerte una visita, pero ahora mismo tengo cosas que aclarar con esta señorita.

- No me cierres Jorge. – La señora intenta impedir que Jorge cierre la puerta. – Esa mujer no es nadie, sólo alguien que se ha interpuesto entre un matrimonio que se ama.

- Regina, ¡te pido por favor que me dejes resolver mis problemas a mi manera! Te he prometido ir a verte. Lo haré, sabes que soy hombre de palabra. – La mujer consiente y se despide. No sin antes dedicarme una sonrisa maliciosa.

Jorge cierra la puerta y me observa consternado. Mis ojos se llenan de lágrimas. No quiero ni mirarlo. Él no. Él no puede ser así.

- Claudia, escúchame antes de que pienses cosas que no son.

- ¿Sigues casado, Jorge? – Mis ojos se llenan de ira y él se hunde al comprobarlo, pero no se amedrenta.

- Sí, es complicado...

- No me importa lo complicado que sea. Yo debería saber eso. Ahora no quiero escucharlo. – Y me marchó rumbo a la habitación para recoger mis cosas.

- ¡Claudia, escucha lo que tengo que decirte, te lo suplico! ¡No te vayas! Es a ti a quien amo con todas mis fuerzas. ¿No lo he demostrado? Raquel tuvo un problema de...

- ¡Para! ¡Ahora no! Necesito poner mi cabeza en orden. – Cojo una mochila con unas pocas pertenencias y me dirijo a la puerta de la calle, pero Jorge me bloquea el paso.

- Claudia, no te vayas sin oírme. Necesito que sepas algo.

- ¿Ahora? No, ahora no. Piensa bien lo que quieras decirme, pero yo decidiré cuándo es el momento. Y no es ahora. Ahora estoy herida y desconfío de ti. De tu cuarto cerrado con llave. De tus mentiras.

- Nunca te he mentado, Claudia.

- No quiero saber nada de ti. ¡Nada! – Le escupen mis palabras con rabia y se queda noqueado. Me observa mientras abro la puerta de la calle y me voy.

En la calle comienzo a llorar como una estúpida. Jorge es la última persona en el mundo que habría pensado que me causaría un dolor tan punzante. Llamo a mi amiga Ana y le pregunto si puedo ir a su casa, por supuesto contesta que sí. Después me llama Jorge, no contesto. Me continúa llamando. Sigo sin contestar.

Me siento perdida, herida, comienzo a correr. Quiero huir de todo, del dolor, del miedo, de Jorge, de mí. Cuando estoy lo suficientemente lejos me siento en un banco que hay en un parque a seguir llorando. Jorge sigue llamando y esta vez quiero contestar para escuchar de una vez qué tiene que decirme al respecto, necesito oír su voz y que me prometa que no he vivido una mentira este mes a su lado. Pero de pronto veo una sombra en la distancia, observándome. Veo a la mujer de mis fotos de pie a unos doscientos metros de distancia. Tiene un arma y me apunta. Me levanto apresuradamente y escucho un disparo. No me ha alcanzado y comienzo a correr para refugiarme en algún portal o algún sitio que me aparte de su vista. Corro, pero no tengo casi aliento por culpa del llanto y el nerviosismo. ¡Joder, qué hago! La tengo pisándome los talones. Me giro en una calle y oigo otro disparo que he esquivado por décimas de segundo. Me escondo tras una pared. Jorge me vuelve a llamar. Esta vez contesto.

- ¡Jorge, ella está aquí, me ha encontrado! Te quiero, te quiero mucho. Necesito que lo sepas.

- ¡¿Dónde estás, Claudia?!

- No sé, hay un restaurante de carnes frente a mí. Mesón Arturo. ¡Mierda está aquí! – Su mano taponaba mi nariz con un pañuelo y caigo fulminantemente al suelo.

CAPÍTULO 16

“DEMENCIA”

Cuando abro los ojos tengo recuerdos confusos que me dan vueltas y hacen que me sienta mareada. ¿Dónde estoy? ¿Sigo viva?

- ¡Claudia, mi amor, al fin has despertado! – Tengo a Jorge a mi lado. El alivio es descomunal. – ¿Estás bien? – Asiento confusa. – ¡Maldita sea, no vuelvas a irte! ¿Me oyes? ¡Tu vida es mucho más valiosa que ninguna mentira! – Estoy en casa de Jorge, de nuevo.

- ¿Qué ha pasado?

- ¿Que qué ha pasado? ¡Que he llegado justo cuando esa mujer te arrastraba para llevarte! ¡Eso ha pasado! Pero ha salido corriendo cuando me ha visto. ¡Y gracias al cielo que he llamado para pedir refuerzos cuando he escuchado un disparo! Entre varios policías me han ayudado a traerte a casa.

<< Mi amor, perdóname, te lo suplico. – Se echa sobre mí llorando. – Raquel perdió la cordura, ella tiene una enfermedad mental. Dejé de reconocerme e incluso intentó matarme. ¿Recuerdas mi cicatriz en el pecho? – Habla muy deprisa, como si temiese que no le dejase continuar. – Ella me la hizo, me apuñaló. Tenía alucinaciones, pensaba por momentos que yo era un monstruo que quería hacerle daño y hace tres años que la recluyeron en un psiquiátrico. Y sé que no lo he hecho bien. – ¡Dios mío, lo que cuenta es horrible! Ha debido de sufrir muchísimo. Me vengo abajo al imaginar su dolor. – Debí haberle pedido el divorcio, pero ha sido tan doloroso y tan traumático para mí que simplemente hice como si no existiese más, como si hubiese muerto. Ni siquiera la he visitado estos tres años que lleva ingresada en el psiquiátrico.

<< El cuarto del fondo está lleno de sus cosas. No sé qué hacer con ellas. Pero ella es mi pasado, Claudia. Mi presente eres tú, y espero y deseo que me dejes tenerte en mi futuro también.

- ¿Por qué no me lo dijiste, Jorge?

- ¿No tenías ya bastantes preocupaciones? Yo quiero estar aquí para protegerte, no para causarte más males.

- Creo que tengo derecho a saber algo así, Jorge. – Me incorporo en su sofá. Jorge sigue de rodillas frente a mí, esperando a escuchar que lo perdono. Y ya lo he hecho inconscientemente, no obstante, quiero que aprenda la lección. No puede ocultarme algo así, no cuando me pide que forme parte de su futuro. – Sabes lo mucho que te quiero, Jorge. ¿Crees que si tú has aguantado toda la historia con Antonio yo no podría hacer lo mismo con Raquel? – Le acaricio el rostro y suspira aliviado.

- Supongo que sí, tienes razón. Sin embargo, en mi defensa voy a decir que llevo una semana preparando los papeles del divorcio.

- ¿No sientes ya nada por ella?

- El cariño que he de sentir por una persona que ha formado parte de mi vida, pero es más similar a un familiar lejano que a otra cosa. Nada del amor que le tuve, nada que se asemeje a lo que te amo a ti, Claudia. Ven, voy a mostrarte lo que hay en el cuarto y verás que no son más que recuerdos de una vida que ya no existe. – Me levanta del sofá y me lleva hasta la habitación del fondo, introduce una llave y la abre.

Está lleno de ropas de mujer sobre una cama, también collares, zapatos... Sobre una mesa hay una montaña de fotografías. Son de Jorge y Raquel. Esa mujer era una auténtica belleza. Melena corta negra, ojos verdes rasgados, delgada y elegante. Siento una punzada de celos, sobre todo ante las fotos en las que Jorge la mira con devoción y amor. Jorge se percata y me las quita de las manos.

- Ahora eres tú la mujer de mis sueños. – Me levanta el rostro para que lo mire. – Quiero que me dejes hacerte feliz, como yo lo soy cuando estoy contigo.

- Está bien, Jorge. Pero demuéstame que ella no sigue en tu corazón.

- Haré lo que me pidas.

- Pues deshazte de todo esto. Llévaselo a su madre, lo querrá más que tú.

- De acuerdo, Claudia. ¿Te quedarás así conmigo? – Respondo que sí y me besa tiernamente. – ¿Podemos ahora ir a dónde quería llevarte?

- ¿No es muy tarde?

- Nunca lo es. – Sonríe tiernamente.

- ¿Yesa mujer? Sigue suelta, por ahí.

- La cogeré, Claudia. Confío en que mis compañeros estén en ello ahora mismo. Pero ya estoy quemado de que me revienten mis sorpresas contigo. Necesito llevarte a un sitio y quiero hacerlo ahora.

Jorge tiene razón. No podemos vivir encerrados. Cuando estoy con él no tengo miedo a que pase nada, así que sin pensarlo le doy la mano y me dispongo a salir con él.

En la calle hay patrullas de policía por todos lados. Sé que es obra de Jorge que ha avisado de que la sospechosa está por la zona. Pero lo que más me alegra es que no le amedrenta para salir conmigo. Aparca el coche en un aparcamiento que no está muy lejos del Barrio del Pilar, donde él vive, y salimos a la calle cogidos de la mano. Se para justo frente a un local que está cerrado. Introduce una llave y se abre la persiana de metal. No tiene ningún rótulo, no sé qué es. Lo miro expectante.

- ¿Dónde estamos?

- Es tu nuevo local.

- ¿Mi nuevo local? ¿A qué te refieres?

- Entra. – Entro y veo un pequeño estudio fotográfico en su interior. ¡Oh dios mío, mi sueño!

- ¡Jorge! ¿Lo has comprado tú? – Me quedo de piedra y tengo muchas ganas de llorar de la emoción.

- Sí, está a tu nombre. Quiero que seas lo que siempre has querido ser. – Lo abrazo con fuerza. – Pero tendrás que comprender que te ponga vigilancia hasta que cojamos a esa depravada.

- ¡Oh, mi amor! ¡Gracias, mil gracias!

- Esas son las únicas lágrimas que quiero que derrames, Claudia. Las de felicidad.

Mi vida no puede ser más plena. Llevo varias semanas decorando y creando mi pequeño estudio fotográfico con la inestimable ayuda de Jorge. Desde luego le he perdonado y lo he vuelto a colocar en el centro de mi universo. Me ha dado la vida y le debo todo lo que soy en estos momentos, y soy sobre todo una mujer nueva, valiente y decidida, apasionada y entregada. Soy todo eso gracias a Jorge. ¡Cuánto lo amo!

Esa mujer sigue suelta pero no me importa, no va a empañar mi felicidad. Sé que es cuestión de días que la cojan, pero es impresionantemente escurridiza. Además, siempre llevo guardaespaldas y tras la muerte de Antonio tengo la sensación de que no hay nadie más que pueda querer hacerme daño. Si esa mujer lo mató es porque descubrió que era un desgraciado y que no merece ni un ápice de sentimiento positivo hacia él. Quizá es

consciente de la magnitud de su depravación y ha empatizado conmigo. A lo mejor su ira contra mí ya no tiene sentido. Sea como sea no voy a dejar de vivir mi sueño. Mi taller de fotografía es todo lo que he soñado de verdad en toda mi vida y Jorge lo ha hecho posible.

Mañana voy a hacer la inauguración de mi estudio fotográfico, lo he llamado “Disparando al cielo” en alusión al cielo estrellado en la mirada de Jorge. Le he hecho varias fotos de su maravillosa mirada y voy a exponerlas. Él no lo sabe. Me encantará ver su cara cuando las vea.

Estoy decorando todo bastante alegre. Es lo que quiero que sea mi vida, alegre. Jorge me espera en casa mientras termino de decorar, aun así, tengo a dos policías en la puerta de mi local guardándome las espaldas. Mi móvil suena, es Jorge.

- ¿No crees que estás tardando mucho, Claudita? Me tienes aquí solo en casa, imaginando todo lo que te voy a hacer cuando vuelvas y tú ahí recluida en tu estudio. ¿Por qué no me dejas ir y lo estrenamos?

- ¡No quiero que lo veas hasta la inauguración! ¡Lo has prometido!

- ¡Está bien, está bien! ¡Pero ven ya a casa!

- ¡Voy! Sólo me faltan dos fotos por colocar. ¡Ten paciencia!

- ¡Si no estás aquí en media hora voy por ti! ¡Tú misma! – Pero en ese momento algo capta mi atención. Una mujer me mira desde fuera. ¡Lleva la jodida parca de colores! ¡Es ella, la mujer de Juan!

- ¡Cogedla, es ella! – Grito a los policías que tengo en la puerta del local que me miran confusos y acto seguido la miran a ella, a Natalia. – ¡Es ella, es ella!

- ¡Maldita puerca, deja a mi marido en paz! – Me grita llorando. ¿Qué dice? Yo no sé nada de Juan desde hace tiempo.

- ¿Qué pasa, Claudia? ¿Está ahí esa mujer?

- Es la mujer de Juan, está aquí. ¡La han cogido!

- ¡Voy para allá, que no se la lleven a ningún sitio! – Cuelga y yo salgo a enfrentarla.

- ¡Estás loca! ¡Mira lo que has hecho! – Le grito endemoniada.

- ¿Yo? ¿A qué juegas tú enviándole una invitación personal a mi marido? Ahora que por fin ha vuelto conmigo. ¡Soltadme! ¡Es a ella a la que tenéis que apresar! ¡Es un demonio!

Mi escolta no le hace ni caso y la meten en el coche. Tiene mal aspecto, parece borracha e incluso drogada. Con todo lo que ha hecho y, ¿viene aquí como si nada a cara descubierta? No lo entiendo... No está bien.

¿Por qué dirá que he invitado a Juan? ¡Está loca! Me grita desde el coche que me va a matar, que vendrá a por mí. Esta mujer ha perdido el juicio. ¿Y todo por el comudo de Juan? No lo puedo creer.

Jorge llega y me hace meterme en su coche. Les dice a los polis que la lleven a comisaría, que nosotros le seguiremos. Que él mismo la va a interrogar. Y vamos de camino siguiendo la patrulla que nos abre camino.

- ¿Y dices que ha ido así, sin más? ¿Sin armas ni nada?

- Así mismo, Jorge.

- No tiene sentido... Pero la locura nunca la tiene.

- Está borracha o drogada. No creo que esté en condiciones de pensar.

CAPÍTULO 17

“DIRECCIÓN AL INFIERNO”

No puedo creer cuando Claudia me dice que esa mujer ha ido a por ella, sin más. Pero quiero confiar en que la suerte existe y me hago cargo del interrogatorio.

Le pregunto que desde cuándo odia a Claudia y contesta que desde que la conoció sólo ha tenido ganas de acabar con ella, que es el demonio. Eso cobra mucho sentido con respecto a los rituales satánicos. Además, según me ha llegado el informe de Mickey, sus huellas coinciden con algunas huellas que encontramos en la escena del crimen tanto de Priscila como de Martín, pero parece estar drogada y eso me extraña mucho. La persona a la que perseguí en la fábrica de cemento estaba bien fresca y sabía bien lo que había. Pero Natalia tiene las pupilas dilatadas y parece desorientada. ¿La habrá drogado su marido? ¿O será una de estas mujeres depresivas que toman de todo para paliar su desconsuelo?

Dice que no recuerda nada de ninguna Priscila, Martín o Antonio. Dice que ella no tiene nada que ver, que sólo tiene la misión de acabar con Claudia por ser el demonio. Y gracias a esa confesión ya no tengo más dudas, es ella. Y está claro que se ha visto acorralada por nosotros y quiere alegar locura transitoria o cualquier historia de esas para reducir su condena. Con un alivio grandioso ordeno que la recluyan. ¡Se acabó la pesadilla!

Salgo a comunicárselo a Claudia y suspira aliviada. Le abrazo con fuerza. ¡Ya ha acabado todo, mi niña!

- Nena, ya puedes moverte libre. Antonio está muerto y tenemos a su compinche.

- ¡No lo puedo creer! ¡Por fin! ¿Eso quiere decir que puedo volver a terminar con los arreglos del local?

- Mmmm vale. Pero llámame cuando llegues allí.

- ¡Descuida! ¡Té amo, mi amor! ¡Por fin libres del todo! – Me besa cálidamente.

- Ten cuidado, Claudia. – No puedo desprenderme de mi miedo a dejarla salir sola a pesar de que todo ha acabado.

- Tranquilo, mi amor, ya no hay nada que temer.

- Lo sé, Claudia, pero me tengo que acostumbrar. Llámame cuando llegues, ¿de acuerdo?

Y se va. Y me quedo tenso. Claudia por ahí sola... me sigue sin gustar la idea. Pero sé que lo necesita y sé que se lo debo. Ha estado casi dos meses recluida en mi casa. Nos hemos conocido a marcha forzada, bajo muchísimo estrés y con nuestros pasados persiguiéndonos y luchando por estropearlo todo. Pero hemos ganado. Ya todo lo demás no importa. Voy camino a mi oficina y me dispongo a mirar las fotos de Claudia, para poner cara a esa mujer que aparecía en ella, siempre justo detrás de mí. Nunca le presté la más mínima atención porque sólo tenía ojos para Claudia, la mujer que más me ha impactado en mi vida.

Pero al mirar las fotos de Claudia algo no me cuadra. La parca de colorines es la misma. La complexión corporal parece que también se asemeja a la de Natalia, la mujer de Juan. Algunas de las huellas halladas corresponden a ella, ha estado en el lugar del crimen, eso lo sé. Pero observando las fotos de Claudia, en las que se supone que aparece Natalia mirándola fijamente, enfundada en ropa para no ser reconocida, hay un mechón de pelo negro que se le escapa, pero Natalia es rubia, demasiado rubia. Puede que llevase una peluca...

Entra mi amigo Mickey en mi oficina.

- Jorge, las huellas principales no corresponden a Natalia ni a Antonio. Puede que esa mujer no sea la única compinche. De hecho, puede que la hayan utilizado, ella asegura, ahora que no está bajo el efecto de las drogas, que ha estado en esos sitios pero que no recuerda cómo llegó a ellos. La letra de los sobres tampoco

pertenece a ella. Le hemos hecho una prueba de escritura y no tiene nada que ver, ni tampoco coincide con los escritos que tenemos de Antonio Jiménez. – Me dice tenso y mi mente comienza a trabajar muy deprisa. Llamo a Claudia y tiene el móvil sin cobertura, es muy posible que esté en el metro.

- ¿Estás seguro de eso, Mickey? – Pregunto mientras hago otro intento de llamarla con los nervios palpitándome en la garganta. Le dejo un mensaje en el contestador. – Claudia, mi amor, llámame en cuanto oigas este mensaje. Por favor, nena, llámame.

De pronto recuerdo el sobre que recogí del antiguo piso de Claudia, en el que aparecía como remitente su amiga Ana. Y me doy cuenta de que eso no ha tenido nunca sentido. Ana vivía al lado de ella y ni siquiera sabía en aquel momento que ella no estaba en casa, ni nada de lo ocurrido. Me frote la frente agobiado, estresado, muy asustado. Me pongo la chaqueta y cojo mi arma del cajón de mi escritorio. Salgo sin decir ni adiós a Mickey y doy la orden de que manden tres o cuatro patrullas de policía en busca de Claudia, que se supone que se ha dirigido hacia su local. Antes de salir me paro justo en la mesa de Rebeca.

- Rebeca, por lo que más quieras, ayúdame. Encuentra a Claudia. – Mi voz es una súplica llena de agonía. Me mira consternada.

- ¿Qué sucede, Jefe? Tenemos a la sospechosa, ¿no es así?

- No estoy seguro. ¡Encuétrala, te lo suplico! ¡Tráemela sana y salva! Haré lo que me pidas, pero hazlo. – Se me escapan unas lágrimas de terror y Rebeca promete por su vida que me la traerá de vuelta, a mis brazos.

Salgo a toda prisa y voy en dirección al piso de Claudia. Tengo que ver que había allí, antes que nada, por si me ofrece alguna pista de quién puede haber más interesado en ella, en mi niña. Sigo llamando a Claudia insistentemente por el camino. Nada. ¡Joder! Nunca había tenido tanto miedo en mi jodida vida.

Al llegar al piso de Claudia me encuentro todo como estaba y el paquete sobre la mesa de su salón, donde la dejé. Abro el paquete sin ningún tipo de cuidado por no destruir pruebas, porque me da la impresión de que estoy yendo a contra reloj. Son fotos.

¡Mierda! Son fotos de Claudia y mías, en mi casa, mientras dormíamos. ¿Quién coño ha entrado en mi casa? ¿Cómo? Y de repente sé la respuesta. Únicamente una persona tiene mis llaves y sabe las claves. Rápidamente cojo mi móvil y hago una llamada.

- ¡¿Dónde cojones está?! ¡Dímelo! ¡Tengo que verla! Ha jugado conmigo todo este tiempo, ¿verdad? ¡Quiero saber dónde cojones está! ¡Ahora! – Me da una dirección y le amenazo. No tengo más tiempo que perder con esta historia. – Si no está ahí me las vas a pagar, te lo juro. Aunque sea lo último que haga en mi jodida vida. Ya os habéis divertido a mi costa bastante. – Cuelgo enfurecido. Y salgo de nuevo a toda prisa.

Antes de meterme en el coche llamo a Rebeca y le digo que esté atenta por si necesito ayuda, pero no le digo dónde voy, sé que es sólo a mí a quién quiere ver allí. Estoy enfurecido, lleno de ira y rabia. ¿Cómo he sido tan inocente? ¿Cómo me he creído el culpable y no su víctima? No tengo tiempo que perder. Voy a tu encuentro y me vas a tener que mirar a los ojos. ¡Maldita zorra!

Cuando llego a la dirección aún no he recuperado el aliento. Respiro acelerado. No sé cómo voy a encontrármela. Sólo espero que no sea demasiado tarde. Me siento estúpido, pero hoy todo eso va a terminar, sea como sea, esta historia ha llegado a su fin.

Es una casa mata. La furgoneta gris está aparcada en la puerta. ¿Cuándo ha aprendido a conducir? La puerta delantera está cerrada, voy a intentar colarme por alguna ventana abierta, aún no quiero que sepa que estoy aquí. Por fortuna en la parte trasera hay una ventana mal cerrada, la abro con mucho cuidado y me cuelo en el interior de la casa.

Escucho su seductora voz desde algún lugar, parece que procede desde un punto subterráneo. Sigilosamente me muevo, precedido de mi pistola, para buscar la entrada hasta el centro de mi infierno. No me cuesta nada, en menos de un minuto veo la puerta que conduce hasta el sótano, su voz suena cada vez más

cerca. ¡Ya te tengo! Entro, no me ha visto, está absorta en su propósito.

El miedo ante su presencia casi me paraliza, sobre todo ante tan cruel estampa. La apunto justo al centro del cráneo. Pero ha notado mi nerviosismo, se mueve muy deprisa y se coloca justo dónde sabe que no puedo dispararle.

- Nos vemos de nuevo, cariño. – Le digo y sus ojos me miran con súplica, con devoción. Pero no puedo disparar, me tiembla demasiado el pulso ante su presencia y podría fallar.

CAPÍTULO 18

“EL ADIÓS”

Abro los ojos con dificultad. Me duele mucho la cabeza, no sé dónde estoy. ¿Cómo he llegado aquí? Intento recuperar mis últimos pasos, pero todo está borroso. Me pesan los párpados. Veo una sombra que se mueve, es una sombra muy oscura. Se sitúa junto a mí y me habla al oído.

- Tú eres el demonio, Claudia. Tienes que actuar como tal. ¿Sabes lo que tienes que hacer? ¡Claro que sí! Lo sabes bien. Vámonos a acabar con esto. Es lo justo. Él tiene que pagar. Te ha mentido, te ha utilizado, merece sufrir.

No puedo hablar, mis labios no obedecen las órdenes de mi cerebro. Quiero preguntar quién es, pero no hace falta. Se sitúa frente a mí y descubre su rostro. Quiero estrangularle, pero me doy cuenta de que tengo las manos atadas a mis espaldas y además creo que me ha drogado. Tengo náuseas, me da todo vueltas y me siento muy, muy mal.

- Nos vemos de nuevo, cariño. – Escucho decir a una voz conocida ¡Jorge! ¡No Jorge, vete de aquí! No quiero que mueras tú también. Yo ya estoy perdida. Casi estoy sin fuerzas.

Su pistola me apunta, ¿o es a la sombra que está junto a mí? No lo sé, tengo la vista borrosa. No puedo hablar, pero ella sí y lo hace.

- ¡Mi amor, has venido! – Se mueve y se coloca tras de mí. – ¡Te estábamos esperando! Ya sabía yo que descubrirías mi mensaje. Esa estúpida de Natalia ha sido un blanco fácil para despistaros. ¿Ves todo el odio y rencor que ha generado esta mujer? Tiene el demonio, Jorge, debe morir.

- Raquel, suéltala. Te lo suplico. Me quedaré aquí, contigo, pero suéltala.

- Jorge, cariño. Ella tiene el demonio dentro, ¡y la tenemos aquí, delante! ¡Tengo que matarla! ¡Ayúdame, mi amor! ¿Recuerdas todas esas veces que no te reconocía? Todas esas ocasiones que mi mente sufría desvanecimientos de la realidad era por su culpa, Jorge. Se me metió aquí, en mi cerebro. – Golpea su sien con un dedo. – ¿Me estás apuntando a mí, mi amor? – Me agarra del pelo y me levanta la cabeza y noto como un filo metálico me presiona la garganta, es una pistola. Jorge me mira aterrado, aprieta los ojos y baja su pistola.

- Raquel, tengo que reconocer que tu cabeza no está tan mal como creía, has aprendido mucho de todos esos años junto a mí. Jamás habría pensado que estabas tú detrás de todo esto. Has engañado a la policía con pericia. Pero, ¿es así como vas a recibirme después de tres años sin verme? He soñado tanto con volver a besar tus labios...

- ¡Si es así por qué no has venido a verme ni una maldita vez! – Me aprieta más fuerte con su arma. Jorge se tensa. Intento hablar, pero sólo me sale espuma por la boca, la vista se me vuelve por momentos. – He pasado dos años recluida en ese inhóspito lugar. No sabes la de pruebas que tuve que pasar para que me dieran el alta, ni lo duro que fue estar sola, Jorge. ¡Soy tu mujer!

- No podía verte así, Raquel. No podía. ¿Podrás perdonarme? – Jorge suelta su pistola en una silla y la mira con la mirada vidriosa. – Si es así ven y abrázame. – Abre los brazos, desarmado. ¿Qué hace? ¿De verdad la quiere tanto como para hacer algo así con esta demente? Mis ojos se inundan de lágrimas.

Raquel relaja la presión de mi cuello con su arma. Lo mira dudosa. La veo emocionada, ilusionada. Se acerca hasta él, pero no suelta su arma. Lo apunta temblorosa.

- ¿Entonces, no la quieres a ella? Me alegro tanto de eso, mi amor. No podía soportar tener que matarte a ti también. Todo el que la ame a esa zorra de satanás debe morir. Te he visto durante meses, cómo la mirabas, cómo

la deseabas. ¡Es una rata del infierno! Tenemos que matarla, Jorge, sino no podré volver a estar bien, contigo. – Le dice cuando está delante de él. Jorge continúa con los brazos abiertos. No ha vuelto a mirarme, solo la mira a ella. Y yo siento que mi cuerpo comienza a convulsionar. – Dime que lo harás, mi amor.

- Lo haremos, cariño mío, lo haremos juntos. Ella debe morir. – Promete la boca de Jorge mientras unas lágrimas ruedan por sus mejillas.

Rebeca se rinde y se abraza al duro cuerpo de Jorge. Me hundo en la tristeza mientras veo cómo la besa apasionadamente. De pronto suena un disparo. ¡No!

- No sabes cuánto te he querido, Jorge. – Pronuncia Raquel mientras acaricia el rostro de Jorge.

- Adiós, Raquel. – Jorge suelta el inerte cuerpo de su mujer y corre hasta mí. – Claudia, mírame, mi amor. ¡Claudia, joder! – Mis ojos luchan por enfocarse en él, pero simplemente no pueden. Siento la boca llena de espuma, me cuesta respirar. Le escucho llamar a una ambulancia. Por fin libera mis brazos y comienzo a temblar entre los suyos. – Claudia, no cierres los ojos, ¿me oyes? Estoy aquí, todo ha terminado. Ha sido mi culpa, sólo mía. Dame la oportunidad de arreglarlo, ¿vale? Ya nadie más se interpondrá. – En pocos minutos oigo un barullo de personas alrededor. – ¡Daros prisa, joder! ¡La han intoxicado!

Mis ojos pesan. No puedo cerrarlos. No puedo cerrarlos. No puedo cerrarlos. Jorge está aquí. No puedo cerrarlos. No puedo...

CAPÍTULO 19

“VOLVER A EMPEZAR”

Raquel está muerta. Ya debería haber acabado todo. Pero ahora Claudia se debate entre la vida y la muerte. Sin duda es el amor más puro y profundo que he tenido en mi vida. Ella no puede morir. Ha sido mi culpa. Después de tanto luchar contra su pasado, de lo valiente y luchadora que ha sido, ha sido el mío, mi pasado, el que le ha colocado al borde de la muerte.

Rebeca está a mi lado, ha rastreado mi móvil y ha venido a por mí. Trata de consolar mis gritos, mi llanto, mi dolor, mientras que veo como los enfermeros torturan el cuerpo de mi Claudia, de mi niña, introduciendo tubos por su garganta para limpiarle el estómago. Si ella muere ya nada tendrá sentido para mí.

Rebeca me abraza, también llora. Nunca me había alegrado tanto de tenerla cerca, pero la verdad es que siempre ha estado ahí. Agradezco su abrazo y lo secundo. Me deshago en lágrimas en su hombro.

El cuerpo de Claudia pasa a escasos centímetros de mí, subida en la camilla que la lleva al hospital. Levanto mi mano en busca de la suya, que cuelga de la camilla. Apenas rozo sus dedos, pero todavía están calientes. Un hilo de vida sigue luchando en su interior. Yo debería ir en esa ambulancia, con ella, sujetando su mano.

Pero tengo que quedarme aquí, conozco el protocolo. He matado a Raquel y tengo que testificar sobre cómo ha sucedido. Según las normas, no puedo disparar a matar si existe otro método que la inmovilice sin tener que acabar con su vida. Diré que no lo había, diré que ella me apuntaba a mí, que quería matarme, cuando lo cierto es que sólo quería besarme y yo no lo permití, cogí su mano y la giré, apuntando a la boca de su estómago, y disparé sabiendo que después ya no estaría entre los vivos nunca más. Pero para mi suerte era su pistola, y no la mía, de modo que lo tengo muy fácil para que me crean.

Llega mi amigo Mickey y junto a él varios compañeros de Homicidios. Todos se escaman al verme tan abatido. Dictaminan que fue en defensa propia sin casi tomar huellas ni pruebas. Son mis compañeros, mis amigos, y saben lo mucho que estoy sufriendo por culpa de ese demonio, de Raquel.

Rebeca se ofrece a llevarme al hospital una vez terminados todos los trámites. Deseo ir, pero tengo un terror y una ansiedad en el pecho que me dificulta hasta respirar. Ahora mismo me cambiaría con gusto por Claudia y sufriría las palizas de Antonio, el aborto, las torturas del tóxico que fuera que Raquel le dio... Cierro los ojos y recuerdo sus labios, pegados a los míos, besándome con su dulzura. Si me quiere la mitad de lo que la quiero yo lucharé por vivir y no dejarme aquí, sin ella.

En el hospital más incertidumbre. La están interviniendo. Sus constantes estaban en mínimos cuando llegó. Me dan pocas esperanzas. La angustia me asfixia. Ni siquiera nos hemos despedido. Estaba a punto de cumplir sus sueños, conmigo, con mi apoyo. Lloro y Rebeca me abraza. Dice que se quedará conmigo y lo agradezco en el alma. Este calvario solo sería apabullante. Aun así, después de tres horas de interminable espera, mis fuerzas me abandonan y sufro un desfallecimiento.

He vuelto al Retiro. Al lugar donde nos conocimos. He puesto una foto suya en el lugar en el que siempre posaba su trípode. Y la observo desde mi banco favorito.

- Nadie ocupará nunca tu lugar, Claudia. Te quiero tanto, nena. – Le digo a su foto.

Mi mente me traiciona y tengo una alucinación. La veo allí, de pie, sonriendo a los pájaros, a los gatos que se restriegan por sus piernas. Sonríe yo también y me mira. Mi cuerpo se paraliza ante el contacto de sus ojos. Recuerdo que decía que mirar a mis ojos era como mirar un cielo estrellado. Los suyos son como dunas de arena dorada, virutas de sol desprendiendo de sus dos grandes focos.

- Jorge, estoy aquí. – Me dice y ahora está sentada a mi lado. – Despierta.

- ¿Qué?

- Despierta mi amor.

Abro los ojos. Claudia está frente a mí. Sentada en una silla de ruedas, con un aspecto horrible y todavía sigue siendo la imagen más bonita que he contemplado jamás. ¿Sigo soñando?

- ¿Estás viva? – La salada agua que cubre mis ojos me impide verla con nitidez y me restriego los ojos para deshacerme de ella, temiendo que, al enfocar de nuevo la vista, todo haya sido otra alucinación de nuevo.

- Estoy viva, mi amor. Mírame. Gracias a ti. – Me tiro a sus pies y tiendo mi cabeza sobre su regazo.

- ¡Oh, dios! ¡Creí que no volvería a verte nunca más! – Me acaricia el pelo con ternura y suspiro una y otra vez con un alivio descomunal.

- Ahora ya está, ahora ya por fin ha pasado todo, Jorge. Vámonos a casa.

La enfermera la reprende por su osadía, pero promete que en dos días más podrá estar de vuelta, conmigo, a casa. Le beso con fuerza y le digo que en cuanto se recupere la llevaré a donde quiera, al fin del mundo si hace falta. Que no me pienso mover de su lado. Pero que hasta que no esté bien del todo no puedo llevarla a casa.

- Sí, Jorge, sí que puedes. Quédate conmigo, tú eres mi casa. Si estás conmigo, estoy en casa.

Dos días después vuelvo al hospital. Pero esta vez no volveré solo a casa, volveré con ella, de la mano de Claudia. He quemado los recuerdos de Raquel después de asistir a su entierro. He perdonado a Regina, al fin y al cabo, es su madre y colaboró dándome la dirección en dónde se encontraba Raquel con Claudia como rehén. La mujer de Juan sigue apresada. Parece que no ha tenido nada que ver con las muertes, pero tampoco ha colaborado con la justicia contando lo que sabía. Están haciéndole pruebas psicológicas para evaluar su estado mental. Yo me quedaría mucho más tranquilo si la dejaran en un psiquiátrico. El tal Juan ni ha aparecido a ver cómo estaba su mujer ni qué le ocurría. Claudia dice que siempre ha sido un cobarde.

Cuando llego a la habitación de Claudia me quedo impactado. Su amiga Ana está allí y sin duda ha estado trabajando a fondo en dar a Claudia el aspecto más alucinante del mundo. Lleva un vestido rojo que le marca de forma muy sensual sus curvas. Se ha maquillado los labios de rojo y los ojos de forma muy sensual. Parece sacada de una revista de moda. Me siento pequeño ante su imagen.

- ¡Guau, Claudia! Eres la mujer más espectacular que jamás haya visto.

- Inspector Beckett, me va a poner roja. – Me dice con mirada pícaro. Ha vuelto. Mi niña ha vuelto y me siento inmensamente feliz.

- De hecho, creo que el rojo te sienta de miedo, Claudia. Aunque ahora mismo sólo quiera quitarte ese vestido. Aunque puede que te deje los tacones y las medias... mmmm. – Su amiga Ana suelta una risita nerviosa y yo no le presto la más mínima atención. Claudia se ríe un tanto avergonzada.

- Es usted un perverso. Un inspector hablando así, con tanto público...– Sigue su broma que me excita hasta el infinito.

- Tengo debilidad por las víctimas vestidas de rojo, lo siento señorita. ¿Me podría acompañar? Tengo un interrogatorio que hacerle. – Le guiño y su respiración se acelera.

- Por supuesto, me encanta colaborar con la autoridad.

- Perfecto, así el interrogatorio será más profundo y fructífero. – Le tiendo el brazo y se agarra a él. Sus ojos sonríen y su pecho palpita fuerte, como el mío.

La mano de Claudia no suelta la mía en ningún momento, ni siquiera cuando voy conduciendo. En el ascensor apoya su cabeza en mi hombro, cierro los ojos y respiro paz. Abro la puerta de casa y Claudia me mira divertida.

- ¿Camelias rosas? – Pregunta risueña.

- Te conducirán hasta el lugar en dónde te interrogaré, nena. Tengo que profundizar en una investigación muy importante.

- Vale. – Dice con una mirada oscura.

Cierra la puerta de la calle al entrar. Me mira fijamente mientras se desabrocha el vestido y lo tira al suelo. Creo que el negro le sienta mucho mejor que el rojo y mi entrepierna piensa igual que yo. Al menos jamás la hubiera imaginado tan maravillosa cómo con ese sujetador y tanga negros de encaje, las medias a medio muslo y sus impresionantes tacones. Me mira y mi sangre hierve. Después se gira y sigue el camino de camelias rosas que llevan hasta mi dormitorio. La sigo hipnotizado, tratando torpemente de deshacerme de mis pantalones y mi camiseta. Justo antes de entrar en la habitación se gira y me dedica su mirada más sensual mientras me invita a pasar con su dedo índice. La boca se me hace agua.

Cierro la puerta y Claudia enciende la luz de la lamparita de noche, que da un toque amarillento muy sutil. Después se acerca hasta mí. Me acaricia la boca con sus dedos y muerde mi labio inferior. Me derrito. Se quita el sujetador y me recreo en sus voluptuosidades, firmes e implorantes de mis labios. Posa sus manos en mi pecho y dibuja su contorno, lenta y exquisitamente sexi. Roza mi erección y cierro los ojos, deseoso de liberar mi tensión. Cuando los abro ya no lleva puesto el tanga. Me besa con pasión, después besa mi pecho, succiona y se recrea con deliciosa destreza en el centro de mi cuerpo. No puedo más. Le sujeto del pelo para obligarle a que pare o no habrá marcha atrás. Me mira risueña.

Me agacho hasta cogerla en brazos para echarla sobre la cama y hacerla mía. Mía para siempre, mía hasta el cielo. Mía. Sus gritos de placer me desarmen y nos dejamos llevar por la más intensa de las explosiones. Mirando sus ojos y ella los míos. Dice que me quiere y yo que la adoro. Y minutos después estamos de nuevo inmersos en una danza de besos, caricia y piel. Y así durante el resto del día. No me cansaría jamás de sentirla. Claudia es sin duda lo más maravilloso que me ha pasado.

EPÍLOGO

Finalmente conseguí mi sueño y mi pequeño estudio fotográfico salió adelante. No olvidaré la cara de Jorge al ver sus fotos por todos lados. La verdad es que no encontré una forma más bonita de decorarlo todo que con su bello rostro.

Jamás he sabido lo que es el amor hasta que conocí a Jorge. Haría lo que me pidiera porque sé que jamás me pediría algo que yo no quisiera hacer. Los dos primeros años juntos fueron un sueño maravilloso y embriagador. En el que el uno era el centro del universo del otro. Hasta que, dos años después llegó a nuestra vida Celia, nuestra pequeña. La llamé así porque su nombre en latín significa “cielo”.

Celia me hizo ver la parte más bonita y tierna de Jorge. Es un padre ejemplar y cariñoso. Se desvive por nosotras. Mi niña bonita tiene mis ojos y un pelo rubio que parece bendecido por los rayos del sol.

Dos años después de la llegada de Celia, hace hoy tres días, llegó el otro hombre de mi vida, Nicolás. Lloré tanto al ver su carita y sus manitas... Tiene la adorable cara de su papá.

- Por fin estás aquí, Nicolás. – Beso sus manitas mientras Jorge le besa en la cabecita. – Ahora ya tienes un papá del que puedes presumir. – Jorge me mira y me sonrío, después me besa con ternura.

- Y la mejor mamá que podías soñar. Libre, fuerte y valiente. – Le dice a nuestro hijo. Celia, que está en los brazos de Jorge, gruñe celosa. – ¡Eh! ¡Qué le pasa a mi protestona favorita! ¡Si tú eres la niña de papá! ¡A ver, dime! ¿A quién quiere más papá del mundo entero?

- A Ceia. – Dice mi niña y me río.

- ¡Eso es! ¿Y después?

- A mami y Nico.

- ¡Estupendo! Aunque a mami y a Nico tenemos que quererlos mucho o se van a poner muy tristes. – Jorge hace una mueca exagerada de tristeza y Celia se tapa los ojitos, no soporta ver a su papi del alma triste.

- Te chero mami y Nico. – Dice Celia y nos abraza. Sin duda Jorge sabe muy bien cómo ganarse a nuestra hija.

- Y yo a ti, preciosa. – La beso. – Somos una familia feliz, los cuatro. ¿Verdad papi?

- Verdad mami. ¡Vámonos a casa que por fin te dan el alta! ¡Celia y yo estamos hartos de comer potitos!

- Sí mami, ámonos.

¿Qué puedo decir? La vida a veces te coloca en situaciones de las que crees que no vas a poder salir, no sin al menos tener secuelas y traumas. Pero si hay algo que lo puede curar todo es sin duda encontrar una razón para amar, para entregar lo mejor de ti y que te dé fuerzas para ser alguien un poco mejor, día a día.

Mi razón fue Jorge y todo lo que me ha dado. Me devolvió la ilusión, la capacidad de amar, me hizo cumplir mis sueños, me dio su vida, a Celia y me devolvió a mi niño, Nicolás. Y para siempre estaré agradecida a la vida por habérmelo puesto en el camino, para que me perdiera en él y el profundo cielo de sus hermosos ojos.

